

RUDOLF STEINER

EL HOMBRE

Sinfonía de la palabra creadora

ANTROPOSÓFICA

RUDOLF STEINER

EL HOMBRE

SINFONÍA DE LA PALABRA CREADORA

Doce conferencias pronunciadas en Dornach, Suiza,
del 19 de octubre al 11 de noviembre de 1923



ANTROPOSOFICA

**TITULO ORIGINAL EN ALEMÁN: Der Mensch als Zusammenklang
des Schaffenden, Bildenden und
Gestaltenden Weltenwortes**

Rudolf Steiner

**El hombre sinfonía de la palabra creadora. - 1a ed. - Villa Adelina :
Antroposófica, 2013.**

220 p. ; 22x15 cm.

**Traducido por: Juan Berlin
ISBN 978-987-682-064-6**

**1. Antroposofía. I. Juan Berlin, trad.
CDD 299.935**

GA 230

**La sigla GA con su número corresponde al catálogo de la obra general de Rudolf Steiner.
Para ver fecha y lugar consúltelo en la pág. www.antroposofica.com.ar**

**© Reservados todos los derechos a favor de
Editorial Antroposófica**

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina en Marzo de 2020

**Editorial Antroposofica
Buenos Aires, Argentina
E-mail: info@editorialantroposofica.com
www.editorialantroposofica.com**

INDICE

PRIMERA PARTE

CONEXIÓN EXISTENTE ENTRE LAS CONDICIONES CÓSMICAS,
LAS TERRESTRES Y EL MUNDO ANIMAL, CON EL HOMBRE

- PRIMERA CONFERENCIA - 19 DE OCTUBRE DE 1923 11
El hombre como microcosmos. Energías morfogenéticas. La estirpe alada. El hombre, síntesis de águila, león y vaca. Correspondencias entre lo humano interior y lo cósmico externo. Concepción artística de las configuraciones. Lo artístico como principio cognoscitivo.
- SEGUNDA CONFERENCIA - 20 DE OCTUBRE DE 1923 31
La atmósfera saturada del brillo solar, y el zodiaco. Las regiones del Universo. Las relaciones del hombre con el sistema planetario. Los peligros de las llamadas incitadoras. La ley de la resonancia oscilatoria. Enseñanzas de la tríada animal: signos del Universo. La triple sentencia del hombre para compensar las unilateralidades y espiritualizar la civilización mecánica de la Tierra. Simbolismo cósmico.
- TERCERA CONFERENCIA - 21 DE OCTUBRE DE 1923 51
Sustancia física de la Tierra y sustancia espiritual del alma. Energías espirituales y terrestres físicas. El hombre como entidad físico-espiritual-sustancial y como entidad dinámica. El endeudamiento kármico del hombre ante la Tierra. La compensación gracias a las entidades cósmicas. El misterio de las fuerzas zodiacales procedentes del cosmos, objetivada en los animales. El enigma cósmico de la tríada animal.

SEGUNDA PARTE

CONEXIÓN INTERNA EXISTENTE ENTRE LOS FENÓMENOS
Y SERES CÓSMICOS

- CUARTA CONFERENCIA - 26 DE OCTUBRE DE 1923 69
Las metamorfosis de la evolución de la Tierra y sus repercusiones en la condición terrestre actual. Las energías cósmicas activas en el mundo de los insectos. Naturaleza de la mariposas y la entidad vegetal. La necesidad de metamorfosear el pensamiento abstracto en sensibilidad artística.

QUINTA CONFERENCIA - 27 DE OCTUBRE DE 1923 83
Espiritualización de la materia por las mariposas y las aves. La economía cósmica. La luz espiritual de mariposas y aves. La liviandad calórica de las aves y la gravedad crespuscular de los murciélagos: su miedo cósmico. Los residuos espirituales del murciélago: alimento para el dragón. La protección del hombre contra el dragón gracias al Impulso Micaélico.

SEXTA CONFERENCIA - 28 DE OCTUBRE DE 1923 101
Diferencia entre la génesis cósmica del hombre y la de los animales superiores. Formación de las distintas clases de animales, simultáneamente con el desarrollo descendente del hombre. Convivencia de la Tierra con la vida Cósmica. Reptiles y peces. El hombre en su relación con los animales. El puente entre el reino vegetal. Significado de lo mineral.

TERCERA PARTE

EL MUNDO VEGETAL Y LOS ESPÍRITUS ELEMENTALES DE LA NATURALEZA

SÉPTIMA CONFERENCIA - 2 DE NOVIEMBRE DE 1923 121
La existencia vegetal. Los genios radicales. Los entes acuáticos: los genios del aire y del fuego. Su trabajo en el mundo vegetal. La irradiación de lo físico espiritualizado hacia el espacio cósmico. Proceso espiritual del crecimiento vegetal. Interacción de la amorosa energía cósmica descendente con la densidad ascendente.

OCTAVA CONFERENCIA - 3 DE NOVIEMBRE DE 1923 139
La antipatía de los gnomos hacia los animales inferiores, de los que son complemento hacia arriba, es decir, hacia el aspecto cefálico. Su vigilante facultad de observación. Las ondinas como entidades complementarias de los peces y anfibios superiores. Los silfos como complemento hacia abajo, del mundo de las aves: los genios ígneos como complemento de la naturaleza de las mariposas. Entidades elementales malignas y benignas: sus energías constructivas y destructivas, el desplazamiento de las esferas.

NOVENA CONFERENCIA - 4 DE NOVIEMBRE DE 1923 155
Percepción y vivencia de los geniecillos elementales. Sus palabras cósmicas, concierto de innumerables entidades en diversos matices. El último eco de la palabra cósmica creadora, modeladora y configuradora. El hombre, sinfonía de esa palabra cósmica.

CUARTA PARTE

LOS MISTERIOS DE LA ORGANIZACIÓN HUMANA

- DÉCIMA CONFERENCIA - 9 DE NOVIEMBRE DE 1923 175**
Procesos metabólicos y circulatorios. Enfermedades y procesos terapéuticos. Arte pedagógico y terapia.
- UNDÉCIMA CONFERENCIA - 10 DE NOVIEMBRE DE 1923 .. 195**
El aprovechamiento de lo mineral en el hombre. Su transformación en éter calórico. Del hombre ascienden la energías a las jerarquías superiores. El mundo vegetal es el espejo natural externo de la conciencia humana moral. Espiritualización de lo vegetal al entrar en el organismo humano. Configuración del alimento vegetal en el animal.
- DUODÉCIMA CONFERENCIA - 11 DE NOVIEMBRE DE 1923 211**
Orígenes de lo espiritual-moral en la humanidad: comprensión del hombre y amor hacia el género humano. Frialdad moral y odio moral en la imagen física del hombre. El trabajo de las jerarquías sobre la transformación de la figura espiritual del hombre.

PRIMERA PARTE

CONEXION EXISTENTE ENTRE LAS CONDICIONES COSMICAS, LAS TERRESTRES Y EL MUNDO ANIMAL CON EL HOMBRE

*Hemos de explorar al hombre, no sólo según la lógica,
sino en actitud imposible de alcanzar
sin que se tienda el puente del intelectualismo al arte*

PRIMERA CONFERENCIA



En nuestras reflexiones hemos destacado varias veces, y asimismo lo hemos rozado en nuestras recientes conferencias sobre "El curso del año y el problema de Micael", que el hombre, en la totalidad de su configuración, de sus condiciones vitales y de su modo de ser, representa un mundo pequeño, un microcosmos frente al macrocosmos, y que realmente contiene dentro de sí todas las leyes y todos los misterios de ese macrocosmos. Pero no imaginen que sea fácil la cabal comprensión de esta afirmación abstracta: es necesario penetrar en la multiplicidad de los misterios universales, para luego asimismo encontrarlos en el hombre.

Para nuestro cometido de hoy, contemplaremos el mundo desde ciertos puntos de partida, y luego al hombre, a fin de descubrir cómo éste, cual mundo pequeño, se halla inserto en el grande. Desde luego, lo que podemos afirmar relativo a éste, no pasa de pequeño segmento, nunca algo completo, pues para que lo fuera, nuestra reflexión habría de recorrer la totalidad del mundo.

Para empezar, veamos lo que constituye nuestro estrato superior inmediato: la parte de nuestro mundo circundante que, en la serie animal, desenvuelve su vida conspicuamente en el aire: la estirpe de las aves.

No se nos escapará que el ave, que habita los aires, y, de ellos, deriva sus condiciones existenciales, es de estructura muy distinta a la de los animales que viven

inmediatamente arriba, o incluso debajo, del suelo terrestre. Y si examinamos esa estirpe, nos vemos obligados, según las convenciones humanas generalmente aceptadas, a referirnos a cabeza, extremidades, etc.; enfoque, en realidad, muy poco artístico; ya he insistido varias veces en que, para conocer el mundo, no debemos limitarnos a la uniforme captación intelectualista, sino paulatinamente deslizarla hacia la comprensión artística. Con esta actitud, amigos míos, pronto dejarán de considerar como cabeza auténtica, la llamada cabeza del pájaro, tan extremadamente atrofiada en comparación con la de otros animales. Sin duda, el extremo examen intelectualista permite afirmar que el ave tiene cabeza, tronco y extremidades, pero detengámonos en lo atrofiadas que son, por ejemplo, las piernas del ave comparadas con las del camello o del elefante, o en la atrofia de su cabeza comparada con la del león o del perro. En verdad, esa, su cabeza, apenas si contiene más de lo que, en el perro, en el elefante o en el gato, constituye la región bucal anterior, si bien en los mamíferos ligeramente más complicada. Asimismo, lo que en el mamífero son extremidades, se halla totalmente atrofiado en el ave. Ya se que el enfoque sin arte ni imaginación, no tardará en declarar que las extremidades delanteras simplemente se han transformado en alas. Sin embargo, para realmente comprender la -naturaleza, penetrar en el cosmos, hay que estudiar las cosas con mayor profundidad, sobre todo en lo que se refiere a sus energías formadoras y morfogenéticas. La idea simplista de que también el ave posee cabeza, tronco y extremidades, nunca nos permitiría captar su cuerpo etéreo, por ejemplo. En cambio, tan pronto como, por el estudio imaginativo, avanzamos de la visión de lo que es físico en el ave, a lo que es etéreo en ella, nos percatamos de

que esa ave etérea es cabeza, nada más, y, por lo tanto, que su figura no puede equipararse a cabeza, tronco y extremidades de otros animales: hay, que concebirla como simple cabeza, cabeza transformada desde luego. La llamada cabeza del ave corresponde tan sólo al paladar y a las regiones bucales anteriores de los mamíferos, en tanto que lo posterior, esto es, las partes del esqueleto que se parecen a costillas o espinazo, ha de considerarse como cabeza metamorfoseada. Propiamente, el ave es, toda ella, cabeza.

Para comprender esta conclusión, para comprender el ave, hemos de remontarnos muy lejos en la evolución planetaria de la Tierra. El ave tiene tras sí un largo historial planetario, mucho más largo que el del camello, pongamos por caso, generado mucho más tarde. Las aves que quedan forzadas hacia abajo, hacia la Tierra, el avestruz, por ejemplo, fueron las últimas en ser creadas; en cambio, las que moran libres en los aires, como el águila o el buitre, son animales antiquísimos, y a esa antigüedad se debe el que posean algo que no se formó sino en etapas tardías de su evolución: las plumas y el pico córneo. En épocas terrestres anteriores, en los períodos lunares o solares, ostentaban todavía todo aquello que luego se incorporó en ellos desde dentro hacia fuera, hasta la epidermis. Lo externo del ave es de origen posterior y se debe a que desarrolló, en una relativamente primera etapa, su sistema cefálico. Y por las condiciones que se introdujeron en la etapa tardía de la evolución terrestre, el ave ya no podía añadir por fuera sino aquello que halla expresión en su plumaje.

Luna y Tierra dotaron al ave de plumaje, en tanto que el resto de su naturaleza tiene sus orígenes en tiempos mucho más remotos; pero el asunto tiene aspecto

mucho más profundo. Mirémosla volando por los aires. Ahí actúan sobre ella ciertas `fuerzas; y es que el sol no posee tan sólo las energías lumínicas y térmicas a que solemos referirnos por lo común. Recuerden que en mis conferencias sobre los Misterios Druídicos, destaque que del sol parten también fuerzas espirituales, y es a éstas a las que hemos de enfocar, ahora, pues son precisamente ellas las que confieren el policromatismo y la peculiar configuración de su plumaje, a las diferentes estirpes de aves. Si calamos espiritualmente los efectos solares, percibimos el significado del plumaje del águila. Si realmente ahondamos en esta naturaleza aguileña; si sabemos comprender la Naturaleza en íntima actitud artística que abarca también lo espiritual; si contemplamos cómo las ondas de los impulsos solares, acrecentados por los que nombraré más adelante, se deslizan sobre el águila aun antes de que haya salido del huevo, y, con magia artística, extraen o, mejor dicho, insertan en su figura material el plumaje, y si luego nos preguntamos: ¿qué significa todo eso para el hombre?, descubrimos que el correlativo proceso humano es aquel que convierte al cerebro en vehículo de pensamiento. Lograremos la visión correcta del macrocosmos, de la gran Naturaleza, si, al mirar el águila, tenemos la intuición siguiente: "en el plumaje y las plumas multicolores del águila, vive la misma fuerza que convierte mi cerebro en vehículo del pensamiento.

Aquello que modela mi encéfalo, haciéndolo capaz de asimilar la interna fuerza salina, fundamento del pensar; aquello que lo convierte en el instrumento que me permite ser pensador, es la misma fuerza que al águila suministra su plumaje". Y así nos sentimos afines con el mundo alado; nos damos cuenta de que en nosotros mismos existe el sustituto humano del plumaje

aguileño: nuestros pensamientos emanan del cerebro como las plumas nacen del águila.

Y si del nivel físico ascendemos al astral, hemos de pronunciar la declaración paradójica: en el plano físico, la formación de plumas se debe a las mismas fuerzas que, en el astral, ocasionan la formación de pensamientos. Al águila, le otorgan la capacidad de formar las plumas, correlato físico de la formación de los pensamientos: al hombre, le dan los pensamientos, aspecto astral de la formación de plumas. Verdades como ésta hallan a veces expresión maravillosa en el genio del decir popular: si se corta una pluma transversalmente, y se observa lo que contiene su interior, el pueblo lo llama "alma". Sin duda, no faltará quienes vean una designación externa en este nombre de alma, aunque no lo es: para quien cala la verdad, la pluma contiene algo grandioso, a saber, el misterio de la formación de pensamientos.



Apartemos ahora la mirada del águila que mora en los aires, y veamos, para tener otro representante, un mamífero como el león: al leer sólo lo comprendemos propiamente, si nos sensibilizamos con respecto a la euforia y satisfacción interna que él siente viviendo su medio ambiente. Propiamente, aparte los felinos, no hay otro animal que tenga una respiración tan maravillosa y henchida de misterio. Por doquiera en el reino animal,

debe haber concordancia entre los ritmos respiratorio y circulatorio, pesado éste por el aparato digestivo que arrastra, en tanto que aquél es liviano, gracias a que tiende a ascender a la levedad de las formaciones cerebrales. Lo que vive en la respiración del ave, vive, a la vez, en su cabeza: toda ella es cabeza, y lo considerado cabeza en sentido corriente tiene, como único objetivo, exhibirse al mundo externo: lo que en el hombre son pensamientos, en ella son las formas de su plumaje. Para el auténtico sentido de la Naturaleza, capaz de vivir en la belleza, no hay nada más enternecedor que sentir el íntimo parentesco que existe entre el pensamiento humano concreto e internamente vivificado, y el plumaje del ave. El que posee experiencia práctica en tales cosas, sabe con exactitud cuándo piensa como pavo real, cuándo como águila, cuándo como gorrión. Insisto: con excepción de que lo uno es astral, y lo otro es físico, hay maravillosa correspondencia entre ambos. En verdad, el ave tiene una vida tan preponderante en la respiración, que casi desaparece lo demás, esto es, la circulación sanguínea, etc. Para la cenestesia del ave, no existe la pesantez de la digestión ni la de la circulación sanguínea: no existen.

Por su parte, en el león prevalece una especie de equilibrio entre respiración y circulación sanguínea. Es verdad que aun en el león, la circulación sanguínea tiende a la pesantez, pero no tanto como en el camello o el bovino, por ejemplo, cuya circulación es sumamente recargada por la digestión. En cambio, en el león con su aparato digestivo relativamente corto y su construcción que se presta para que la digestión se realice lo más rápidamente posible, ésta no recarga la circulación. Por otra parte, existe tal despliegue del principio cefálico en la cabeza del león, que la respiración se mantiene en

equilibrio con el ritmo circulatorio. El león es el animal que, mejor que ningún otro, tiene un ritmo interno de la respiración y uno del pulso, que internamente se balancean y se armonizan. De ahí que ese animal en su, llamémosle, vida subjetiva, tiene la peculiaridad de engullir su alimento con voracidad casi ilimitada, porque se siente feliz cuando ya está en su estómago. Está ávido de alimento, porque el hambre le causa más desazón que a otro animal; tiene avidez, pero no es glotón; no le interesa el saborear las cosas: su satisfacción interna la deriva de la justa proporción entre respiración y circulación sanguínea. El león vive, pues, en su elemento sólo cuando éste entra en reciprocidad con la respiración que, a su vez, es motivo de alegría para el león, pues admite la corriente respiratoria con profunda satisfacción interna. Necesita sentir los efectos de la comida, esto es, el equilibrio interno entre respiración y circulación sanguínea. El león es más león en el momento de tener esa profunda satisfacción interna: su pulsación late hacia arriba, y su respiración hacia abajo, contacto mutuo de dos embates; ahí vive el león.

Obsérvenlo cuando corre, salta, cómo sostiene la cabeza, incluso cuando mira, y percibirán que todo eso se retrotrae a un continuo recambio rítmico de algo que se aparta del equilibrio y vuelve a recuperarlo. Difícilmente habrá algo que se nos antoje tan misterioso como la extraña mirada del león, mirada que mucho lanza hacia afuera, algo que es testimonio de dominación interna de principios antagónicos. La mirada del león es testimonio exteriorizado de cómo su latido es dominado por la circulación sanguínea, de manera casi perfecta.

Y quien tenga sentido para la captación artística de las configuraciones, que mire la peculiar construcción

de las fauces del león, construcción que denuncia que el latido de su corazón asciende hasta ellas, pero que la respiración lo retiene. Si visualizan ustedes imaginativamente ese contacto mutuo de pulso y de la respiración, obtienen las fauces del león.

Y es que el león es, todo él, órgano torácico, es el animal que, en su figura externa y en su modo de vivir, destaca el sistema rítmico. La organización del león es tal que el recambio del latido de corazón y respiración se expresa también en la relación mutua entre su corazón y sus pulmones.

Esto nos lleva a afirmar: la parte del hombre que más se parece al ave, es la cabeza, sólo que metamorfoseada; la que más se parece al león, es la región torácica, ahí donde se topan los ritmos: el de la circulación y el de la respiración.

Apartemos ahora la mirada de las aves que participan del ciclo atmosférico, y también del león, y dirijámosla hacia el bovino. Ya en varias ocasiones insistí en lo atractivo que es el contemplar una manada de vacas tendida en los pastizales, observar la función digestiva que se expresa en su posición, en su mirada y en todo movimiento. Observen una vaca tendida en el pastizal, cuando algún ruido llega hasta ella. Es maravilloso ver como levanta la cabeza, y cómo, en ese levantar, prevalece el sentimiento *de* que todo es pesado y que no es fácil lograrlo porque encierra algo muy particular. Si vemos a la vaca en el prado, levantando la cabeza por algún estorbo, no podemos menos de exclamar: ¡más pasmada está la vaca de que su cabeza haya de servirle para algo que no es el pacer! “¿Para qué la levanto? En este momento no estoy paciando; no tengo por qué levantarla, pues.”

He ahí la actitud intrínseca en el levantar la cabeza; pero no sólo eso, sino también en la forma de la cabeza. No podemos imaginarnos que el león alce la suya como la vaca; en la función interviene también su forma peculiar. Si estudiamos la forma entera del animal, notamos que toda la vaca es un aparato digestivo llegado a su pleno desarrollo: la pesantez de la digestión gravita sobre la circulación sanguínea, de modo que quedan dominadas la cabeza y la respiración. La vaca es, toda ella, digestión. Para la mirada espiritual es infinitamente maravilloso elevarla, primero al ave, y luego bajarla a la vaca.

Desde luego, por mucho que sublimemos a la vaca físicamente, no se convertirá en ave. Pero si, al mismo tiempo, pudiéramos transformar su elemento físico en elemento aéreo-húmedo, para lo cual habría que llevarla a los aires contiguos a la tierra; si también pudiéramos lograr una transformación de su forma etérea para adecuarla al elemento húmedo, y si luego siguiéramos sublimándola hasta llegar al nivel astral, entonces, ahí en las alturas, la vaca se convertiría en ave; no en lo material, pero sí en lo astral.

Si uno comprende estas conexiones, uno se asombra de poder decir: aquel elemento astral que el ave, ahí arriba, posee gracias a su cuerpo astral trabajando, como lo expliqué, en la conformación de su plumaje, es el mismo que ha introducido la vaca en su carne, en sus músculos, en sus huesos; en ella, se ha tornado físico lo que en el ave es astral. Desde luego, el aspecto es distinto en la astralidad; pero la identidad existe.

Veamos esto a la inversa: si descendiendo aquello que forma parte de la astralidad del ave, tendiendo, a la vez, a su transformación reductiva a lo etéreo y físico, el águila se convierte en vaca, porque lo que en aquélla es

de índole astral, se torna carne y cuerpo de la vaca que descansa en el suelo entregada a la digestión; en efecto, parte de esta digestión vacuna consiste en el desarrollo de una maravillosa astralidad. Al digerir, la vaca se embellece; desde el punto de vista astral, esa digestión encierra una inmensa belleza. Y si, con los ordinarios conceptos filisteos, uno formula el idealismo filisteo de decir: "La función digestiva es la inferior", queda desmentido si, desde un atalaya superior, uno contempla, en visión espiritual, la función digestiva de la vaca: es algo bello, magnífico, inmensamente espiritual.

El león no alcanza esa espiritualidad; el ave, menos todavía: su función digestiva es casi enteramente física. En el aparato digestivo del ave, se encuentra, desde luego, el cuerpo etéreo, pero poco, o casi nada, de astralidad. En cambio, los procesos digestivos de la vaca, considerados astralmente, son magníficos; en realidad, constituyen todo un mundo. Y si buscamos la semejanza con el hombre, encontramos qué es lo que la vaca desarrolla en forma unilateral: la carnificación física de cierto elemento astral, entretejido armoniosamente con lo demás, en sus órganos digestivos y su continuación en las extremidades. Así pues, efectivamente, ante aquello que, en el águila, miro en las alturas de los aires; en el león, donde él se deleita directamente con el aire; en la vaca, cuando se halla unida con las fuerzas subterráneas que continúan actuando en sus órganos digestivos; ante todo esto, si hundo mi mirada en las profundidades en vez de en las alturas, y de ahí, comprensivamente, penetró en la naturaleza de la vaca, encontraré las tres figuras que, en el hombre, se hallan armoniosamente unidas y se compensan: la metamorfosis del ave en la cabeza humana, la metamorfosis del león en el pecho humano, la metamorfosis de la vaca en el aparato digestivo y articu-

lar del hombre. Desde luego, en este último, la vaca se halla enormemente metamorfoseada, remodelada.

Si hoy día nos detenemos en contemplación ante todo esto, y volvemos a descubrir que el hombre realmente ha nacido de la Naturaleza entera, y la lleva en sí mismo, conforme lo he descrito: el reino de las aves, el de los leones, el vacuno, se llega a los elementos particulares que ratifican la afirmación abstracta: el hombre es un microcosmos. Efectivamente, lo es, y la gran Naturaleza está dentro de él, donde cooperan, en unidad armoniosa, toda la fauna que mora en los aires, toda la fauna que tiene por elemento principal el aire circulante en torno a la tierra, y toda la fauna que tiene su elemento primordial en las fuerzas subterráneas: el hombre resulta ser la síntesis de águila, león, toro o vaca.

Si se explora y cala todo esto con los recursos de la ciencia espiritual moderna, se llega a ese gran respeto, que frecuentemente he mencionado, hacia las antiguas intuiciones instintivas clarividentes del cosmos, por ejemplo, la portentosa imagen de que el hombre está constituido por águila, león, toro o vaca, que juntos se integran y armonizan en el hombre.

Pero antes de que analicemos los impulsos específicos que se hallan presentes, por ejemplo, en las fuerzas que flotan en torno al águila, en las que flotan en torno al león, y en las que rodean a la vaca, quiero llamar su atención incluso sobre otra correspondencia entre lo humano interno, y lo externo en el cosmos.

No es difícil lograr una representación de esto. La cabeza humana busca lo que corresponda a su naturaleza: tiene que elevar la mirada a la estirpe de las aves. El tórax humano, con su pulsación y respiración, tiene que dirigir la mirada hacia un animal del tipo león, para

comprenderse a sí mismo como misterio dentro de los misterios de la Naturaleza. El hombre ha de tratar de comprender su aparato metabólico con base en la constitución y organización del ganado bovino. Pero no olvidemos que, en el hombre, la cabeza es portadora de pensamientos; que el pecho lo es de sentimientos, y que el aparato metabólico lo es de su voluntad. De modo que, no sólo física, sino también anímicamente, el hombre es un trasunto de las representaciones que se entretajan en el mundo gracias a la estirpe de las aves y que se expresan en su plumaje; del mundo emotivo que rodea la Tierra y donde aquéllas se hallan en la interna vida compensatoria entre pulsación y respiración en el león, atenuadas en lo humano, si bien en el hombre representan lo íntimamente animoso, palabra que la lengua griega utilizó para los atributos del corazón o pecho. Finalmente, si el hombre busca sentidos que se ubiquen preferentemente en el metabolismo, y quiere darles configuración externa, contemplará aquello se ha hecho carne en la vaca.

Lo que hoy suena grotesco y paradójico, lo que quizá parezca locura a nuestra época huérfana de toda comprensión de las conexiones espirituales del mundo, encierra, no obstante, una verdad que apunta hacia antiguas tradiciones. Es, en efecto, un fenómeno notable el que el Mahatma Gandhi (recientemente presentado al mundo en la obra poco simpática de Romain Rolland), a pesar de que su actividad se halla enteramente dirigida hacia afuera, a la vez que, frente a la antigua religión hindú, desempeñe el papel de un representante de la Ilustración del siglo XVIII traspasado a la India, mantenga en su hinduismo progresista, la veneración hacia la vaca. Dice Gandhi que no se puede prescindir de ella; los ingleses lo sentenciaron a seis años de cárcel por su

actividad política en la India. ¡Pero él mantiene su veneración a la vaca!

Sólo se comprenden hechos como éstos, que en civilizaciones más espirituales se han conservado con tesón, si se aceptan las conexiones espirituales a que hago referencia, es decir, si se sabe realmente cuán inmensos son los secretos que laten en el "animal digestivo" que es la vaca, y que en ella puede venerarse una elevada astralidad, si bien hecha terrenal y, por lo tanto, rebajada. Con base en esto, se comprende asimismo la veneración religiosa que en el hinduismo se rinde a la vaca, del todo incomprensible con fundamento en la maleza de conceptos racionalistas e intelectualistas que se le cuelga.

Vemos, pues, que la voluntad, el sentimiento y el pensamiento, pueden buscarse ahí fuera en el cosmos, así como descubrirlos en su correspondencia en el microcosmos. Tenemos todavía muchas otras clases de fuerzas en el hombre, y también en la Naturaleza. Un ejemplo: la metamorfosis por la que pasa la criatura que se convierte en mariposa.

Ustedes saben que la mariposa pone su huevo, y que de él sale la oruga. El huevo contiene, pues, en sí toda la disposición del posterior animal; de él sale la oruga y se interna en el aire bañado de luz. He ahí su nuevo medio ambiente, y les ruego que se detengan en ese modo de vivir la oruga en el aire iluminado por la luz.

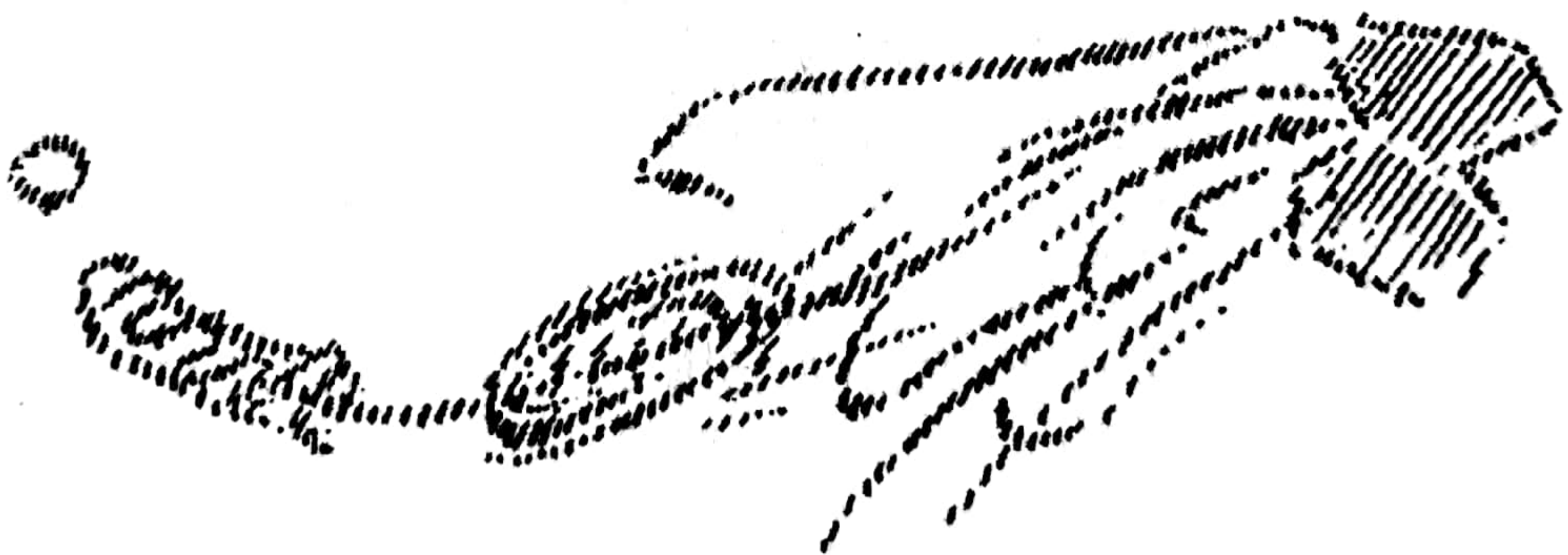
Podrán estudiarlo cuando, digamos, de noche acostados con la lámpara prendida, vean la polilla volando hacia la luz y muriendo en ella. Esta luz tiene sobre la polilla el efecto de su atracción hacia la muerte, extraño efecto de la luz sobre lo vivo.

La oruga no puede ascender hasta la fuente de la luz, el sol, para arrojarse en él, aunque quisiera hacerlo; lo quisiera con el mismo afán con que lo quiere la polilla que se lanza a la llama y, junto a su cama, en ella perece. La polilla se arroja a la llama y halla la muerte en el fuego físico; la oruga, a su vez, busca la llama, la que sale a su encuentro, en rayos solares, pero no puede arrojarse en el sol. En la oruga, el avance hacia la luz y el calor permanece al nivel espiritual; todo el efecto solar le es transmitido a ella, no como algo físico, sino espiritual. La oruga sigue a cada rayo solar, y lo acompaña durante todo su curso diurno. Aunque de manera lenta, su actividad es la misma que la de la polilla que se lanza a la luz y le sacrifica toda su materia; así, la oruga lentamente entreteje la suya propia en la luz, suspende su actividad y la reanuda al día siguiente, hilando y tejiendo todo el capullo en que se envuelve. Y las hebras de ese capullo son lo que la oruga, al nadar en el ondeo de la luz solar, teje con su propia materia. Convertida la oruga en crisálida, se ha envuelto en el tejido de los rayos solares, brindándole forma corpórea hecha a partir de su propia sustancia. En tanto que la polilla se consume rápidamente en el fuego físico, la oruga se precipita, sacrificándose, hacia la luz solar, y teje los hilos de esta luz siguiendo el curso de su cambiante dirección. Vean el capullo del gusano de seda: ¡tejida luz solar!, sólo que materializada gracias a la sustancia de la propia oruga hiladora. Pero así, el espacio quedará interiormente cerrado: la externa luz solar ha quedado superada. En otra ocasión, al hablarles sobre los Misterios Druídicos,* les expliqué que algo de la luz solar se introduce en los cromlechs;

* Véase Steiner, "Initiations-Erkenntnis" (El conocimiento iniciático).

eso mismo es lo que se halla interiorizado en el capullo. Antes, el sol ejercía su poder físico induciendo a la oruga a hilar su propio capullo; ahora, tiene poder sobre lo interno y, desde lo interno, crea a la mariposa que sale de la crisálida, con lo cual se inicia otro ciclo.

Aquí pueden ustedes observar desplegado lo que comúnmente se halla telescopiado. Comparen todo este proceso con el del ave ovípara: el protector cascarón calcáreo se forma todavía en el interior del ave, gracias a un proceso metamorfoseado; las fuerzas de la luz solar utilizan la sustancia de la cal para telescopiar todo el proceso que hemos visto desplegado en la secuencia de huevo, oruga, capullo. En el huevo del ave, donde se forma el envolvente cascarón duro, todo se halla telescopiado, y en su consecuencia, todo el proceso embrional transcurre en forma diferente. En la mariposa, se halla desplegado lo que en el ave, tiene lugar hasta la tercera etapa: formación de huevo, de oruga, de crisálida o capullo. Ahí está toda la secuencia exteriormente visible. ¡Y luego sale la mariposa!



Si ahora seguimos el proceso desde el punto de vista astral, ¿qué vemos? Vemos que el ave, en toda su estructura, representa una cabeza humana: el órgano de la formación de pensamientos. ¿Qué representa la mariposa que también habita en los aires, pero cuya formación embrionaria es algo sumamente complicado? Caemos en la cuenta de que representa aquello que, pudiéramos

decir, muestra la continuación de la función cefálica: las fuerzas de la cabeza, extendidas sobre el hombre entero. Y entonces sucede, en el hombre entero, algo que corresponde a un proceso de la Naturaleza muy distinto al de la ornitogénesis.

La cabeza humana, si la consideramos en conjunción con lo etéreo y lo astral, presenta algo muy parecido a lo que sucede en la ovogénesis, si bien metamorfoseado. Pero si sólo tuviéramos la función cefálica, no formaríamos sino pensamientos instantáneos; ya no se asentarían en nosotros, no involucrarían al hombre entero para luego volver a emerger en forma de recuerdos. Si contemplo mis pensamientos instantáneos, resultado de mi encuentro con el mundo externo, y luego levanto la mirada hacia el águila, he de decir: en su plumaje veo, fuera de mí, los pensamientos corporizados; dentro de mí, toman forma de pensamientos momentáneos. En cambio, si contemplo unos recuerdos, tiene lugar un proceso más complicado: ahí abajo, en el cuerpo físico, tiene lugar, si bien espiritualmente, una especie de ovogénesis, por cierto *que* muy modificada: al nivel etéreo, se parece, externa y físicamente, a la formación de la oruga; al nivel astral, internamente, a la formación del capullo. Y el mismo proceso que, al tener yo una percepción, desencadena y asienta en mí un pensamiento, es el que se realiza cuando la mariposa deposita un huevo. La transformación es similar a la que tiene lugar con la oruga; la vida en el cuerpo etéreo se sacrifica a la luz espiritual, circunteeje al pensamiento con internos y astrales tejidos de capullo, y, cual si fueran polluelos que salen del huevo, ¡salen los pensamientos! Si consideramos el plumaje de las aves como contraparte de los pensamientos instantáneos, hemos de considerar la irisante y cromática ala de la mariposa, lograda de manera espi-

ritual, como contraparte de los pensamientos recordativos... Dirigimos, pues, la mirada al mundo externo, y sentimos nuestra afinidad con la Naturaleza: pensamos, y reconocemos en las aves que vuelan, el mundo del pensamiento; recordamos, tenemos memoria, y reconocemos en las mariposas que coruscan y revolotean en la luz del sol, el mundo de las imágenes recordativas que laten en nosotros. En verdad, el hombre es un microcosmos, y contiene los secretos del macrocosmos. Aquello que, normalmente, contemplamos desde dentro, a saber, nuestras pensamientos, sentimientos, voluntad, imágenes recordativas, volvemos a reconocerlo en el reino de la Naturaleza cuando lo miramos desde el otro lado, es decir, por fuera y macrocósmicamente.

Esto sí que es mirar la realidad, realidad que no puede aprehenderse con el mero pensamiento, pues a éste le deja sin cuidado la realidad como tal; sólo le interesa la lógica. Pero con una misma lógica, se pueden avalar los aspectos más divergentes de la realidad, y para ilustrarlo, permítanme terminar mi plática de hoy, con una imagen que habrá de constituir la transición a nuestras disquisiciones de mañana.

Una tribu africana, los felatas, tienen una hermosa imagen de hondo significado. Alguna vez, un león, un lobo y una hiena, emprendieron una caminata: se encontraron con un antílope. Uno de los animales la desgarró, pero como sea que los tres eran buenos amigos, surgió la cuestión de cómo se lo repartirían. Dijo entonces el león a la hiena: divídelo. La hiena tenía su propia lógica; es el animal que no se atiene a lo vivo, sino a lo muerto; su lógica está, pues, determinada por su peculiar tipo de valor, o más bien por su cobardía; según cómo sea ese valor, se enfocará la realidad de una

u otra manera. Dijo la hiena: "Dividamos el antílope en tres partes iguales; una para el león, otra para el lobo, y otra para la hiena, es decir, para mí". El león desgarró a la hiena, la mató. Ya estaba eliminada.

Y nuevamente había que dividir. Entonces el león le dijo al lobo: "Mira, querido lobo, ahora tendremos que dividir de manera distinta. Hazlo tú. ¿Cómo dividirías tú?" Respondió el lobo: "Efectivamente, habremos de dividir de manera distinta; ya no es posible que todos recibamos lo mismo, como antes. Como tú nos has liberado de la hiena, tendrás que recibir, desde luego, el primer tercio. El segundo tercio te habría tocado de todas maneras, como ya dijo la hiena, y el tercer tercio ha de ser tuyo porque eres el más sabio y más valiente de todos los animales". Y así, el lobo hizo su reparto. Le preguntó el león: "¿Quién te enseñó a dividir en esta forma?" Y respondió el lobo: "La hiena me ha enseñado a dividir así". Y el león no se tragó al lobo, sino que aceptó las tres partes según la lógica lupina.

Sin duda, la matemática, lo intelectualista, era la misma en la hiena y en el lobo; pero ese intelecto y esas matemáticas, los aplicaban a la realidad de distinta manera, con lo cual su destino cambió decisivamente. La hiena- fue comida, porque en la relación de su principio divisorio con la realidad, había algo distinto del lobo que se salvó de ser comido, porque logró relacionar su lógica de hiena — él mismo dice que le enseñó la hiena — con otra realidad bien distinta. ¿Cómo? Relacionó la lógica con la realidad de que el león ya no tuviera necesidad de comerse también al lobo.

Ya ven ustedes: dos veces lógica de hiena, pero en su aplicación a la realidad, lo lógico e intelectualista se modifica radicalmente.

Así sucede con todas las abstracciones. Con abstracciones, ustedes pueden hacerlo todo en el mundo, según la manera cómo las apliquen a la realidad. De ahí que conviene aguzar nuestra mirada para la realidad en la correspondencia del hombre como microcosmos en el macrocosmos. No basta con saber estudiar al hombre según la lógica, sino estudiarlo en un sentido que jamás puede alcanzarse sin que el intelectualismo se transforme en arte.

Pero una vez se sepa realizar la metamorfosis del intelectualismo a la captación artística, así como erigir lo artístico en principio cognoscitivo, se encontrará, ahí fuera en el macrocosmos, lo mismo que late en el hombre de manera humana, no de manera natural. Entonces sí se descubrirá la afinidad del hombre con el mundo grande, en su verdadero significado.

SEGUNDA CONFERENCIA



Habiendo conocido ayer la relación entre los animales de la altura, representados por el águila, los de la región media, representados por el león, y los de la hondura terrestre, representados por el ganado vacuno, podemos proceder hoy a estudiar la relación del hombre con el universo, desde el punto de vista que resulta de su interna relación morfológica con dichos representantes del mundo animal.

Empecemos por elevar la mirada hacia regiones de las que ayer dijimos: si el animal extrae de ellas sus energías peculiares, ellas lo convierten enteramente en organización cefálica, y observaremos entonces que el animal debe su peculiar manera de ser, a la atmósfera saturada del brillo solar. Esa atmósfera permeada de sol es lo que conforma los rasgos principales del animal, y a ella se debe, como dije ayer, la peculiar configuración de su plumaje. El animal tiene, pudiéramos decir, su esencia en el interior; lo que el mundo externo hace con él, se incorpora en su plumaje. En cambio, cuando el efecto formador del aire asoleado, no se acerca a la criatura viva desde fuera, caso del águila, sino que se genera en el interior, caso del sistema nervioso humano, nacen entonces los pensamientos, los del momento; los pensamientos del presente inmediato.

Ahora bien, si dirigimos nuestra mirada a las alturas, cargada o enriquecida por todo lo que resulta de esas reflexiones, nos vemos remitidos a la atmósfera en repo-

so, y a la luz solar que mana a través de ella. Pero entonces no podemos enfocar el -sol aisladamente, puesto que recibe su poder en virtud de entrar en relación con diferentes distritos del universo, relación que el hombre expresa cognoscitivamente relacionando los efectos solares, con el llamado zodíaco. Solemos decir que el brillo solar tiene distinto significado para la Tierra, según que incida sobre ella desde Leo, Libra o Escorpión; pero también varía su significado según se vea reforzado o debilitado por los demás planetas de nuestro sistema planetario. Y no son iguales las relaciones con esos planetas: las con los llamados planetas exteriores, esto es con Marte, Júpiter y Saturno, no son las mismas que las con los llamados interiores: Mercurio, Venus y Luna.

Si estudiamos la organización del águila, hemos de fijarnos, ante todo, en la modificación que sufren las energías, solares, ya sea reforzadas o debilitadas, por el concierto del Sol con Saturno, Júpiter y Marte. Por algo ha de ser que, según la tradición legendaria, el águila es el ave de Júpiter, el planeta que se destaca como representante de los exteriores. Y si dibujamos esquemáticamente la situación, hemos de dibujar la esfera que ocupa Saturno en el espacio cósmico, y asimismo la de Júpiter y la de Marte.

Veámoslo (se hace un dibujo): la esfera saturnal, la jupiteriana, la marciana, luego el tránsito a la esfera solar, de modo que en la órbita más periférica de nuestro sistema planetario existe la acción concertada de Sol, Marte, Júpiter y Saturno.

Y si vemos al águila planeando en los aires, decimos con absoluta propiedad: las energías que fluyen a través del aire procedentes del Sol, como resultado de su sinergia con los tres planetas mencionados, se objetivan en

toda la figura y naturaleza del águila. Pero esas mismas energías viven asimismo en la configuración de la cabeza humana. Y si tratamos de buscar la ubicación del hombre en el universo en cuanto a su verdadera existencia, la terrenal no es sino una miniatura, hemos de colocarlo, en lo que a su cabeza se refiere, en la esfera del águila.



Hemos de imaginar, pues, que el hombre, en cuanto a su cabeza, concreción de sus energías que apuntan hacia lo alto, se halla inserto en la esfera del águila.

El león, a su vez, es representante de la fauna que podemos denominar solar; en él, el Sol despliega su energía propia. El león prospera mejor cuando la constelación de los astros transolares y de los infrasolares es tal que ejercen influencia mínima sobre el Sol. Entonces se produce aquella peculiaridad de que les hablé ayer: las propias energías solares que saturan el aire, engendran en el león un sistema respiratorio cuyo

ritmo se halla en perfecto equilibrio con el de la circulación sanguínea, no en cuanto a su número, pero sí a su dinamismo. Esto incluso puede apreciarse en la forma del hocico del león, como dije ayer; ahí halla expresión morfológica la maravillosa relación de los ritmos sanguíneo y respiratorio, y esto lo denuncia la peculiar mirada del león, al mismo tiempo reposada y audazmente extravertida.

Pero lo que en el león late tan sólo en la mirada, se halla en el hombre conectado con sus demás elementos constitutivos, o sea con la organización cefálica y la metabólica, en la organización torácica, cardíaca o rítmica.

Para establecer la correcta relación del hombre con los efectos solares propiamente, hemos de dibujarlo de modo que su corazón y pulmones queden ubicados en la esfera de la actividad solar; esta parte corresponde, pues, a la naturaleza leonina del hombre.

Pasemos ahora a los planetas interiores, los más cercanos a la Tierra: la primera órbita es la mercurial relacionada con las partes más delicadas del sistema metabólico humano, ahí donde las sustancias alimenticias se transforman en linfáticas para luego incorporarse a la circulación sanguínea.

Acercándonos más a la Tierra, llegamos a la región de la actividad de Venus, que corresponde a las áreas algo más toscas del sistema metabólico, ahí donde, desde el estómago, el organismo humano desintegra y digiere los alimentos ingeridos. Entramos en la esfera de la Luna (me atengo a la secuencia que hoy se considera consagrada en la astronomía; también podría dibujarla en otra forma). Entramos, pues, a la órbita lunar, en la región en que ella influye sobre los procesos metabólicos.

Así tenemos al hombre inserto en el universo entero. Al dirigirnos a los efectos cósmicos que el Sol ejecuta en conjunción con Mercurio, Venus y Luna, nos internamos en el área que encierra las energías acogidas por la familia de animales cuyo representante es la vaca, como les expliqué ayer. Ahí opera lo que el Sol no puede hacer por sí solo, sino únicamente mediante la acción de los planetas infrasolares que favorecen la transmisión de los efectos solares a la Tierra. Cuando actúan todas esas energías, no sólo fluyendo a través del aire; sino impregnando la superficie terrestre de muchas maneras, vuelven esas energías a emerger de las profundidades de la Tierra. Y lo que así asciende de esas profundidades, pertenece, a la región que se objetiva externamente en la vaca.

La vaca es el animal digestivo, pero, a la vez, el que ejecuta la digestión de tal manera que su proceso ofrece la contraimagen terrenal de una realidad supraterrrenal: todo el proceso digestivo de la vaca se halla impregnado de una astralidad que es radiante y maravillosa réplica del cosmos entero. Ya dije ayer que en este organismo astral de la vaca, se halla implícito todo un mundo, pero soportado por la pesantez, dispuesto de tal manera que la gravedad de la Tierra se hace efectiva. Piensen en que la vaca tiene que ingerir diariamente una octava parte de su propio peso; le basta al hombre para conservar su salud, una cuadragésima parte. En cambio, la vaca necesita la pesantez terrestre para llenar plenamente su organización, organización orientada hacia el peso de su sustancia. Esto significa que la vaca se halla atada, con sus sustancias, a la Tierra, a la vez que, en virtud de su astralidad, es réplica de las alturas cósmicas.

De ahí que, como dije ayer, para el seguidor de la religión hindú, sea la vaca objeto digno de veneración, porque intuye que ella, durante su vida sobre la Tierra, genera algo supraterrrenal dentro de la pesada materia física. Y reconocemos finalmente que la organización normal de la naturaleza humana se presenta cuando el hombre armoniza los tres efectos cósmicos de águila, león, y vaca, en otras palabras, cuando se convierte realmente en síntesis de los efectos de águila, león, y vaca o toro.

Vivimos, sin embargo, en una época en que cierto peligro se cierne sobre la evolución del mundo: el peligro de que los efectos unilaterales hallen realmente expresión unilateral en el hombre. Desde los siglos XIV y XV, y en constante aumento hasta nuestros días, los efectos aguileños reclaman preponderancia unilateral sobre la cabeza humana; los leoninos, sobre el ritmo humano; y los vacunos, sobre el metabolismo y todo el funcionamiento material del hombre.

He ahí, pues, el distintivo de nuestra época: esos tres poderes cósmicos tratan de tripartir al hombre, y cada uno se afana en suprimir a los otros dos: el águila tratando de invalidar al león y a la vaca; asimismo, los otros dos afanándose por hundir en la insignificancia a los dos otros elementos respectivos. Precisamente en la época actual, actúa continuamente sobre la subconsciencia humana algo sumamente tentador, tentador por la sencilla razón de que, en cierto sentido, no deja de ser bello. Despierta su conciencia, no se percata el hombre de esa tentación, pero su subconsciencia se halla expuesta a la triple llamada que vibra y resuena por el mundo: el secreto de nuestra época es el que, de la región aguileña, desciende, cual sonido, eso que ha constituido al águila en águila, eso que le da su pluma-

je y la circunda como nube astral. Es la propia esencia del águila la que se torna audible para la subconsciencia humana. He aquí la llamada tentadora del águila:

*¡Aprende a conocer mi esencia!
Yo te daré el poder
de crear en tu propia cabeza,
todo un universo.*

Llamada desde arriba, que trata de unilateralizar al hombre. Luego existe una segunda incitación, la que procede de la región media, ahí donde las fuerzas cósmicas modelan la naturaleza leonina, y donde, por la confluencia de sol y aire, provocan esa equidad de sus ritmos respiratorio y circulatorio. Eso que ahí reverbera por el aire, por así decirlo, en sentido leonino, lo que pretende unilateralizar el sistema rítmico del hombre, le insinúa en su subconsciencia esta llamada:

*¡Aprende a conocer mi esencia!
Yo te daré el poder
de sustanciar en el brillo de la atmósfera,
todo el universo.*

Estas voces que hablan a la subconsciencia del hombre tienen más efecto de lo que se cree. En verdad, amigos míos, existen diversas agrupaciones particularmente organizadas para acoger estos efectos. Así por ejemplo, toda la población de Occidente se halla particularmente organizada para sucumbir a la llamada y tentación del águila; en especial, la civilización norteamericana. En cambio, la región central de Europa, que acumula mucho de la cultura antigua, y mucho de lo que indujo a Goethe a emprender su viaje a Italia, para liberar su vida de las estrecheces anteriores, esa región se halla notablemente expuesta a la insinuación del león.

Y finalmente, la civilización oriental se halla expuesta, más que nada, a lo que dice la vaca. Y así como los otros dos animales resuenan representando sus respectivas áreas cósmicas, del mismo modo resuena desde abajo, desde las profundidades telúricas, la ronca llamada retumbante de lo que late en la pesadez de la vaca. De hecho, tal como se los describí ayer: por la peculiar manera en que la manada de vacas se echa a rumiar después de haber pacido, entregándose y sujetándose a la pesantez de la Tierra, se pone en evidencia la circunstancia de que, diariamente, tiene que renovar una octava parte de su peso corporal. Añádase a esto que, bajo la influencia del Sol, Mercurio, Venus y Luna, las profundidades de la Tierra ejercen sus efectos en la organización nutricional de la vaca y hacen retumbar a la manada, con estruendosa potencia demoníaca:

*¡Aprende a conocer mi esencia!
Yo te daré el poder
de arrebatarte la balanza, el nivel y el número,
a todo el universo.*

Llamada incitadora en particular para el Oriente. Pero démonos cuenta de lo que esto implica: es verdad que, por de pronto, el Oriente se halla expuesto a esta incitación de la vaca, porque existe su antiguo culto en el hinduismo. Pero si se apoderara de la humanidad de suerte que se le impusiera lo que ella implica, el Oriente se erguiría frente al Occidente y a la Región Central, como civilización antagónica al progreso y propiciadora de la decadencia. Los poderes demoníacos telúricos actuarían entonces de manera unilateral sobre la civilización terrenal. Y ¿qué sucedería?

En el curso de los últimos siglos, hemos recibido una técnica o tecnología que se halla bajo la influencia de la

ciencia externa. Sin duda, es grandiosa en todos los campos; las fuerzas naturales obran en ella en su modalidad inanimada y, para ponerlas en juego y convertirlas totalmente en estrato civilizador de alcance mundial, se recurre a la balanza, el nivel y el número.

La balanza, la regla graduada, el pesar, contar y medir, son el ideal del hombre de ciencia o del tecnólogo moderno que debe toda su profesión a lo que le proporciona la ciencia externa. Pues, ya hemos llegado al extremo de que un notable matemático y físico contemporáneo responde a la pregunta: ¿Qué nos garantiza la existencia?, diciendo: sólo es real lo que se puede medir; lo que no puede medirse no es real. No ignoramos que los filósofos de todos los tiempos han buscado respuestas a esa pregunta: ¿qué es la realidad?, y la dada por ese matemático, es la más moderna y reciente. Se ha convertido en ideal enfocar toda existencia llevándola al laboratorio para pesarla, medirla y contarla, luego integrar las cifras obtenidas, y así acreditarlas como ciencia tecnológica; el número, la medida y el peso, han quedado erigidos en patrones orientadores de toda nuestra civilización.

Ahora bien, mientras los hombres aplican el medir, contar y pesar, tan sólo con su entendimiento, la cosa no asume proporciones de desastre. Sin duda, los hombres son muy inteligentes, pero les falta muchísimo para alcanzar la inteligencia del Universo; de ahí que no puede pasar mayor desgracia, mientras nos limitemos solamente a aplicar al Universo nuestras mediciones, pesadas y conteos, a manera de aficionados. Pero si nuestros intelectuales de hoy pudieran actuar al nivel de iniciados, la insistencia en aquella actitud tendría consecuencias nefastas. Y existe el peligro, si la civiliza-

ción occidental, fincada enteramente en la balanza, la regla y el conteo, se viera inundada por lo que no es imposible que suceda en Oriente, a saber, el que, por medio de la ciencia iniciática, se llegara a indagar qué es lo que vive espiritualmente en la vaca. ¿en qué consiste el peligro? Si ustedes penetran en la organización de la vaca; si adquieren conocimiento cabal de cómo aquella octava parte de alimentos, cargada de pesadez terrestre, es decir, de todo lo pesable, medible y contable, organiza espiritualmente la pesadez de la vaca; si llegan a conocer todo este organismo de la vaca, descansando y rumiando en el pastizal, y, a través de su digestión, sacando a luz astralmente las maravillas del Universo; si todo esto lo llevan a cabo, aprenderán a insertar todo lo pesado, medido y contado, dentro de un sistema que les permitiría superar todos los demás aspectos de la civilización, y darle a nuestro globo terráqueo una civilización única, que ya no haría otra cosa que pesar, contar y medir, y eliminaría los demás elementos culturales. ¿Qué resultado tendría la, exploración a nivel iniciático, de la organización bovina? He ahí una pregunta de hondo alcance.

La manera en que hoy día se construyen las máquinas varía mucho según el tipo de máquina de que se trate; pero la tendencia general de la época apunta en la dirección de que las máquinas todavía imperfectas y primitivas, vayan a modificarse para que se basen en oscilaciones: el efecto de las futuras máquinas se logrará por oscilaciones, es decir, por movimientos que impliquen cierta periodicidad. Y todo desembocará en máquinas en su interacción, tal como uno puede aprenderlo por la distribución de los alimentos en la organización de la vaca, entonces las oscilaciones generadas por las máquinas sobre el globo terráqueo, esas peque-

ñas oscilaciones de la Tierra, transcurrirían de tal manera que, en lo que en ella sucede, resonaría y oscilaría, al mismo tiempo, lo que se halla encima. Nuestro sistema planetario tendría que oscilar en resonancia con el terrestre, a semejanza de como resuena una cuerda correspondientemente afinada, si en la misma habitación se toca alguna otra.

He ahí la terrible ley de la resonancia oscilatoria que se cumpliría si la mencionada llamada de la vaca sedujera al Oriente, y éste penetrara, de manera convincente, en la civilización carente de espíritu, puramente mecanicista, del Occidente y de la Región Céntrica, con lo cual llegará a generarse en la Tierra un sistema mecanicista perfectamente ajustado al también mecanicista del Universo. Y de este modo, quedaría extirpada de la civilización humana toda acción atmosférica, periférica y sideral, o sea, que lo que el hombre experimenta al convivir con el curso de las estaciones, al participar con la vida brotante y germinante de la primavera, o con la marchitante y languideciente del otoño, todo eso perdería su significado para el hombre: toda la civilización humana quedaría impregnada del traqueteo de las máquinas en oscilación, y del eco a esa estridencia que invadiría la Tierra desde el Cosmos.

Y ¡buena parte de nuestra civilización actual, se halla en camino de esas espantosas tendencias degenerativas!

Pero sigamos. ¿Qué pasaría si la Región Céntrica se dejara seducir por la llamada del león? No existiría el peligro que acabo de señalar, y los mecanismos irían desapareciendo paulatinamente de la superficie terrestre. La civilización no sería mecánica, pero el hombre se hallaría supeditado, con potencia unilateral, dentro del ciclo anual, a todo lo que vive en el viento y en el tiem-

po; se vería aherrojado en ese ciclo anual, lo que implicaría vivir, sobre todo, en el intercambio de sus ritmos respiratorio y circulatorio; cultivaría en sí aquello que puede darle su vida espontánea, particularmente lo relacionado con su naturaleza torácica. Pero de esta manera, cundiría en la civilización terrenal un peculiar egoísmo humano: todo individuo pretendería vivir su propia vida; nadie se preocuparía por otra cosa que, no fuera su bienestar momentáneo. He ahí a lo que se halla expuesta la Región Céntrica, y muy bien podría importar semejante tipo de vida al mundo entero.

Finalmente, si la llamada del águila sedujera al Occidente; logrando que su mentalidad y actitud se propagara sobre toda la Tierra, y que se parcializara a sí mismo en esa mentalidad, se generalizaría en la humanidad el afán de buscar comunicación directa con el mundo supraterrrenal, tal como prevalecía en los orígenes de la Tierra: nacería el afán de extinguir las conquistas hechas por el hombre en su libertad y su autonomía; se llegaría a vivir por entero en esa voluntad inconsciente que permite la presencia de los dioses en los músculos y nervios humanos; se retornaría a estados primitivos y a la original clarividencia primitiva; el hombre trataría de emanciparse de la Tierra, regresando a sus orígenes.

Para la clarividencia exacta, todo esto se halla corroborado por el hecho de que la vaca, al pacer, perfora esa clarividencia, una y otra vez, con un sonido que insinúa: "no mires hacia arriba; toda la fuerza proviene de la Tierra; familiarízate con todos los efectos telúricos, y así serás el soberano de la Tierra, y perpetuarás tus propias creaciones terrenales". Si el hombre sucumbiera a esa llamada, no se podría neutralizar el peligro del que les hablé, a saber, la mecanización de la civilización terre-

nal, porque la astralidad del animal digestivo pretende perpetuar y eternizar lo presente. De la naturaleza leonina, se levanta, no lo que quiera otorgar permanencia al presente, sino lo que pretende hacerlo lo más fugaz posible, que todo se convierta en juego del recurrente ciclo anual, que quiere confundirse con viento y tiempo meteorológico, en el aéreo juego del rayo solar. La civilización entonces adoptaría ese mismo carácter.

Si contemplamos el águila con genuina comprensión, planeando en los aires, se nos antoja como si llevara impreso en su plumaje la memoria de lo que existió en los comienzos de la Tierra; en su plumaje, conserva las energías que otrora obraban penetrando en la Tierra desde arriba. Pudiéramos decir que toda águila es viviente testigo de los milenios del globo terrestre; su parte física no ha tenido contacto con la Tierra para satisfacer la vida propia, únicamente, si acaso, para agarrar la presa. Si el águila quiere gozar de su existencia propia, se mece en los aires, indiferente a todo lo que engendra la Tierra: deriva del vigor del aire su alegría y su entusiasmo, desdén la vida terrenal y prefiere vivir en el elemento primario propio de la Tierra antes de ser Tierra, es decir, cuando, en los comienzos de su ciclo terrestre, ésta todavía se saturaba de energías celestes. El águila es el animal orgulloso que no ha querido participar en el desarrollo de la Tierra firme, y así se sustrajo a la influencia de ese desarrollo: sólo quería permanecer unida a los poderes que existían en los comienzos de la Tierra.

He ahí las enseñanzas que nos da esa tríada animal, si somos capaces de contemplarla como portentosa escritura, inscrita en el Universo y reveladora de enigmas cósmicos. En el fondo, si podemos leerlo, todo detalle en el Universo se convierte en signo; y si podemos

llegar a leer también su contexto, comprenderemos los enigmas del Universo.

Cuán significativo es el poder decirse lo siguiente!: si medimos con el compás o con la regla, si pesamos con la balanza, si contamos, no hacemos sino asociar puros elementos dispersos; la integridad se logra cuando percibimos la espiritualidad interna de la organización bovina, esto es, cuando leemos en los misterios del Universo. Y su lectura nos introduce en la comprensión de la existencia universal y humana; he ahí la moderna sabiduría iniciática, lo que hoy día ha de enunciarse desde las honduras de la vida espiritual.

Al hombre de hoy le es, en verdad, difícil ser hombre, porque se conduce frente a la tríada animal como el antílope en la fábula que les conté ayer. Lo que quiere unilateralizarse, adopta formas peculiares: el león sigue siendo león, pero quiere tener como cómplice a feroces animales de presa como metamorfosis para las demás criaturas de la tríada. Así, en vez de lo que propiamente es águila, utiliza una compañera fiera, la hiena, que se alimenta de lo muerto, es decir, de los productos de degradación que desecha nuestra cabeza y que, en cualquier momento, suministra fragmentos atomísticos a nuestro proceso letal. Aquella fábula coloca, pues, en el lugar del águila, a la hiena que se alimenta de sustancias en descomposición. En el lugar de la vaca, el león, de acuerdo con la decadencia, ha colocado a su compañero rapaz, el lobo. Esta es la fábula nacida de la cultura de los negros, que nos ofrece, como caricatura de aquella tríada animal, la de león, hiena y lobo. Y así como hoy se enfrentan las llamadas de las diversas partes del mundo, del mismo modo se enfrenta el simbolismo cósmico cuando, al sonar las llamadas, el águila queda

rebajada a la tierra y se convierte en hiena, en tanto que la vaca ya no quiere reflejar, con sagrada paciencia, el Universo, sino que se convierte en lobo feroz.

Así se nos abre la posibilidad de traducir la leyenda que les conté al final de mi conferencia de ayer, del lenguaje de los africanos, al de nuestra civilización moderna. Ayer tuve que contárselas, como si fuera con mentalidad de africano: el león, el lobo y la hiena se fueron de cacería; mataron un antílope. La hiena fue la primera a quien se encomendó el reparto, y dividió según la lógica de las hienas, y adjudicando una tercera parte a cada uno de los compinches. Luego, el león se engulló la hiena, y le dijo al lobo ¡ahora, haz el reparto tú! Y respondió el lobo: el primer tercio ha de ser para ti, pues por haber matado a la hiena, te corresponde también su porción; el segundo tercio ha de ser para ti, pues según el veredicto de la hiena, ese te habría correspondido de todas maneras; y el tercer tercio también ha de ser para ti, porque eres el más sabio y más valiente de los animales. Y el león le preguntó: ¿quién te enseñó esa excelente manera de repartir? Y replicó el lobo: me lo enseñó la hiena.

La lógica es la misma en ambos casos, pero en su aplicación a la realidad, los resultados son muy distintos según derive de la hiena, o del lobo aprovechando las experiencias de la hiena. Lo esencial es aplicar la lógica a la realidad.

Traduciéndolo a la civilización moderna, podemos narrar el cuento en otra forma. Pero fíjense en que siempre destaco lo que es de importancia para la marcha de la cultura en general. No me voy a detener en el "problema de zonificación"*; hablo exclusivamente de

* Problema de actualidad en Suiza en el año de 1923.

lo que tiene relevancia en el gran contexto de la cultura. Podríamos pues, modernizar el cuento en la siguiente forma: se mata el antílope. La hiena no se atreve a provocar el encono del león, se retira, emite un juicio silencioso, y aguarda en segundo plano. El león y el lobo empiezan a luchar por la presa del antílope; luchan y luchan y luchan, hasta que ambos mueren de sus heridas. Entonces viene la hiena y, consume al antílope, así como al lobo y al león, una vez que han entrado en descomposición. La hiena, en este caso, simboliza el elemento necrotizante de la naturaleza humana que late en el intelecto.

Si ustedes sienten que es lo que quiero expresar mediante esta europeización de la antigua fábula africana, se darán cuenta de que todo esto hoy día, por una nueva comprensión, comprensión correcta que depende de si el hombre aprende a contraponer a la triple llamada del águila, del león y de la vaca, su propia consigna, consigna que debiera ser la sintética fórmula del humano forcejear, pensar y obrar.

*He de aprender,
¡oh, vaca!,
tu poder, del lenguaje
que las estrellas
dentro de mí revelan.*

Es decir, hemos de captar, no tan sólo la pesantez terrestre; no tan sólo el pesar, contar y medir, implícitos en la organización física de la vaca, sino lo que se halla incorporado en ella. Hemos de apartar, reverentemente, nuestra mirada de la organización vacuna, y dirigirla hacia lo que ella incorpora; elevarla a las alturas, para que se espiritualice lo que, de lo contrario, se convertiría en civilización mecanicista de la Tierra.

Lo segundo que el hombre ha de decir es:

*He de aprender,
¡oh, león!,
tu poder, del lenguaje
que, en año y día, la periferia
dentro de mí efectúa.*

Noten la palabra "revelan" y la palabra "efectúa". Y lo tercero que el hombre ha de aprender, es:

*He de aprender,
¡oh águila!,
tu poder, del lenguaje
que lo brotado de la tierra
dentro de mí crea.*

Así, el hombre contrapone su propia terna a las llamadas unilaterales, pues el sentido de esa terna puede llevar a la compensación armoniosa de las unilateralidades. Ha de aprender a mirar a la vaca, y luego, después de haberse dejado impresionar intensamente por ella, elevar la mirada a lo que le revela el lenguaje de las estrellas; ha de aprender a dirigir su vista hacia la altura del águila y luego, después de haber sentido íntima e intensamente su naturaleza aguileña, bajarla hacia lo que germina y brota en la tierra, asimismo obrando en ascenso en la organización humana. Y ha de aprender, finalmente, a contemplar el león, de modo que éste le revele lo que el viento le sopla, lo que el rayo le relampaguea, lo que el trueno le retumba, lo que llevan a cabo el viento y el tiempo en el ciclo anual y en la vida terrestre en la que el hombre se halla inserto.

En tres direcciones ha de orientar, pues, el hombre su mirada: la física hacia arriba, y la espiritual hacia abajo; la física hacia abajo y la espiritual hacia arriba; la

física, precisamente hacia Oriente, y la espiritual en dirección opuesta, precisamente hacia Occidente. Si el hombre es capaz de que se compenetren en estas tres direcciones, su mirada espiritual y la física, será asimismo capaz de percibir las genuinas llamadas, las que fortalecen y no debilitan, del águila desde las alturas, del león desde la periferia, de la vaca desde lo interior de la Tierra.

He ahí lo que el hombre ha de aprender sobre su relación con el Universo, para que sea más y más acertada su actuación por la civilización terrenal, y sirva, no al ocaso, sino al ascenso.

¡Aprende a conocer mi esencia!

*Yo te daré el poder
de crear en tu propia cabeza,
todo un universo.*

¡Aprende a conocer mi esencia!

*Yo te daré el poder
de sustanciar en el brillo de la atmósfera,
todo el universo.*

¡Aprende a conocer mi esencia!

*Yo te daré el poder
de arrebatar la balanza, el nivel y el número,
a todo el universo.*

He de aprender;

*¡oh vaca!,
tu poder, del lenguaje
que las estrellas
dentro de mí revelan.*

He de aprender,

*¡oh león!,
tu poder, del lenguaje*

*que, en año y día, la periferia
dentro de mí efectúa.*

*He de aprender;
¡oh águila!,
tu poder, del lenguaje
que lo brotado de la tierra
dentro de mí crea.*

TERCERA CONFERENCIA



En esta serie de conferencias, hemos tratado de situar al hombre en el Universo desde cierto punto de vista; dediquémonos hoy a una reflexión que sintetice lo visto hasta ahora.

Durante nuestra existencia física, vivimos en la Tierra, rodeados por los eventos y hechos resultantes de la materia física que, de la más variada manera, se halla conformada y configurada en los seres de los reinos naturales y en la propia figura humana: en todo ello late la materia física de la Tierra. A esa materia física, y considerando que, seguidamente, habremos de referirnos a su opuesto, llamémosla, por hoy, "sustancia física de la Tierra", esto es, lo que subyace sustancialmente, en las diferentes estructuras terrestres, y distingámosla de lo que existe en el Universo como opuesto a esta sustancia física: "la sustancia espiritual", que subyace, por ejemplo, en nuestra propia alma, pero también en aquellas otras estructuras universales que, como espirituales, se combinan con las físicas.

Resulta inoperante referirse tan sólo a materia o sustancia física. Recuerden que en la imagen integral de nuestro mundo tuvimos que dar cabida a las entidades de las jerarquías superiores. Su "corporalidad" no se halla constituida por lo que llamaríamos sustancia terrestre o física, sino precisamente sustancia espiritual: mirando lo terrestre nos percatamos de la sustancia física; mirando lo extraterrestre nos percatamos de la espiritual.

Hoy día., la sustancia espiritual es virtualmente desconocida, de modo que incluso cuando nos referimos al hombre, ser terrenal que pertenece, al mismo tiempo, al mundo físico y al espiritual, le atribuimos únicamente la sustancia física; pero no es así. Es del todo exacto decir que el hombre lleva en sí las dos sustancias, la espiritual y la física, pero en forma tan peculiar que ha de causar extrañeza a quien no esté acostumbrado a fijarse en esas cosas. En efecto, si consideramos lo que dinamiza al hombre, esto es, sus extremidades, así como lo que desde ellas se continúa hacia adentro como función metabólica, es incorrecto referirnos en primer término a sustancia física: dentro de un momento, lo verán más plenamente. Sólo nos referimos en propiedad al hombre, si tenemos en cuenta que su llamada naturaleza inferior constituye el soporte de una sustancia fundamentalmente espiritual. El esquema del hombre tendría, pues, que dibujarse como sigue. (no hay dibujo).

Hemos de decir: la parte inferior del hombre representa una estructura de sustancia espiritual, y mientras más nos acercamos a la cabeza, más predomina la sustancia física. Insisto: la cabeza se halla constituida, esencialmente, de sustancia física; en cambio, y por grotesco que suene, las piernas se hallan configuradas de sustancia espiritual. De modo que, si ascendemos hacia la cabeza, dibujaremos al hombre (se hace el dibujo), en transición la sustancia espiritual hacia la sustancia física, en máxima presencia en la cabeza. En cambio, la sustancia espiritual se halla extendida con particular belleza ahí donde el hombre extiende sus piernas o brazos en el espacio. Efectivamente, parece lo esencial que la sustancia espiritual llene esas extremidades donde la sustancia física tan sólo parece flotar en la espiritual, en tanto que la cabeza es una hechura compacta de sustancia física.

Pero en la estructura humana, no basta con distinguir la sustancia; en su constitución, hemos de reconocer asimismo las fuerzas; y, una vez más, diferenciar las fuerzas espirituales de las terrenales-físicas.

Ahora bien, con las fuerzas sucede lo contrario: en tanto que, en las extremidades y en el metabolismo, la sustancia es espiritual, son físicas las fuerzas que ahí prevalecen, como, por ejemplo, la gravedad de las piernas. En cambio, en tanto que la sustancia de la cabeza es física, las fuerzas que en ella operan son espirituales: fuerzas espirituales fluyen a través de la cabeza; fuerzas físicas entrefluyen la sustancia espiritual del sistema metabólico-motor. Sólo es posible comprender completamente al hombre, si se discierne en él sus regiones superiores, esto es, la cabeza y la parte superior del tórax que son sustancia física, labradas por fuerzas espirituales.

Vale la pena de que aclare que las fuerzas espirituales más inferiores son las que operan en la respiración, en tanto que el hombre inferior es hechura de sustancia espiritual transida de fuerzas físicas. Al hacer tales afirmaciones, no olvidemos la realidad del ser humano: por ejemplo, que su naturaleza cefálica se extiende por todo el organismo, lo que implica que la cabeza extiende también hacia la parte baja del hombre, aquello que ella es en virtud de ser sustancia física íntimamente modificada por fuerzas espirituales. Inversamente, lo que el hombre es en cuanto sustancia espiritual transida por fuerzas físicas, se lanza, en ascenso, hacia la región superior: se compenetra mutuamente lo que así actúa en el hombre. Para comprenderlo, pues, hemos de considerarlo como sustancialidad y dinamismo físico-espirituales.

Esto no deja de tener su gran significado. En efecto, si prescindimos de los fenómenos externos y nos ocupamos de la esencia interna, nos damos cuenta, por ejemplo, de que en el hombre no debe producirse ninguna irregularidad en la distribución de lo sustancial y de lo dinámico.

Veamos un ejemplo. Si la sustancia física invade indebidamente la parte humana integrada de sustancia puramente espiritual, imponiéndose, por ejemplo, en el sistema metabólico; en otras palabras, si el metabolismo se impregna excesivamente de energías cefálicas, el hombre se enferma y se generan determinados cuadros patológicos. En este caso, el problema terapéutico consiste en neutralizar y expulsar la sustancialización física que se propaga en la sustancia espiritual. Inversamente, si el sistema digestivo, en su peculiar condición de sustancia espiritual trabajada por fuerzas físicas, irrumpe en la cabeza, ésta sufre una espiritualización inmoderada, en cuyo caso, por tratarse de una condición morbosa, hay que procurar que a la cabeza se le suministren suficientes fuerzas de alimentación física que contrarresten esa espiritualización.

La utilidad de esta distinción salta a la vista si se estudian la salud y la enfermedad, con tal de que uno se interese por la verdad, no por la mera apariencia. Pero todavía entra en juego otra consideración: todo lo que tiene lugar en el hombre en virtud de ser de la índole que les describí, permanece, por de pronto, en la subconsciencia, donde existe en forma de cierto temple o sentimiento vital. Y sólo la visión espiritual puede elevar eso a la plena conciencia, visión espiritual que sólo puedo describir como sigue: el que, con base en la ciencia iniciática moderna, conoce este misterio de que la

cabeza humana es el órgano que más necesidad tiene de abastecerse de sustancia física, para que las fuerzas espirituales puedan remodelarla; el que sabe, además, que, en- el hombre metabólico-motor, lo esencial es la sustancia espiritual que ha menester las fuerzas físicas: gravitacionales, equilibrantes y otras, para subsistir; el que, de esta manera, intuye plenamente este misterio del hombre, y luego dirige la mirada sobre su existencia terrenal, se siente inmensamente deudor frente a la Tierra. Y es que, en primer lugar, se da cuenta de que necesita ciertas condiciones que le permiten mantener su esencia humana, condiciones que lo convierten en deudor de la Tierra ya que continuamente algo extrae de ella. Y se da cuenta, entonces, que la sustancia espiritual que late en él durante toda su existencia terrena, es algo que, propiamente, la Tierra necesita, algo que ha de permanecer en la Tierra cuando él se muera, pues para renovarse, la Tierra constantemente necesita sustancia espiritual. Mas el hombre no puede dejar atrás esa sustancia espiritual, porque, sin ella, no podría recorrer su trayectoria a través del tiempo; tiene que llevarla consigo durante la vida post-mortem, porque sin ella, el mismo quedaría anulado.

Sólo le será posible pasar por las transformaciones que le corresponden, si le acompaña, al atravesar el umbral de la muerte, la sustancia espiritual de su sistema metabólico-motor. No sería posible su siguiente encarnación, si permaneciera en la Tierra esa sustancia espiritual, a pesar de que de ella es deudor. Esta conflictiva situación subsiste mientras la Tierra se halla en su etapa media; hacia el final del ciclo terrestre, será distinto.

Quien contempla la vida con visión espiritual, no solo le embargan los dolores y sufrimientos, así como, si

ustedes quieren, la felicidad y alegría que ofrece la vida ordinaria, sino que se despiertan en él sentimientos cósmicos, cuitas y alegrías cósmicas. La iniciación no puede mantenerse alejada de sufrimientos cósmicos, como, por ejemplo, de darse cuenta el hombre que, simplemente por mantener su condición humana, se convierte en deudor de la Tierra; que no puede darle lo que debiera si, cósmicamente, el fuera del todo recto.

Para la sustancia cefálica, vale algo similar. A consecuencia de que, durante toda la vida terrestre, fuerzas espirituales están trabajando la sustancia material de la cabeza, esta sustancia queda alienada de la Tierra y de sus leyes. Sin duda, el hombre ha de tomar de la Tierra, la materia que forma su cabeza; más para realizar su condición humana, incesantemente ha de impregnar esta sustancia cefálica, de fuerzas espirituales extraterrestres. Y cuando el hombre muere, y la Tierra ha de volver a admitir la materia cefálica con la que ya no tiene afinidad, sufre una gran perturbación: esa sustancia cefálica, saturada de resultados espirituales, ejerce una acción tóxica y trastornadora sobre toda la vida telúrica. El que cala estas conexiones, debiera decirse: "lo correcto sería llevarme esa sustancia terrestre espiritualizada en mi vida post-mortem, porque armonizaría mucho mejor con la región espiritual que recorro entre la muerte y el nuevo nacimiento". Eso no es posible, pues el se crearía un eterno enemigo para toda su evolución post-mortem: tendría el efecto del constante aniquilamiento de su ulterior evolución espiritual.

Si calamos estos contextos, tenemos que decirnos que también en este segundo aspecto, somos deudores de la Tierra; por una parte, le sustraemos lo que debiéramos dejarle; por la otra, lo que de ella hemos recibido y

debiéramos llevarnos por habérselo hecho inservible, se lo entregamos con nuestros despojos mortales, infligiendo así inmenso sufrimiento a su vida y esencia global.

En verdad, lo primero que la visión espiritual carga sobre las almas humanas, es algo así como una sensación de inmensa tragedia. Y sólo cuando la mirada abarca mayores intervalos, y comprende la evolución de sistemas enteros, solo entonces se le abre la perspectiva de que, hasta que el ciclo terrestre no haya tocado a su fin, hasta entonces no le será posible compensar esa deuda hasta las etapas posteriores de la evolución de la humanidad, esto es, en los cielos de Júpiter, Venus y Vulcano.

Así, pues, generamos karma, no solamente por experimentar una vida terrenal singular, sino también karma cósmico, por el simple hecho de ser hombres terrenales, habitar la Tierra y extraer de ella sus sustancias.

Esto nos permite apartar la mirada del hombre y dirigirla sobre el resto de la naturaleza para darnos cuenta de que, si bien el hombre tiene que asumir la mencionada deuda, las entidades cósmicas están continuamente creando su compensación. Y así se penetra en los maravillosos secretos de la existencia, secretos que integran, en su conjunto, la verdadera imagen de la sabiduría cósmica.

Apartemos, pues, la mirada del hombre, y dirijámosla sobre algo que ya nos es familiar por las recientes conferencias, a saber, sobre el mundo de las aves como cuyo representante hemos conocido el águila. Recuerden que nos referimos a esa ave como representante que compendia las propiedades y fuerzas del mundo ornitológico. Estudiándola, contemplamos, en rigor, aquello que, en el contexto cósmico, es función de todo ese mundo ornitológico. En lo que sigue, me referiré al águila. Ya les dije que ella corresponde, en cierto

modo, a la cabeza humana, y que las mismas fuerzas que en esta desatan los pensamientos, generan en el águila el plumaje. En este irisante plumaje aguileño operan, pues, los poderes aéreos, saturados por corrientes de sol y de luz.

Ahora bien, aunque podamos atribuirle toda clase de propiedades desfavorables, el águila tiene, por su existencia cósmica, la extraña característica de que todo lo que dichos luminosos poderes aéreos forman en ella, queda fuera de su pellejo, en la superficie, en la configuración de su plumaje. Y solo cuando el águila muere, nos damos cuenta de lo que ahí sucede.

Descubrimos entonces que extraña digestión superficial tiene el águila en comparación con la profunda de la vaca cuando rumia. En verdad, esta es el animal digestivo, representante, a su vez, de muchas especies animales: digiere plenamente, en tanto que el águila, al igual que todas las aves, lo hace superficialmente. Todo queda en pañales; la digestión no más se comienza, y no se termina. En la vida del águila considerada como totalidad, la digestión no pasa de quehacer secundario.

En cambio, se hace a fondo todo lo que corresponde a su plumaje. En otras aves, esta tendencia esta aun más marcada; con infinito esmero se elaboran todas las plumas, de hechura prodigiosa. Ahí se logra, mejor que en otro lugar alguno, la materia terrestre que el águila recibe de la Tierra, espiritualizada por los poderes superiores, pero de tal suerte que el águila no se la apropia, pues no tiene pretensión alguna de reencarnación. A ella le deja sin cuidado el posterior destino de los efectos que la acción de los poderes superiores produce en su plumaje; no le interesa como eso continua obrando en el mundo espiritual.

Así vemos que cuando el águila muere y se corrompe su plumaje —ya dije que lo mismo vale para todas las aves— la materia terrestre espiritualizada transmigra al país de los espíritus, reconvertida en sustancia espiritual

En cuanto a nuestra cabeza, tenemos pues, una curiosa afinidad con el águila, que sí puede hacer lo que nosotros no podemos: eliminar de la Tierra la sustancia física que los poderes espirituales han espiritualizado.

He ahí también la razón por la que acompañamos con sentimientos muy peculiares el vuelo del águila. La intuimos geófoba, más emparentada con los cielos que con la Tierra, aunque de ésta arranque su sustancia. Pero ¿cómo la arranca? Se la roba. Quisiera decir que en la ordinaria ley banal de la existencia terrenal, no se ha previsto que también al águila algo le toque: ha de hurtar o robar su materia, procedimiento muy común en la familia de las aves. Pero el águila compensa: roba su materia, pero luego deja que la espiritualicen los poderes espirituales de las regiones superiores, y, después de la muerte, lleva al país de los espíritus esas robadas sustancias terrenales espiritualizadas. Con las águilas, la materia terrestre espiritualizada emigra al país de los espíritus.

La vida de los animales tampoco termina cuando mueren: algo significan en el Universo. El águila que vuela por los aires, no es sino símbolo de su verdadero ser: ¡continúa volando después de la muerte! La materia física espiritualizada de la naturaleza aguileña vuela hacia los mundos donde puede unirse con la materia espiritual del país de los espíritus.

Ya ven ustedes: calando esas cosas, se descubren maravillosos secretos del universo, y entonces va uno dándose cuenta del por qué existen tantas diferentes

especies de animales y otras; todas ellas con su inmenso significado en el Universo.

Pasemos ahora al otro extremo, también estudiado en días pasados: el de la vaca, tan venerada por los hindúes. Así como el águila es muy similar a la cabeza humana, la vaca se parece mucho al sistema metabólico del hombre: es el animal digestivo. Y, por extraño que suene, ese animal consiste esencialmente en materia espiritual, dentro de la cual se halla injertada y dispersa la materia física que está siendo consumida. En la vaca, está la materia espiritual, y la invade la materia física que aquélla asimila, y para que este proceso se realice a fondo, su quehacer digestivo es tan cabal. Es la función digestiva más acabada que imaginarse pueda y, en este sentido, la vaca es el animal que con mayor perfección se despliega en su animalidad: la vaca es íntegramente animal; logra efectivamente desplazar del Universo al ámbito de la fuerza de gravedad terrestre, esa condición animal, ese egoísmo o egoidad animal.

Ningún otro animal tiene la relación que tiene la vaca entre el peso de la sangre y el peso total del cuerpo: tiene mayor o menor cantidad de sangre, en proporción con el peso del cuerpo. El peso tiene que ver con la pesadez; la sangre con la egoidad, claro que no con el ego, porque ese sólo el hombre lo posee, pero con la egoidad, esto es con la existencia individual. La sangre hace que el animal sea animal, por lo menos en el caso del animal superior. Y podríamos decir: la vaca tiene resuelto el enigma cósmico de cómo mantener la correcta relación entre la pesadez de su sangre y la del cuerpo entero, para realizar con la mayor perfección posible su condición animal.

Por algo hubo de ser que los antiguos le pusieran al zodíaco ese nombre, esto es, círculo de animales. El

zodiaco es duodécuple, distribuyendo todo su ser en doce partes individuales. Estas fuerzas procedentes del zodiaco cósmico se configuran en los animales; pero los no integrantes del zodiaco no las toman con tanto rigor.

El peso de la sangre de la vaca es la doceava parte del de su cuerpo; en el asno, la vigésimotercera parte; en el perro, la décima, todo animal tiene una relación distinta. En el caso del hombre, es la treceava parte.

Ya ven ustedes, la vaca ha puesto sus miras en expresar lo cósmico con el mayor rigor posible. Lo que he venido diciendo en estos últimos días, a saber, que el cuerpo astral de la vaca denuncia el hecho de que objetiva en lo físico-material, lo superior, se expresa incluso manteniendo en sus propias relaciones internas de peso, esa división duodecimal, y en esta división, se halla cósmicamente incorporada: todo en la vaca es tal que las fuerzas de la Tierra se entretejen en la sustancia espiritual. La gravedad terrestre está obligada a distribuirse en la vaca en proporción zodiacal, o sea, tiene que conceder a la egoidad, una doceava parte; y así, la vaca somete a las condiciones terrestres, todo lo que tiene de sustancia espiritual. Efectivamente, la vaca que descansa en el pastizal, es sustancia espiritual que absorbe y asimila la materia terrestre.

Al morir la vaca, la Tierra puede absorber, junto con la materia terrestre, también esa sustancia espiritual que la vaca lleva dentro de sí, en beneficio de su propia vida. Y nuestra correcta sensación frente a la vaca es ésta: eres el verdadero animal de inmolación, porque le das a la Tierra aquello sin lo cual ella no podría seguir existiendo, y así se endurecería y desecaría; le estás suministrando sustancia espiritual, y, de este modo, renuevas su interna agilidad y vitalidad."

Si por un lado, observan ustedes el pastizal con las vacas, y, por el otro, el águila volando, tendrán ante sí extraños cuadros opuestos: el águila que, al morir, transporta a las vastedades del país de los espíritus la materia terrestre que, por haber sido espiritualizada, se ha vuelto inservible para la Tierra; la vaca que, al morir, ofrenda a la Tierra para su renovación la materia celeste. El águila se lleva de la Tierra lo que ésta ya no puede utilizar, y lo regresa al país de los espíritus; en cambio, la vaca introduce las fuerzas renovadoras procedentes del país de los espíritus, que la Tierra necesita.

Asistimos aquí al surgimiento de emociones como consecuencia de la ciencia iniciática. Por lo común, se cree que esa ciencia sí puede ser objeto de estudio, pero que sólo suministra conceptos e ideas, y así uno se llena el cerebro con ideas sobre lo suprasensible, como normalmente se la llena con ideas sobre lo sensible. Sin embargo, no es así. Avanzando sin cesar en esta ciencia iniciática, llegan a aflorar de las honduras del alma emociones de las que previamente no se tenía noción, aunque inconscientemente se hallaban presentes en todo hombre: se llega, pues, a desarrollar, frente a todos los seres, emociones distintas a las que anteriormente se tenía. Y así puedo describir una emoción que forma parte de la aprehensión viva de la ciencia espiritual o iniciática. Quien conoce la verdadera naturaleza humana gracias a esa ciencia, puede afirmar: si el hombre estuviera solo en la Tierra, podríamos sentirnos desesperados de que ella recibiera lo que necesita; de que, en el momento oportuno, se le retirara la materia espiritualizada y se le dotara de sustancia espiritual. Sentiríamos el contraste entre la existencia humana y la telúrica, contraste sumamente doloroso, porque implica intuir una contradicción implícita: el que el hombre pueda ser

correctamente hombre en la Tierra, excluye el que la Tierra pueda realizar debidamente su condición telúrica: el hombre y la Tierra se necesitan, aunque mutuamente no pueden apoyarse. Lo que el uno necesita, la otra lo pierde; lo que la otra necesita, lo pierde el uno. Y no se tendría certidumbre en cuanto a la conexión vital entre hombre y Tierra, sino emergiera el mundo circundante y no pudiera decirse: lo que el hombre es incapaz de realizar, o sea, mandar la sustancia terrestre espiritualizada hacia el país de los espíritus, lo llevan a cabo las aves; en cambio, la sustancia espiritual que el hombre no puede dar a la Tierra, ésta la recibe a través de los rumiantes cuyo representante es la vaca.

Y así, el mundo se redondea integrándose en un todo: si la mirada se concentra en el hombre únicamente, se introduce en su emotividad la incertidumbre en cuanto a su existencia terrenal; si la mirada se dirige a lo que circunda al hombre, se recobra la certidumbre.

Comprenderán entonces ustedes fácilmente por qué el hinduismo, concepción religiosa del mundo que profundamente se adentra en lo espiritual, venera la vaca; es el animal que constantemente espiritualiza la Tierra, el que le suministra la sustancia espiritual que él mismo extrae del cosmos. En verdad, habríamos de evocar con plasticidad realista la imagen de como, bajo la manada que paca, la tierra se halla en gozosa excitación; de como se regocijan los geniecillos elementales aquí abajo, porque la presencia de esas criaturas que pacen, es garantía de que recibirán su alimento cósmico. Asimismo, podríamos pintar el círculo de geniecillos elementales del aire, bailando y gozando, flotando en torno al águila. En este caso, habríamos pintado realidades espirituales, y veríamos al águila extendida en su propia aura, y, mez-

clado con ella, el júbilo de los geniecillos elementales del aire y del fuego.

Veríamos, asimismo, esa peculiar aura de la vaca, tan contraria a la existencia terrestre, por ser enteramente cósmica; y veríamos la bulliciosa alegría de los órganos sensorios de los geniecillos terrestres a los que aquí se les da la oportunidad de percibir aquello que han perdido en virtud de hundir su existencia en las tinieblas de la Tierra. Para ellos, lo vacuno representa el sol; confinados a la vida subterránea, no pueden disfrutar del sol físico, pero sí de la astralidad de los rumiantes.

En verdad, existe aún otra historia natural que la que nos ofrecen los actuales libros. Y ¿cuál es el resultado último de la historia natural que ellos encierran?

Acaba de salir la continuación del libro de Albert Schweitzer, del que publiqué una reseña el año pasado, referente a la situación actual de la cultura. El preámbulo de esa continuación es una página bastante triste de la producción intelectual del presente, pues, en tanto que el primer volumen todavía poseía cierto vigor, así como la intuición de admitir qué es lo que le falta a nuestra cultura, este prefacio es desalentador. En él, Schweitzer presume de ser el primero que ha comprendido que, en el fondo, nada puede darnos el saber, y que hemos de derivar nuestra concepción del mundo y nuestra ética de una fuente que no sea el conocimiento.

Mucho se ha hablado de los límites del conocimiento; y se requiere una buena dosis de miopía para imaginarse ser el primero en darse cuenta de esas limitaciones. En todos los tonos, ya lo han captado los hombres de ciencia; no hay, pues, por qué vanagloriarse de ser el primero.

Pero, aparte de esto, vemos que un pensador tan excelente como Schweitzer — y como tal puede considerársele, según el primer volumen — sustenta que, para llegar a una concepción del mundo y una ética, hay que hacer caso omiso del saber y del conocimiento, pues nada pueden dar: tal como se hallan contenidos en los libros oficiales del presente, no son apropiados para descubrir un significado del mundo. De acuerdo con el enfoque de esos autores, la única conclusión a que puede llegarse es: carece de sentido el vuelo del águila, únicamente sirve como animal de blasón; la única utilidad terrestre de la vaca, es su producción de leche. Pero como que, dentro de esta perspectiva, también el hombre no es sino ser físico, también su utilidad es puramente física; de él no puede obtenerse ningún significado para el mundo como un todo.

Mientras no se trascienda esa perspectiva, no es posible que se manifieste el significado del mundo. Hay que dar el paso hacia la ciencia iniciática, y entonces sí se revelaría ese significado. Se revelará incluso descubriendo maravillosos secretos en toda existencia, como el que tiene lugar entre el águila y la vaca moribundas, entre las que se halla el león moribundo que, por la armonía entre el ritmo respiratorio y el sanguíneo en su organismo, mantiene en equilibrio la sustancia espiritual y la física; ese león moribundo que, por medio de su alma grupal, determina cuántas águilas y cuántas vacas son necesarias para que, hacia arriba y hacia abajo, se realice el proceso correcto, conforme lo describí.

Estos tres animales: el águila, el león, el toro o la vaca, son manifestación de una maravillosa, sabiduría instintiva, y se intuye en ellos su parentesco con lo humano. En efecto, el hombre que puede profundizar ese paren-

tesco, podría decir: "el águila se encarga de lo que no soy capaz de llevar a cabo con mi sistema cefálico; la vaca, de las que no puedo cumplir con mi sistema metabólico-motor, y el león, de lo que no puedo llevar a cabo con mi sistema rítmico. Y así, yo y estos tres animales integramos un todo en el contexto cósmico".

Así es como uno se adentra en esa universalidad, y así es cómo se siente el profundo parentesco en el mundo, y se descubre cuán sabios son los poderes que impulsan la existencia en que el hombre se halla entretejido (injertado), y que lo circunda y envuelve con su oleaje.

Y así quedaron sintetizadas las intuiciones a que hemos llegado en busca de la relación entre el hombre y la tríada animal, de que hablamos en semanas pasadas.

SEGUNDA PARTE

CONEXION INTERNA EXISTENTE ENTRE LOS FENÓMENOS Y SERES CÓSMICOS

*Lo que obra en el cosmos es el máximo artista,
y todo lo conforma según leyes que satisfacen también
el sentido artístico*

CUARTA CONFERENCIA



En las conferencias anteriores hemos estudiado, desde determinado aspecto, la conexión entre las condiciones de la Tierra, del Universo y del mundo animal, con los hombres. En los próximos días, ahondaremos esto más; porque hoy quiero tender el puente hacia otras áreas que habrán de ocuparnos en el futuro. A este propósito, empezaré por recordarles que ya en mi "Ciencia Oculta" describí la evolución de la Tierra en el Cosmos, tomando como punto de partida su prístina Metamorfosis Saturnal*. Hemos de imaginarla como conteniendo todo lo que, en el más amplio sentido, integra nuestro sistema planetario. En aquellos tiempos, los planetas individuales de nuestro sistema, desde Saturno hacia adentro hasta la Luna, fueron todavía cuerpos celestes disueltos en el Antiguo Saturno, el que, como ustedes saben, estaba constituido solamente por éter calórico. Insisto: Saturno, que todavía no había alcanzado ni la densidad propia del aire, sino que era precisamente éter calórico, contenía, en disolución también etérea, todo lo que posteriormente se configura y particulariza en los planetas individuales.

Como segunda metamorfosis de la evolución de la Tierra, hemos de distinguir lo que, en síntesis, he de lla-

* Para lo que en la presente conferencia se llama Metamorfosis, la "Ciencia Oculta" utiliza el término "evolución" o "ciclo". (N. del T.)

mar su antigua Metamorfosis Solar: de la esfera ígnea de Saturno, ya particularizándose y conformándose la esfera aérea del Sol, impregnada y entrefluida por las fulguraciones y resplandores de la luz.

En la "Ciencia Oculta", sigue luego la tercera metamorfosis, que empieza con una recapacitación de los estados anteriores; luego se configura, por un lado, lo Solar que, en aquellos tiempos, abarca todavía la Tierra y la Luna, y, por el otro, lo que es "exterior", a lo cual pertenece también el Saturno escindido. Esta Metamorfosis Lunar implica, a la vez, que el Sol se separa del conjunto Tierra-Luna. Recuerden que, entonces, no existían los reinos de la Naturaleza que hoy conocemos; en particular, la Tierra no contenía ninguna masa material, sino era algo así como cornea, de modo que las partes sólidas se desprendían, cual sustancia cornea, y las rocas todavía corneas sobresalían de la acuosa masa lunar. Después, en la cuarta metamorfosis, se establecieron las condiciones que son las nuestras terrestres actuales.

Recapitulemos: la primera de las cuatro metamorfosis sucesivas es la Saturnal, esto es, el cuerpo calórico que todavía contiene disuelto todo lo que posteriormente forma parte de nuestro sistema planetario; la Metamorfosis Solar, la Lunar, y, finalmente, la Terrestre. En esta tétrada podemos distinguir dos fases.

La primera fase es la siguiente: la evolución desde Saturno hasta el Sol, corresponde a un avance que, partiendo de la esfera ígnea, no va más allá de la sustancia aérea: la esfera ígnea se metamorfosea y condensa en aérea, pero ya impregnada y fulgurando de luz.

Sigue luego la fase evolutiva en que la Luna llena su primera función: moldear las áreas rocosas corneas. Ya saben que, durante la Metamorfosis Terrestre, la Luna

se separa de la Tierra, convirtiéndose en satélite, y deja en ella las fuerzas propiamente terrestres: las de la gravedad, por ejemplo, son un remanente físico del éxodo de la Luna, pues la Tierra no podía desarrollar por sí sola la gravitación, sino hubieran quedado residuos de la antigua asociación con la Luna. La Luna es aquella colonia cósmica de cuyos aspectos espirituales les hablé en días recientes; posee una sustancialidad muy distinta a la terrestre, pero dejó en la Tierra aquello que, en sentido más amplio, podemos llamar magnetismo; todas las fuerzas y efectos terrestres que se relacionan con el peso, son remanentes de la Luna. En síntesis, hemos de distinguir entre dos fases de metamorfosis: por una parte, la esencialmente calórica y luminosa que todavía abarca a ambas; por la otra, la selenógena, acuosa, que se genera durante la Metamorfosis Lunar, y persiste durante la Terrestre. Lo sólido, no olvidemos, lo generan las fuerzas de la gravedad.

Estas dos metamorfosis se distinguen radicalmente, y hay que poner en claro que todo lo que era alguna vez, vuelve a hallarse incluido en lo posterior. La antigua esfera ígnea de Saturno, persistió como sustancia calórica a través de todas las metamorfosis posteriores, y si hoy recorremos nuestra geósfera y todavía encontramos por doquiera calor, ese calor es remanente del antiguo ciclo saturnal. Por doquiera que observamos aire o cuerpos aeriformes, se trata de remanentes del antiguo ciclo solar: si miramos el aire impregnado de sol, debiéramos ser capaces de saturarnos de emociones que nos vinculen con esa evolución o ciclo, y decirnos: este aire atravesado por el esplendor del Sol, contiene los residuos del antiguo ciclo solar, pues sin esa antigua evolución, no existiría el parentesco de nuestro aire con los rayos solares que ahora inciden sobre él desde fuera. Solo en vir-

tud de que, alguna vez, el Sol ha estado unido a la Tierra, y de que la luz del Sol resplandecía dentro de ella misma, todavía aeriforme, o sea, que la Tierra era una esfera aérea que irradiaba hacia el Universo su luz interna, solo en virtud de ello, pudo producirse la postrer metamorfosis, esto es, la Metamorfosis Terrestre actual, donde la Tierra se halla envuelta por una atmósfera en que los rayos solares inciden desde fuera. Pero estos rayos solares tienen parentesco interno con la gaseosa atmósfera terrestre: no la atraviesan cual rayos o pequeños proyectiles, como burdamente afirman los físicos modernos, sino que tienen profunda afinidad con ella. Y esta atmósfera, ya lo dijimos, es postrer efecto de la otra asociación durante la Metamorfosis Solar. Así es como todo se halla emparentado, gracias a que los estados anteriores influyen, una y otra vez y de múltiple manera, en los posteriores. No obstante, durante el tiempo que corresponde a la evolución terrestre (tal como, a grandes rasgos, lo describo en la "Ciencia Oculta", y como acabo de bosquejarlo someramente), y a la par de ella, se ha desarrollado todo lo que hoy se halla sobre la Tierra, a su alrededor e incluso en su interior.

Ahora bien, si miramos la Tierra actual, encontramos, dentro de ella, los poderes que dan origen a lo sólido, firmemente anclados en el magnetismo telúrico llamémoslos la Luna Interior, causa de que exista lo sólido y de lo que tiene peso, ya que las fuerzas de gravedad son las que convierten lo líquido en sólido. Luego tenemos, como esfera típica de la Tierra, lo acuoso, la hidrosfera en sus múltiples modalidades, ya sea como agua subterránea, como masas vaporosas ascendentes, o como precipitaciones pluviales. Más hacia la periferia, encontramos lo aeriforme, y todo ello saturado de lo ígneo, restos del Antiguo Saturno. De modo que también en la Tierra

actual, podemos señalar, ahí arriba, algo que es Sol-Saturno o Saturno-Sol. Todo lo que está ahí en el caliente aire, saturado de esplendor luminoso, es Saturno-Sol. Al levantar la mirada, ella capta el aire impregnado de efectos saturnales y solares que, al correr del tiempo, se constituyeron en atmósfera propiamente, la cual no es sino postrer efecto de la Metamorfosis Solar. He ahí lo que se nos ofrece al mirar arriba.

En cambio, si dirigimos la mirada hacia abajo, encontramos más bien los resultados de las dos últimas metamorfosis: ahí está lo pesado, lo sólido, mejor dicho, lo pesante o solidificante; ahí está lo líquido, todo lo cual corresponde al conjunto Luna-Tierra. Podemos distinguir estrictamente estos dos aspectos de la evolución de la Tierra. Si revisan ustedes la "Ciencia Oculta" a este propósito, notarán que, simplemente por mi estilo, se ha hecho una profunda incisión en el pasaje donde la Metamorfosis Solar pasa a la Lunar. Similarmente, hasta nuestros días subsiste el marcado contraste entre lo saturnal de arriba, y lo telúrico-lunar-acuoso de abajo.

Podemos distinguir bien entre lo saturnal-solar-aeriforme arriba, y lo lunar-térreo-acuoso, abajo.

Considerando que, al par de la evolución terrestre, se ha desarrollado asimismo todo lo que a la Tierra pertenece, no es de extrañar el que la mirada del versado en la ciencia iniciática, se fije primero en la multiplicidad del mundo de los insectos. Parecería que ya el simple sentimiento debiera establecer cierta conexión entre el aleteo trémulo del mundo de los insectos, y lo de arriba, esto es, lo saturnal-solar-aeriforme. Y efectivamente es así. Miremos la mariposa: revolotea en el aire invadido e iluminado por la luz, con sus colores coruscantes; se halla sustentada por las ondulaciones del aire; apenas si

roza lo lunar-terrestre-acuoso; su elemento es lo de arriba. Y si luego se investiga la evolución de este pequeño insecto, uno se ve desplazado, sorprendentemente, a tiempos muy tempranos de la Metamorfosis Terrestre. Los rudimentos de lo que hoy irisa, cual ala de mariposa, en el aire saturado de luz, se han formado durante el Antiguo Saturno, y perfeccionado durante el antiguo período solar. Fue entonces cuando se generó aquello que, aún en nuestros días, le permite a la mariposa ser una criatura de luz y aire. El Sol debe a sí mismo, el don de poder propagar la luz; mas debe a la acción de Saturno, Júpiter y Marte, el don de que su luz evoque en las sustancias, lo ígneo y fosforescente. Y, en rigor, no puede comprender la naturaleza de la mariposa, quien la busca en la Tierra: sus fuerzas efectivas están situadas ahí arriba con el Sol, Marte, Júpiter, Saturno. Y si nos adentramos en esa maravillosa evolución de la mariposa —ya en otra ocasión, la describí como objetivación cósmica de la memoria humana— encontramos lo siguiente: la mariposa empieza revoloteando en las alturas por encima de la Tierra, luminiscente y aerostática y “deposita su óvulo”. El burdo materialista así lo afirma, porque, bajo la influencia de la presente anticiencia, deja de estudiarse lo más importante. La pregunta sería, pues: al poner la mariposa su huevo, ¿quién lo confía?

Investiguen ustedes ahí donde se exponen huevos de mariposa, y encontrarán invariablemente que esos huevos no pueden sustraerse a la influencia del Sol. En efecto, la influencia solar no existe tan solo cuando el Sol incide directamente sobre la Tierra. Ya en varias ocasiones llamé la atención sobre el hecho de que los campesinos entierran sus papas en invierno, porque el calor y la energía lumínica solar del verano, se hallan en el interior de la Tierra durante el invierno. En la superficie, las

papas se helarían de frío; en cambio, enterradas, bien cubiertas de tierra, conservarán su buena calidad, porque en invierno el efecto del sol se halla dentro de la tierra. Insisto: durante el invierno, hemos de buscar bajo tierra el efecto del sol veraniego; necesitamos llegar a cierta profundidad bajo la tierra, en diciembre, para encontrar el efecto del calor solar del mes de julio: y es que el calor y la luz penetran cada vez más hondo en la tierra. Si queremos buscar, pues, en diciembre las energías solares que, en julio, gozamos en la superficie terrestre, hemos de excavar una fosa y, a determinada profundidad, damos con lo que, en julio, estaba en la superficie: en la intimidad de la fosa está la papa cobijada en el sol de julio. El Sol no está, pues, solo ahí donde lo busca el burdo entendimiento materialista, sino presente en muchas regiones, si bien con sujeción a estrictas reglas cósmicas, de acuerdo con las estaciones.

Ya dije que jamás la mariposa pone su huevo donde no pueda mantenerse en alguna conexión con el sol. Y se expresaría mal quien dijera que este huevo se deposita en el área terrestre. No es así; se deposita en el estrato solar; la mariposa no desciende realmente hasta la tierra. Por doquiera que hay sol en el reino terrestre, la mariposa deposita sus huevos, de modo que se hallen bajo la marcada influencia solar, no bajo la terrestre.

Como siguiente paso, ustedes ya saben que, del huevo sale la oruga, que permanece bajo la influencia solar, pero a la que se agrega otra influencia, sin la que no podría arrastrarse: la influencia de Marte.

Si se imaginan la Tierra, y Marte circunvolándola, las corrientes marcianas están y continúan difundidas en lo alto. No importa su localización astronómica; existe toda la órbita marciana, y la oruga que se arrastra, se desliza

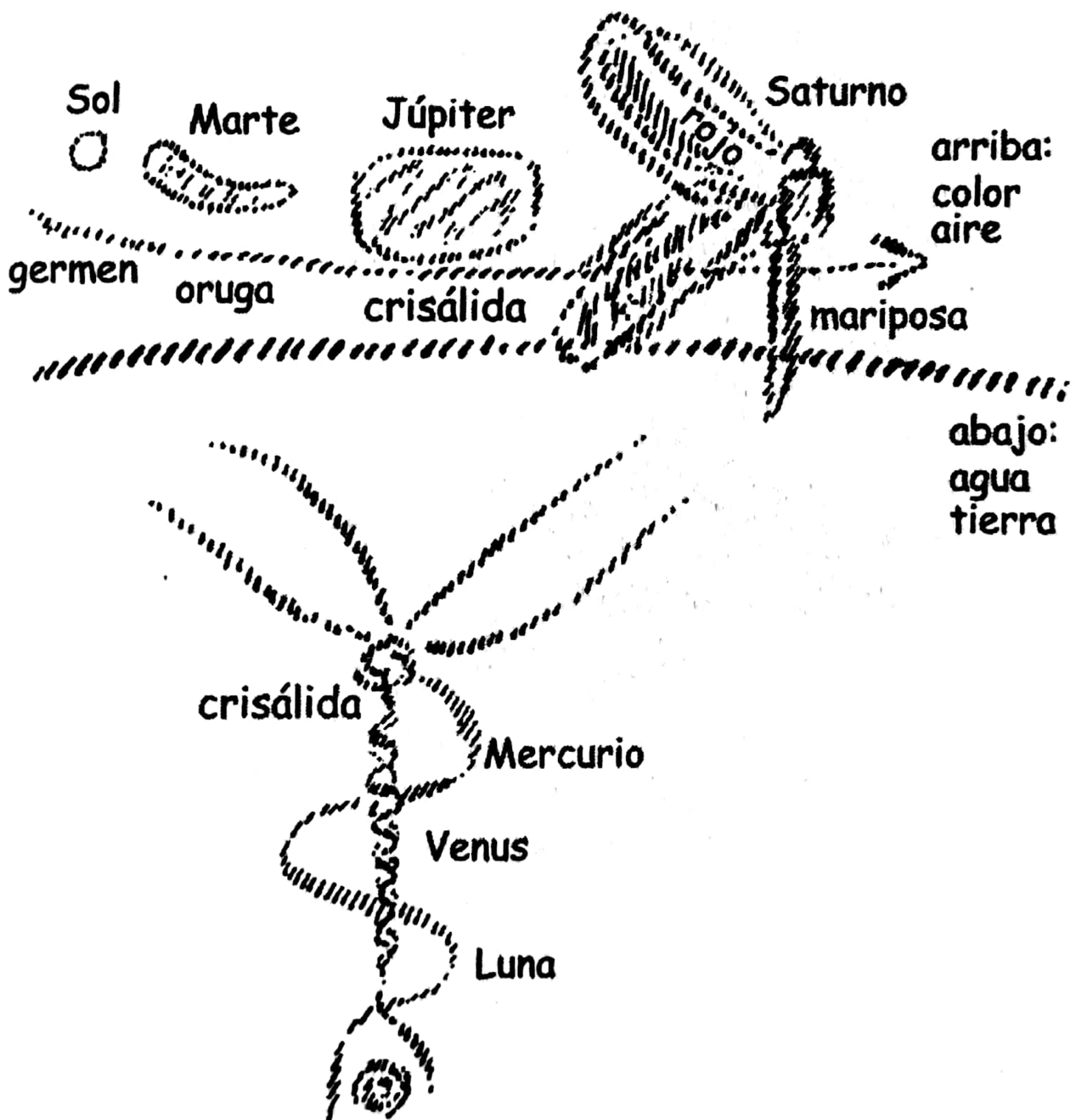
en sentido de esta órbita. Luego la oruga se transforma en crisálida, y se rodea del capullo. Ya les comenté que esto representa la entrega de la oruga al sol, y que el hilo se hila en dirección a la Línea luminosa. La oruga se halla expuesta a la luz, sigue los rayos lumínicos, hila, se detiene al oscurecer, y continuará hilando después. Todo esto es, propiamente, luz solar cósmica, impregnada de materia. El capullo del gusano de seda, la que se usa para los vestidos, contiene en su parte sedosa, auténtica luz solar, entretejida en la materia del gusano. De su propio cuerpo, él hila su baba en dirección de los rayos solares, y así va rodeándose del capullo. Mas para que esto suceda, se requiere de la influencia de Júpiter: los rayos solares han de modificarse por la acción jupiteriana.

Luego, como ustedes saben, sale del capullo o crisálida, la mariposa, sostenida y esplendente en la luz. Se escapa de su cámara oscura en que la luz sólo pudo penetrar como en los cromlechs.* Ahí llega el Sol bajo la influencia de Saturno, y sólo en unión con éste podrá el rayo solar difundirse en el aire para que la mariposa pueda coruscar en sus múltiples colores.

He ahí el panorama: si contemplamos el maravilloso mar de las mariposas volando, asistimos a una realidad que no es hechura terrestre, sino que descende a la Tierra, desde arriba. La mariposa no Baja con su huevo sino hasta la capa terrestre donde impera la influencia solar; el cosmos regala a la Tierra ese mar de mariposas, en tanto que el Sol suministra la energía del volar, que genera la fuerza sustentadora de la luz, etc.

* Ya mencionadas en la Primera Conferencia. Véase también la conferencia: "Sintetizando tres ideales educativos", en el Boletín de Metodología N° 59. Agosto de 1976, pág. 26.

Efectivamente, pues, las mariposas son las pequeñas criaturas que el Sol, y lo que el sistema planetario contiene más allá de él, esparcen sobre la Tierra: mariposas, libélulas, insectos en general, como regalos de Saturno, Júpiter, Marte y Sol. La Tierra no sería capaz de producir ni un solo insecto, ni siquiera una pulga, si los planetas exteriores, juntos con el Sol, no dotaran a la Tierra de ese reino. El que Saturno, Júpiter, etc. puedan ser tan pródigos, y dejen que todo ese mundo insectil se derrame revoloteando sobre nosotros, se debe a las dos primeras metamorfosis de nuestro planeta.



Veamos ahora, como han intervenido las últimas dos, o sea, la Lunar y la Terrestre. Teniendo en cuenta

que el huevo de la mariposa no se confiaba a la Tierra, hemos de señalar que en los comienzos de la Metamorfosis Lunar, la tercera, las mariposas no eran iguales a como son hoy. Tampoco era la Tierra tan dependiente del Sol, pues, al comienzo de la tercera metamorfosis, éste se hallaba todavía unido a ella, y solo se separó en una fase posterior. De ahí que las mariposas de aquellos tiempos no eran tan reacias que no hubieran confiado sus gérmenes a la Tierra, pues al confiarlos a ella, los confiaban también, al mismo tiempo, al Sol. Se produjo, pues, una diferenciación. Aquí sólo podemos referirnos a los ancestros del reino insectil en las primeras dos metamorfosis; pero confiar algo al Cosmos, a los planetas exteriores y al Sol, significaba entonces confiar algo a la Tierra. Sólo cuando ésta se densificó, cuando obtuvo el agua y las fuerzas magnéticas de la Luna, cambió la situación y se produjo una diferenciación.

Todo lo que vimos hasta ahora, pertenece a lo superior: calor-aire; ocupémonos ahora de lo inferior: agua-tierra, así como de los gérmenes que tuvieron el destino de ser confiados a la tierra, propiamente tal, en tanto que otros quedaron retenidos en el estrato terrestre permeado de sol.

Veamos ahora los gérmenes que sí se hallaban al amparo de la Tierra en los tiempos que corresponden a los orígenes de la tercera metamorfosis, o sea, de la Metamorfosis Lunar. Esos gérmenes quedaron supeditados a la influencia de los efectos terrestres, mejor dicho, de los efectos terrestres-lunares-acuosos, en el mismo sentido en que los gérmenes de los insectos quedaban sometidos a la influencia solar y trans-solar; y, por entrar en el reino de los efectos terrestres-acuosos,

se convirtieron en gérmenes vegetales, en tanto que los que permanecían arriba, continuaban siendo gérmenes insectiles. Al principio de esa tercera metamorfosis, se formaron los gérmenes vegetales como resultado de la transformación de lo solar en lo lunar-terrestre. Podemos, pues, seguir toda esta evolución bajo la influencia del cosmos extraterrestre, desde el germen, pasando por la oruga y la crisálida, hasta la mariposa (véase esquema) Y al terrenalizarse el germen, es decir, al ser confiado a la Tierra, no al Sol, se desarrolla, no la mariposa, sino la raíz vegetal, como primer vástago del germen. Y en vez de que la oruga se arrastre dentro de las fuerzas que parten de Marte, nace la hoja que asciende en línea helicoidal (véase dibujo): hoja que es oruga sucumbida a la influencia terrestre. ¿O es la oruga que se desliza? La contraparte superior de lo de abajo, de la hoja vegetal que se ha generado por metamorfosis de la raíz que, a su vez, tiene su origen en la semilla desplazada de la órbita solar a la terrestre.

Y si continuamos ascendiendo, observamos, en progresiva contracción, ahí donde está el cáliz, lo que corresponde a la crisálida. Y, finalmente, la mariposa se despliega en la flor, tan cromática como la mariposa en los aires. Se cierra el ciclo. Así como la mariposa deposita su huevo, del mismo modo se desarrolla *en* la flor la semilla para lo por venir. Si elevamos la mirada hacia la mariposa en el aire, podemos concebirla como planta ascendida: el lepidóptero, desde el huevo hasta la mariposa, bajo la influencia del sol y de los planetas superiores, es lo mismo que la planta bajo la influencia terrestre. En esta evolución ascendente de la planta, registramos, sucesivamente, la influencia lunar, la venusiana y la mercurial; viene después el retorno a la influencia terrestre: a ella corresponde la semilla. Podemos, pues,

formular dos aforismos que expresan un gran secreto de la Naturaleza:

*¡Mira la planta!
Es mariposa
atada por la tierra.*

*¡Mira la mariposa!
Es planta
liberada por el cosmos.*

Miremos el lepidóptero, o cualquier insecto, desde el germen hasta el insecto que revolotea: es planta ascendida al aire, y conformada ahí por el cosmos. Miremos la planta: es mariposa sujeta por abajo. Veamos la secuencia entera: la tierra reclama el huevo; la oruga se metamorfosea en las formaciones de hojas; la formación de la crisálida se halla metamorfoseada en lo contraído, el capullo; finalmente, lo que se despliega en la mariposa, corresponde, en la planta, al despliegue de los pétalos. No es sorprendente, pues, que exista esa entrañable relación entre el mundo de las mariposas e insectos y el vegetal, porque, propiamente, las entidades espirituales que alientan en los insectos, tendrían que decir: "ahí abajo están nuestras parientes; hemos de asociarnos a ellas, y gozar de sus savías; son nuestras hermanas, transformadas en moradores de la geósfera, atadas a la Tierra, poseedoras, por lo tanto, de otro tipo de existencia.

Inversamente, los geniecillos que alientan en las plantas, pueden mirar hacia las mariposas y decir: he ahí las parientes celestiales de la planta terrestre.

En verdad, la comprensión del mundo no puede nacer por medio de abstracciones: son insuficientes. En efecto, lo que obra en el cosmos, es el máximo artista, y todo lo conforma según leyes que satisfacen también el

sentido artístico. Y nadie puede comprender la mariposa hundida en la tierra, sino metamorfoseando, con sentido artístico, los pensamientos abstractos; nadie puede comprender el contenido de la flor, elevada a mariposa por los poderes cósmicos, si no pone en movimiento artístico, sus pensamientos abstractos. Siempre es una experiencia muy enaltecedora, enfocar este profundo parentesco interno de las cosas y seres naturales.

Es algo muy peculiar ver el insecto posado en la planta, y percibir, al mismo tiempo, como lo astral alienta en la flor: ahí la planta tiende a sobrepasar lo terrestre. La añoranza de la planta hacia el cielo, alienta en los pétalos que irisan con todos los colores. La propia planta no puede satisfacer esa añoranza suya; y así, del cosmos sale a su encuentro, radiante, la mariposa: contemplándola, la planta ve en ella la satisfacción de sus propios anhelos. He ahí la maravillosa conexión dentro del ámbito terrestre: las añoranzas del mundo vegetal se apagan a la vista de los insectos, y particularmente de las mariposas. Lo que el color del pétalo añora, irradiándose hacia el espacio cósmico, se le convierte en satisfacción de su ansia de conocer, al acercársele la mariposa con su irisación. Color que irradia, añoranza que irradia, satisfacción que desde el cielo irradia hacia abajo: he ahí el intercambio del mundo de las flores con el de las mariposas. Y nosotros hemos de hacernos aptos para percibirlo en la esfera que nos rodea.

Tendido así el puente al mundo vegetal, me hallaré en condiciones de ampliar próximamente las reflexiones que, hasta ahora, han abarcado desde el hombre hasta los animales. Ya podemos incluir el mundo vegetal dentro de nuestras reflexiones, y así avanzar paulatinamente a la relación del hombre con la Tierra en su

integridad. Mas para ello fue necesario tender primero el puente, desde la planta voladora, esto es, desde la mariposa, a la mariposa adherida a la Tierra, esto es, a la planta. La planta terrestre es mariposa sujeta; la mariposa es planta que ha tendido el vuelo. Una vez reconocida esta conexión entre la planta atada a la Tierra, y la mariposa liberada por el cielo, habremos tendido el puente entre el mundo animal y el vegetal, y podremos mirar, con cierta indiferencia, todas las trivialidades que no se cansan en explicar la generación, etc.; conceptos prosaicos que no llegan hasta las regiones cósmicas que es necesario alcanzar. A éstas se llega solamente, si se puede transformar los conceptos prosaicos en artísticos, y si luego se llega a la imagen de cómo, del huevo de la mariposa que no es confiado sino al Sol, nace más tarde la planta, gracias a que dicho huevo, antaño tan sólo heliotrópico, se metamorfosea en geotrópico.

QUINTA CONFERENCIA



Las presentes conferencias tratan de la conexión interna de los fenómenos del mundo y sus seres, y ya se han dado ustedes cuenta de que están saliendo a la luz muchos hechos que permanecerían insospechables para quien tan sólo fijara su atención en el mundo fenoménico externo. Hemos visto que, en el fondo, cada especie tiene su tarea peculiar dentro del gran contexto de la existencia cósmica, y lo hemos demostrado con algunos ejemplos. Recordemos, a título de recapitulación, ciertas especies de seres vivos tratados anteriormente, revisando lo que ya dije sobre la naturaleza de las mariposas. Me ocupé de ella precisamente en su contraste con la de las plantas, y llegamos a la conclusión de que la mariposa es un ser que, propiamente, pertenece a la luz, en cuanto ésta es modificada por la energía de los planetas exteriores: Marte, Júpiter, Saturno. De modo que, para comprender su verdadera naturaleza, hemos de elevar la mirada hacia las regiones superiores del Cosmos, y observar cómo dotan o agracian a la Tierra con la esencialidad de las mariposas.

Pero es mucho más honda la merced que la Tierra recibe: la mariposa no participa de la existencia terrestre inmediata, sino tan sólo mediatamente, en cuanto a que el Sol, con su calor y su potencia luminosa, actúa sobre la Tierra. Es más, la mariposa deposita sus huevos en sitios ahí donde existe la acción del Sol: propiamente, no los entrega a la Tierra, sino al Sol. Luego sale la oruga

que se halla bajo la acción de Marte, si bien, naturalmente, sigue subsistiendo la del Sol. Se forma la crisálida influida por Júpiter, y de ella sale la mariposa que, con su irisación cromática, reproduce en el ámbito terrestre, el efecto combinado que el poder saturnal y el luminoso solar pueden ejercer sobre la Tierra.

Vemos así, palpable dentro de la existencia terrestre y circundándola, la actividad saturnal en los múltiples colores de las mariposas. Recordemos, sin embargo, que son de dos índoles distintas las sustancias que entran en consideración para la existencia universal: las puramente materiales de la Tierra, y las espirituales. Ya les llamé la atención sobre el extraño hecho de que en el organismo metabólico-motor del hombre, subyace la sustancia espiritual, en tanto que, en el cefálico, la física. En el sistema inferior del hombre, la sustancia espiritual se impregna de dinamismo físico, de efectos gravitacionales y de otros efectos de fuerzas físicas. En cambio, en el sistema cefálico, la sustancia terrestre, transferida a éste gracias al metabolismo, a la circulación y a la actividad nerviosa, se halla impregnada de fuerzas espirituales suprasensibles que se reflejan en nuestro pensar y representar. De modo que la cabeza humana posee materia física espiritualizada, en tanto que, en el sistema metabólico-motor, prevalece sustancialidad espiritual terrenalizada — si me permiten acuñar este término.

Ahora Bien, aquella materia espiritualizada la observamos, ante todo, en la mariposa, pues, por permanecer la esencia de la mariposa enteramente en la región de la existencia solar, hace suya la materia terrestre sólo como delicadísimo polvillo, y les ruego acepten esta expresión metafórica. También se procura su alimentación de las sustancias terrestres expuestas a la acción solar, y com-

bina con su propia esencia sólo lo que haya sido recreado por el Sol. Así, de todo lo terrestre, selecciona la mariposa lo más delicado, y lo lleva a su más completa espiritualización: el ala de la mariposa es, en el fondo, materia terrestre espiritualizada; impregnada de colores, la materia de esa ala es la más espiritualizada de las material terrestres.

Así pues, la mariposa se nos presenta como el ser que vive enteramente en materia terrestre hecha espíritu. Podríamos decir, incluso, que la mariposa desdeña, en cierto modo, su cuerpo que enlaza las dos alas, pues toda su atención, todo su psiquismo grupal, reposa sobre el alegre gozo de ese colorido de las alas.

Y así como podemos seguir a la mariposa admirando sus irisantes colores, podemos seguirle admirando su revoloteante alegría por ellos. Esta actitud de asombro es algo que, en el fondo, ya debiera cultivarse en los niños: alegría por la espiritualidad que revolotea en el aire, alegría alada, alegría por la riqueza cromática: Al respecto, la esencia de la mariposa se matiza de maravillosa manera, y en todo ello subyace otra cosa todavía.

Recordemos lo dicho a propósito de las aves, cuyo representante es el águila: al morir, se lleva la sustancia terrestre espiritualizada hacia el mundo espiritual, o sea, que su tarea en el orden cósmico es espiritualizar la materia terrestre, lo que no puede hacer el hombre. Es verdad que el hombre ha logrado cierta espiritualización de la materia terrestre en su región cefálica, pero no le es posible llevársela al mundo post-mortem, ya que sería a costa de un dolor insoportable y destructivo.

En cambio, la familia de las aves, representada por el águila, sí puede hacerlo, con lo cual se crea una conexión entre lo terrestre y lo extraterrestre. Pudiéramos

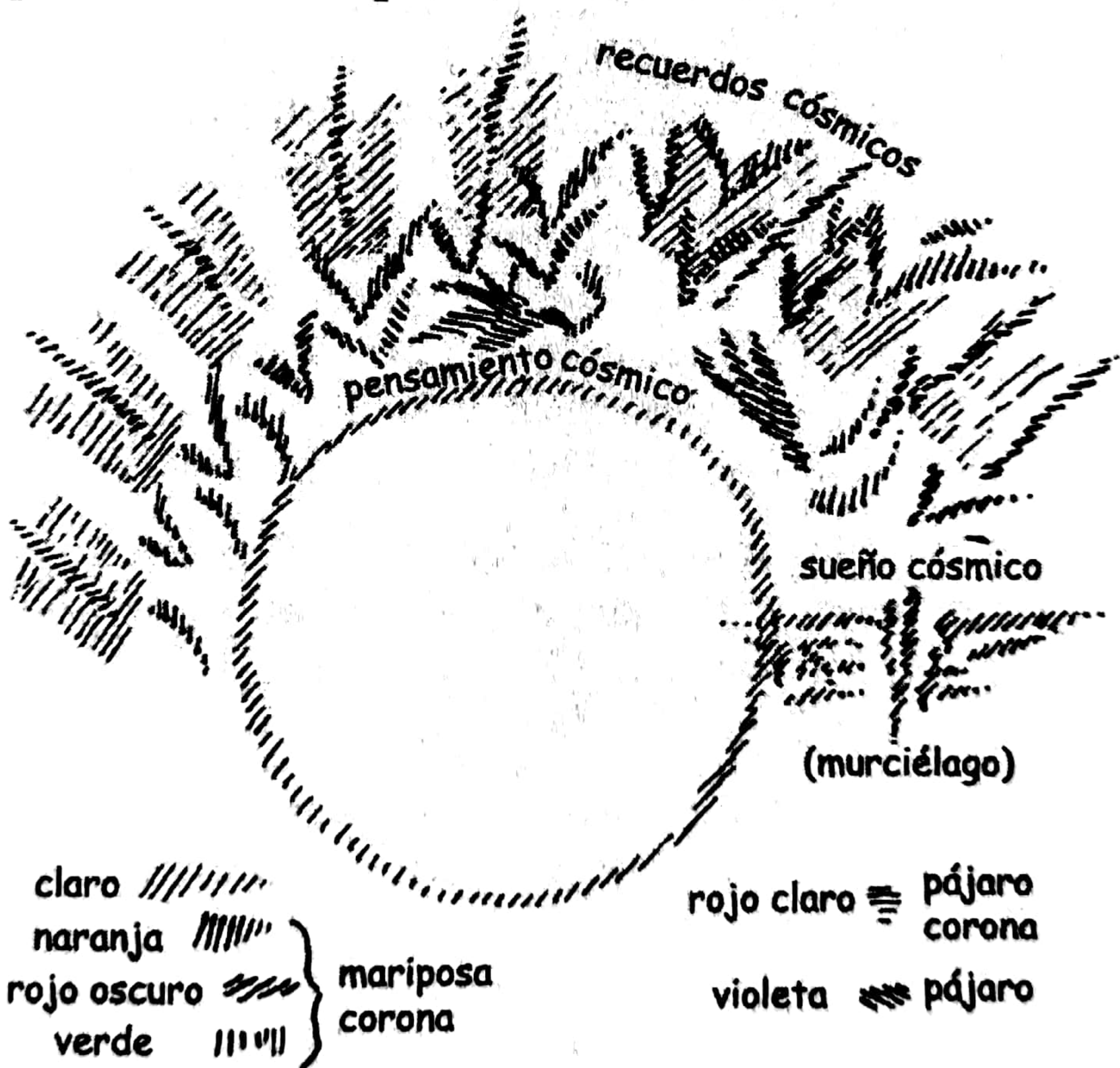
decir que la materia terrestre se transforma paulatinamente en espíritu, y que a las aves incumbe la entrega de esta materia espiritualizada al Universo. Una vez llegado el fin del ciclo terrestre, podrá decirse: la materia terrestre ha quedado espiritualizada, y, dentro de toda la economía del orden terrestre, le correspondió a la estirpe de las aves regresarla al país de los espíritus.

Con las mariposas, es un poco distinto: espiritualizan la materia aún más que el ave. El ave se acerca a la Tierra mucho más que la mariposa; y explicaremos esto después en mayor detalle. La mariposa, gracias a que no abandona la región solar, puede espiritualizar su materia a tal grado que entrega continuamente al orbe cósmico que nos circunda, materia espiritualizada, no solamente con la muerte, como en el ave, sino ya en vida.

Observen ustedes lo grandioso que significa el que, dentro de toda la economía cósmica, podamos imaginarnos la Tierra poblada de múltiple manera por las mariposas revoloteantes, y despidiendo hacia el Universo su materia espiritualizada, gracias a su acción. Con semejante intuición, podemos contemplar el mundo de las mariposas con un sentimiento totalmente distinto.

Esto nos induce a dirigir la mirada hacia esa esfera trémula, y exclamar: vosotras, mariposas, irradiáis hacia el Cosmos algo que es aún mejor que la luz solar; vosotras irradiáis luz espiritual. Nuestra ciencia materialista no tiene en cuenta lo espiritual, y, debido a esto, no puede descubrir los efectos que forman parte de la economía universal en su conjunto. Y, sin embargo, esos efectos ahí están como existen los físicos, y son, sin duda, más esenciales que ellos, ya que lo que irradia hacia el país de los espíritus continuará persistiendo aún después de que se haya consumado el ocaso de

nuestro planeta: lo que constata el físico o químico, llegará a su término con la existencia terrestre. En cambio, si hubiera algún observador sentado ahí fuera en el Cosmos por largo tiempo siguiendo el espectáculo, registraría algo así como una continua emanación de materia espiritualizada hacia el país de los espíritus; registraría que la Tierra irradia su propia esencia hacia el espacio cósmico, y que, a semejanza de chispas y rayos que relumbran y se esparcen, se difunde en el cosmos la cosecha luminosa de cada ave después de su muerte: irisación de luz espiritual de las mariposas, y aspersión de luz espiritual de las aves!



Estos hechos ya nos permiten encauzar nuestra atención en el sentido de que, al mirar el resto del mundo sideral, no vayamos a creer que, desde allí, irradie hacia nosotros sólo lo que registra el espectroscopio, o más

bien, quizá, lo que la descabellada fantasía del espectroscopista supone: lo que, desde otros astros se irradia hacia la Tierra, se debe a la presencia de seres vivos de otros mundos, en analogía a lo que, desde la Tierra, se irradia hacia el Universo. El físico moderno observa una estrella, y se imagina en ella algo así como una llama inorgánica ardiente; esto es, desde luego, pura tontería, pues lo que ahí el físico ve, es enteramente resultado de una esencialidad que posee vida, alma y espíritu.

Volvamos otra vez, del cinturón de mariposas que circunda la Tierra, a la estirpe de las aves. Evoquemos lo que habíamos visto anteriormente, o sea, que existen tres regiones colindantes; por encima de ellas, otras; por debajo de ellas, otras también. Tenemos el éter lumínico y el calórico; integrado este último de dos estratos: una capa calórica terrestre, y otra, cósmica, y, entre las dos, un rejuego continuo. No tenemos, pues, un solo género de calor, sino dos: el de origen telúrico y el de origen cósmico. Con el éter calórico colinda el aire; hacia abajo, el agua y la tierra; hacia arriba, el éter químico y el vital.

El orden de las mariposas pertenece, de preferencia, al éter lumínico; y es este éter el medio cuyo poder esplendente hace surgir del huevo, la oruga. Este nacimiento es obra de dicho poder esplendente.

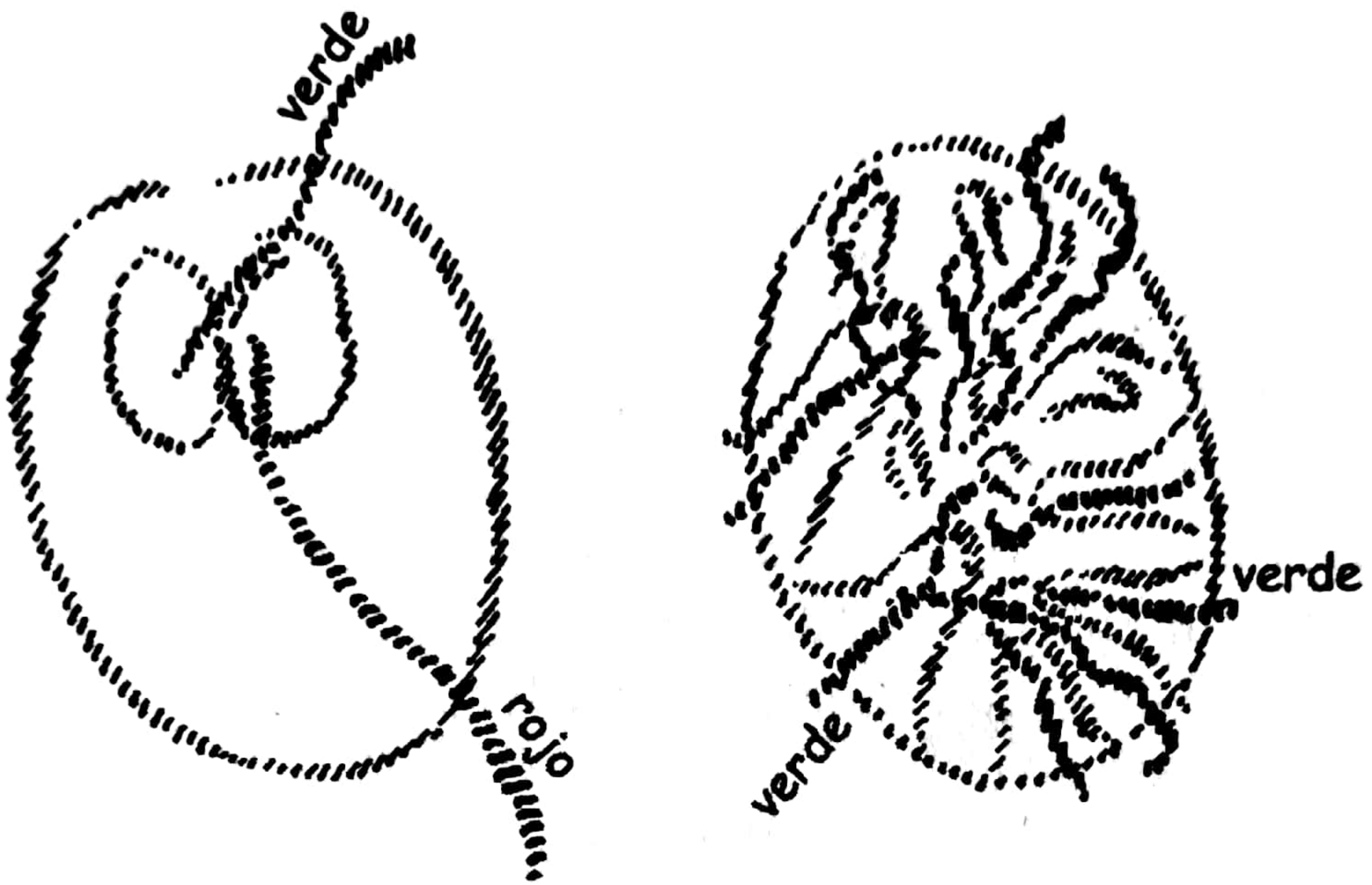
No así en la estirpe de las aves: ponen sus huevos que luego han de incubarse por el calor; en tanto que el huevo de la mariposa se deja simplemente abandonado al Sol, el huevo del pájaro entra en la región del calor. En ella se halla presente el pájaro, y se sobrepone a lo que es mero aire.

También la mariposa vuela por el aire, desde luego; no obstante, es enteramente criatura luminosa. Y, saturado el aire de luz, la mariposa elige, de este binomio de

luz y aire, no la existencia aérea, sino la luminosa; el aire le sirve tan sólo de vehículo, es el oleaje sobre el que flota; su elemento es la luz. En cambio, el ave vuela también por el aire, pero su verdadero elemento es el calor, más bien las diferencias térmicas del aire, y, en cierto modo, supera el aire. Recordemos que el ave es, interiormente y en alto grado, criatura aérea. Miren los huesos de los mamíferos y los del hombre: se hallan rellenos de tuétano; oportunamente, nos ocuparemos del por que esto es así. En cambio, los huesos del ave son huecos; no contienen más que aire. En cuanto a su contenido, los huesos del hombre están constituidos por tuétano; y los del ave, por aire: lo medular de ellos, es puro aire. Los pulmones de las aves se caracterizan por las bolsas de aire; y así, al inhalar, el ave llena, no solamente sus pulmones, sino también esas bolsas que transmiten el aire a los huesos huecos. De manera que, si pudiéramos descarnar, desplumar y deshuesar a un ave, nos quedaría un animal integrado de aire, y cuya estructura sería la de las cavidades internas de los pulmones y huesos. Imaginada así, quedaría intacta la forma del ave: dentro del águila de carne y hueso, se halla oculta el águila aérea. Sin embargo, el ave respira, y al respirar, genera calor. Este calor, lo comunica a su aire que inyecta a todas sus extremidades, y así nace la diferencia de temperatura en relación con el medio circundante: hay calor interno y externo. La verdadera vida del ave no se desenvuelve dentro del calor, sino en la diferencia de temperatura, esto es, la que corresponde al aire externo, y la que el ave imparte a su propio aire interno. Si le preguntáramos al ave sobre su relación con el cuerpo, nos respondería —siempre que entendiéramos su lenguaje— de manera que nos daríamos cuenta de que ella se refiere a la solidez de los huesos materiales y de todo lo

demás que es carga para ella, al igual a como nosotros cargamos maletas, con los brazos, hombros, cabeza. Así como, en este caso, diríamos que las maletas no son nuestro cuerpo, así el ave, al referirse a su propia "persona", se identifica únicamente con el aire que ella calienta; lo demás le es simple equipaje que arrastra consigo en la existencia terrenal; o sea, que los huesos que envuelven la auténtica ave constituida por aire, son ese equipaje. Así queda rigurosamente ratificada nuestra afirmación: el ave vive en el elemento calórico; como la mariposa en el lumínico. Mas para la mariposa, todo lo que es sustancia física que ella espiritualiza, viene siendo, antes de la espiritualización, ni siquiera equipaje, sino enseres domésticos; se halla esa sustancia aun más distante que para el ave. Al subir, pues, a la fauna propia de esas regiones, tropezamos con algo que resiste el criterio físico. Juzgarlo con criterio físico sería semejante a hacer un dibujo del hombre en que su pelo estuviera injertado en el cuero cabelludo, sus maletas fusionadas con los brazos, sus espaldas pegadas a alguna mochila como si fuera una excrecencia, de modo que lo haríamos jorobado. Dibujar el hombre de esta manera, correspondería a la idea que tiene el materialista del ave: ¡confunde el ave con lo que es simple equipaje! Sin duda, que siente el ave el lastre de tener que cargarlos; preferiría viajar como animal de aire caliente, libre y desembarazada. Sin embargo el ave, al morir, rinde tributo a la existencia universal, espiritualizando ese lastre y enviándolo al país de los espíritus; la mariposa hace lo mismo, aún en vida.

Tengan presente que el ave respira y utiliza el aire conforme lo describí; la mariposa lo hace de manera diferente: no respira mediante los órganos de los animales llamados superiores. (En rigor, ellos no son superior-



res, sino tan sólo más voluminosos). La mariposa respira por medio de tubos que, desde su propia envoltura, van hacia dentro, y que se hallan ligeramente inflados, lo que le permite almacenar el aire al volar, y no verse estorbada por la necesidad de tener que respirar constantemente; al respirar a través de tubos que penetran en su interior, puede absorber en todo su cuerpo, con el aire, también la luz que lo impregna. En verdad, diferencia muy significativa.

Veámoslo en esquema: el animal superior tiene pulmones; en ellos entra el oxígeno y se combina con la sangre pasando por el corazón. Para entrar en contacto con el oxígeno, la sangre de los animales voluminosos y también la del hombre, ha de fluir hacia el corazón y los pulmones (véase dibujo anterior).

Para la mariposa, he de dibujarlo de manera diferente. Entran en ella los tubos por todos lados, y luego se ramifican hacia el interior; el oxígeno se introduce por todos esos tubos (líneas punteadas), y también se ramifica: el aire penetra por todo el cuerpo.

En el hombre y en los llamados animales superiores, el aire como tal no llega sino hasta los pulmones; en la mariposa, el aire externo enriquecido con el contenido de luz, se difunde por todo lo interior del cuerpo. Y en tanto que el ave introduce el aire en sus huesos vacíos, la mariposa que es animal lumínico, no solamente hacia fuera, sino también hacia dentro, propaga la luz sostenida por el aire, por todas partes de su cuerpo. El ave, como ya dije, es aire interiormente calentado; la mariposa es pura luz; su cuerpo esta constituido por luz, y, propiamente, ya el calor es lastre o equipaje: revolotea enteramente en la luz, y, a partir de ella, construye su cuerpo. Al ver la mariposa volando por el aire, debiéramos ser capaces de contemplarlas como meros entes lumínicos que se regocijan con sus colores y sus cambiantes cromáticos; todo lo que no es luz, es tan solo indumentaria y equipaje. En verdad, hay que empezar por desentrañar de qué materia están constituidos los seres de la circunferencia terrestre, pues la apariencia externa engaña.

Los que, de manera superficial, han aprendido lo uno o lo otro de la sabiduría oriental, sustentan que el mundo es maya. Pero hacer esta afirmación no es decir gran cosa; hay que ver en sus detalles, en que consiste el que el mundo sea maya. Se comprende maya si se sabe que el verdadero aspecto esencial del ave no coincide con su apariencia externa, sino que es un ente de aire caliente; la mariposa no tiene el aspecto que exteriormente ostenta, sino que es un ente lumínico que revolotea, y, en lo esencial, es la alegría de los cambiantes cromáticos, esos cambiantes que se producen en su ala cuando el polvillo material terrestre se satura de color y, de esta manera, alcanza el primer escalón de su espiritualización hacia el cosmos espiritual.

He ahí, pues, dos categorías de seres en la circunferencia terrestre: la mariposa, moradora del éter lumínico, y el ave, del éter calórico. Pero existe todavía una tercera categoría: en estratos inferiores del aire, tropezamos con seres que todavía no podían existir en el período de la evolución terrestre antes de que la Luna se separase de la Tierra. Ahí tropezamos con seres que, sin duda, también son moradores del aire, es decir, que viven en el aire, pero que ya han sufrido el duro impacto de lo que es peculiar de la Tierra: la gravedad. La mariposa todavía no ha tenido ningún roce con la pesantez terrestre; revolotea gozosa en el éter lumínico, y se siente a sí misma como su criatura. El ave, a su vez, supera esa pesantez, calentando el aire en su interior; el ave es aire caliente, y ya sabemos que el aire caliente es acojinado por el aire frío: todavía alcanza a superar la gravedad terrestre.

En cambio, los animales que, según su ascendencia, no dejan de ser moradores del aire, pero ya no pueden superar la gravedad terrestre, porque sus huesos no son vacíos, sino que están llenos de tuétano, así como carecen de bolsas de aire, esos animales son los murciélagos.

Los murciélagos son una fauna muy extraña: el interior de su cuerpo no es apropiado para vencer la gravedad terrestre; no tienen la liviandad lumínica propia de las mariposas, ni la calórica de las aves: se hallan sometidos a la gravedad de la Tierra, y se identifican con su carne y sus huesos. De ahí que rehúyan el elemento que integra la mariposa y su espacio vital: les molesta la luz; aman el crepúsculo. Tienen que utilizar el aire, pero lo prefieren cuando no es vehículo de luz: se entregan al crepúsculo, y podemos llamarles animales crepusculares. Sólo son capaces de mantenerse en el aire gracias a que tienen las alas un tanto caricaturescas, pues en reali-

dad no son alas legítimas, sino membranas tendidas entre los dedos alargados: paracaídas. Así es como se mantienen en el aire: vencen la gravedad, contraponiéndole algo que con ella se relaciona. Pero debido a eso, se hallan totalmente insertados en el ámbito de las fuerzas terrestres. El vuelo de la mariposa o de las aves no se puede construir según leyes meramente físico-mecánicas; su construcción nunca saldría correcta; hay que añadir algún elemento que contiene otras construcciones. En cambio, el vuelo del murciélago es perfectamente calculable dentro de la aerodinámica y mecánica terrestre.

El murciélago no ama la luz, ni el aire impregnado de luz, sino, a lo sumo, el aire crepuscular con un leve toque de luz. También se distingue del ave en que ésta, al mirar, se concentra siempre en algo que está en la atmósfera. Hasta el buitre que roba el borrego, al mirarlo desde arriba, lo siente como algo que se halla en el confín de la esfera luminosa, como si estuviera pintado en la superficie de la Tierra. Además, el vuelo del buitre dirigido hacia el borrego, no es simple ver sino codiciar; es declaradamente dinamismo desiderativo y captatorio.

La mariposa ve lo que está sobre la tierra como si fuera espejo; para ella, así es la tierra; los objetos de su visión son los que están en el Cosmos. Cuando la vean revoloteando, tengan presente que ella no presta atención a la tierra, simple espejo que le refleja el Cosmos. El ave no ve lo terrestre, sino lo que está en el aire. El murciélago es el primero en percibir el medio que atraviesa, o los objetos que le salen al encuentro. Y por no amar la luz, todas las impresiones visuales le irritan. En tanto que la visión de la mariposa y la del ave son, en verdad, espirituales, al primer animal que, desde arriba, tiene que mirar de manera terrestre, le molesta lo que ve. El murciélago, por

no simpatizarle la visión, tiene algo así como un miedo materializado de lo que ve y no quiere ver; quiere deslizarse a hurtadillas cerca de los objetos: ¡tener que ver y no querer ver! Por esta razón, por querer siempre pasar de largo, necesita escucharlo todo con gran atención. Efectivamente, el murciélago constantemente presta oído a su propio vuelo, en anticipo de posibles peligros.

Observen las orejas del murciélago: claramente afinadas para el miedo cósmico. Qué hechuras tan extrañas, realmente adaptadas para pasar por el mundo de refilón, y objetivar el miedo cósmico. Todo esto empieza a comprenderse únicamente, si se estudia el murciélago dentro del contexto en que lo colocamos.

Y todavía hay algo más: la mariposa constantemente entrega al Cosmos materia espiritualizada; es la consentida de los efectos saturnales. Recuerden que ya expliqué que Saturno es el gran portador de la memoria de nuestro sistema planetario. La mariposa se halla estrechamente vinculada a la facultad retentiva de nuestro planeta: en ella laten los pensamientos que se han confiado a la memoria. El ave en su totalidad es, propiamente, cabeza, y en el aire transido de calor que ella sesga a través del espacio, es, en verdad, el pensamiento vivo que vuela. Nuestro contenido de pensamientos que guarda relación con el éter calórico, es nuestra interna naturaleza aguileña. El ave es pensamiento que vuela; el murciélago, en cambio, es ensueño que vuela, volante imagen onírica del Cosmos. En resumen; podemos decir: la Tierra se halla circuntejada por las mariposas, que son recuerdo cósmico, por la estirpe de las aves, que son pensar cósmico, y por el murciélago, que es ensueño cósmico. En verdad, los ensueños voladores del Cosmos sesgan el espacio en forma de murciélagos.

Así como el ensueño ama la luz crepuscular, asimismo la ama el Cosmos, a través del murciélago que surca el espacio. Los pensamientos permanentes del recuerdo, los vemos incorporados en el cinturón de mariposas que circunda la Tierra; los pensamientos relacionados con el momento actual, en el cinturón de aves; los ensueños en torno a la Tierra, la circunvuelan como murciélagos. Y traten de sentirlo, amigos míos: si nos proyectamos en la forma del murciélago, ¡cuán parecida es la contemplación del murciélago al ensueño! Al contemplar ese animal, indefectiblemente nos invade el pensamiento de que estamos soñando. Propiamente, el murciélago es algo que no tiene razón de ser, algo que se halla tan al margen de las demás criaturas naturales, como el ensueño se halla al margen de la ordinaria realidad física.

Visto que la mariposa envía la sustancia espiritualizada al país de los espíritus durante la vida, y que el ave la mande después de la muerte, se insinúa ahora la pregunta: ¿y el murciélago? El murciélago elimina, ya en vida, la sustancia espiritualizada, particularmente la que vive en las membranas tendidas entre sus dedos, pero no la entrega al Cosmos, sino al aire terrestre. En resumen: la Tierra se halla rodeada del fulgor continuo de la emanante materia espiritual de la mariposa, recibe la aspersion de lo que viene de las aves moribundas, a la vez que se reflejan hacia ella los peculiares islotes del aire, formados por la eliminación de lo que han espiritualizado los murciélagos. He ahí las estructuras espirituales que se perciben cada vez que se ve un murciélago volando; efectivamente, arrastra siempre algo como una cauda de cometas: segrega materia espiritual, pero no la envía al espacio, sino que hacia atrás, hacia la materia terrestre física, hacia el aire, la expele. Y así como el ojo físico ve el revoloteo del murciélago físico,

se pueden ver; asimismo, revoloteando en el aire, sus correspondientes figuraciones espirituales: sesgan el espacio aéreo. Y no basta con saber que el aire consta de oxígeno, nitrógeno y otros ingredientes; contiene, además, islotes espirituales de los murciélagos.

Por extraño y paradójico que suene: esa estirpe onírica de los murciélagos emite hacia el aire, pequeños espectros que luego se aglutinan en una masa común. En geología se da el nombre de magma a la masa blanda subterránea; similarmente, se podría hablar del magma espiritual del aire, que proviene de las excreciones inmateriales de los murciélagos.

En tiempos antiguos en que había clarividencia instintiva, los hombres eran muy sensibles contra ese magma espiritual, a semejanza de que, aún hoy día, ciertas personas lo son contra las materializaciones de olores desagradables, con la diferencia de que lo de hoy es más bien de tipo vulgar; en la antigua clarividencia instintiva, correspondía a una sensibilidad por los residuos de murciélago en el aire.

Y contra ello se protegían mediante fórmulas especiales que existían en ciertos centros iniciáticos y que significaban corazas contra los residuos de murciélagos. Al respirar, pues, inhalamos no solamente el oxígeno y el nitrógeno, sino también los residuos de murciélagos; mas la humanidad actual no pone empeño en protegerse contra esos residuos; muy sensible contra olores, por ejemplo, es totalmente insensible contra los residuos de murciélago; los traga sin la menor sensación de repugnancia. Es muy curioso: ciertas personas que, en otros aspectos, son muy melindrosas, ¿en qué cantidad los tragan! Y se introducen en el hombre, no en sus cuerpos físico y etéreo, pero sí en el astral.

Así vamos descubriendo extrañas conexiones, y es que la ciencia iniciática conduce por doquiera a vinculaciones internas: estos residuos de murciélago son el manjar más codiciado de lo que, en estas conferencias, les describí como el dragón. Mas para que él pueda consumirlos, el hombre tiene que inhalarlos primero: y el dragón tiene sus mejores puntos de apoyo en la naturaleza humana, si el hombre deja que sus instintos se impregnen de esos residuos; ahí dentro, pululan, y el dragón se los come y engorda — en sentido espiritual, desde luego — y adquiere poder sobre el hombre de la más variada manera.

Y no sólo el hombre de antaño, sino también el moderno, tiene necesidad de protegerse, protección que provendrá de lo que, en otra oportunidad, describí como la nueva forma de la lucha de Micael con el dragón.

Si el hombre acoge debidamente el Impulso Micaélico, recibe el necesario fortalecimiento interno que lo protege contra el alimento que sirve de consumo al dragón: así se protege asimismo contra los indebidos residuos de murciélagos que pululan en la atmósfera.

Si se quiere realmente penetrar en el contexto interno del Universo, no hay que amedrentarse por tratar de conocer sus verdades. La forma de buscarlas hoy generalmente sancionada, no conduce a nada real, sino, en muchos casos, ni siquiera a una verdad onírica; tan sólo es maya. Hay que buscar la realidad ahí donde toda existencia física se halle vitalmente permeada de existencia espiritual, y esto solamente es posible si se enfoca como tratamos de hacerlo en estas conferencias.

Toda criatura viviente tiene alguna finalidad, buena o mala, y todas las criaturas se hallan insertas en el contexto universal, de modo que puedan conocerse sus

mutuas conexiones. El materialista observa, con indiferencia y por separado, el vuelo de las mariposas, de las aves o de los quirópteros, algo parecido a quien, carente de sensibilidad estética, colgara en la pared toda clase de cuadros heterogéneos e incoherentes, sin conexión interna. Así, para el observador ordinario, entre los seres que vuelan en el mundo, tampoco existe conexión interna alguna, porque el no es capaz de percibirla. Pero todo en el cosmos tiene su lugar específico, desde el cual se puede captar la conexión interna con la totalidad cósmica. Ya sea mariposa, ave o murciélago: todo se halla situado en el mundo con algún significado.

Los que quieran burlarse *de* todo esto, que lo hagan. En lo que a la burla se refiere, abundan los disparates: célebres academias ya emitieron el juicio de que no puede haber aerolitos, porque no es posible que el hierro caiga del cielo, etc. Siendo esto así, ¿por qué no han de hacer mofa de las funciones de los murciélagos tal como les hablé hoy? Todo esto, sin embargo, no nos desviará de nuestro empeño de saturar nuestra civilización con el conocimiento espiritual.

SEXTA CONFERENCIA



Antes de pasar a los demás seres animales, vegetales y minerales asociados con el hombre durante su existencia terrestre, hemos de echar una ojeada sobre la evolución del hombre mismo. Se trata de recapitular varios hechos que ustedes ya conocen por mis anteriores explicaciones, pero que voy ahora a sintetizar para que se abarquen más fácilmente.

Si acudimos a la ciencia oficial, se nos dice que hay que investigar cómo los llamados entes superiores del reino vegetal, luego del animal y del humano, se han desarrollado a partir de las sustancias y fuerzas inanimadas, llamadas inorgánicas.

La auténtica intuición de cómo tiene lugar la evolución da otro resultado, a saber, que el hombre, tal como hoy día se nos presenta, es el ser de más larga trayectoria, pues su proceso se retrotrae al antiguo ciclo saturnal. Hemos de declarar, pues, que el hombre es la criatura más antigua dentro de la marcha evolutiva de nuestro planeta. Hasta el ciclo solar, no vino a agregarse el reino animal; hasta el ciclo lunar, el de las plantas, en tanto que el reino mineral, tal como hoy lo conocemos, es resultado y adición del ciclo terrestre.

Concentrémonos ahora en la figura actual del hombre. ¿Qué es en él lo más viejo, genéticamente hablando? ¡La cabeza! Recibió sus primeros rudimentos en la época en que nuestro planeta estaba todavía en la metamorfosis saturnal; constaba, es verdad, tan sólo de sus-

tancia calórica, de modo que era una configuración de calor en ondulación y fluencia, configuración que adoptó forma aeriforme durante el ciclo solar; líquida, es decir, que fue entidad escurridiza, en la época lunar, y figura sólida con su andamio óseo, durante la época terrestre. En síntesis: en la antigua época solar, existía una entidad, no fácil de imaginar con los recursos del conocimiento externo, cuyo descendiente es la cabeza humana. Simultáneamente con este rudimento cefálico, como pueden ustedes deducir de mis recientes disertaciones, se generaron asimismo, en la antigua época solar, los rudimentos de los lepidópteros. Más adelante nos ocuparemos también de otros insectos; detengámonos ahora en los lepidópteros, esto es, en la fauna de las mariposas. Si ojeamos la evolución desde la época del Antiguo Saturno hasta la existencia terrestre actual, podemos decir: ahí se estructura, cual tenue forma sustancial, el rudimento de la cabeza humana; y, al mismo tiempo, se estructura la temblorosa estirpe de las mariposas. Continúan ambas evoluciones: la del hombre, interiorizándose, de modo que va convirtiéndose, más y más, en un ser que expresa la manifestación de lo anímico, un ser que se desarrolla en irradiación de dentro afuera; en cambio, la mariposa es criatura en cuya superficie el Cosmos descarga toda su belleza, criatura que, en el polvillo de sus alas, recibió en soplo, toda la hermosura y majestad del Cosmos. Imaginemos la sustancialidad de la mariposa como imagen refleja de la belleza del Cosmos superior: en tanto que el hombre acoge y encierra dentro de sí lo que es el Cosmos, y se torna interiormente anímico, como si él fuera concentración del Cosmos que luego irradia hacia afuera y objetivándose en la cabeza, en otras palabras, en tanto que la cabeza es creación desde dentro, la sustancialidad de la

mariposa es creación desde fuera. Quien se dedica al estudio vidente de estos asuntos, aprende algo de suma trascendencia si su actitud es: "quiero explorar los más vetustos secretos de la cabeza humana, los saturnales; quiero saber qué fuerzas obraron entonces dentro de la cápsula craneana", y luego descubre que la respuesta le es dada por lo que se ve por todas partes ahí fuera, es decir, por lo que desde todos lados se nos introrradia. Para estudiar el ser humano, para conocer el milagro de su propia cabeza, hay que estudiar el milagro de la génesis de la mariposa en la naturaleza externa. He ahí, más o menos, el gran mensaje que el cosmos le transmite a la observación vidente. Y si, luego, la evolución avanza, de la época saturnal a la solar, nace una entidad que posee una configuración posterior, esto es, una metamorfosis aérea de la cabeza; a la vez que se le adhiere, cual delicadísima sustancialidad, lo que posteriormente habrá de convertirse en las estructuras torácicas, respiratorias y cardíacas. En la etapa saturnal, observamos una metamorfosis que representa la cabeza humana; si avanzamos a la época solar, observamos al hombre ya constituido por cabeza y tórax, porque éste se afilia a aquélla. En esa temprana época solar, nace la estirpe de las aves cuyo representante es el águila; en la segunda etapa del ciclo solar, el primer rudimento de los animales que hemos de calificar de torácicos, y cuyo representante más conspicuo es el león.

Ya ven ustedes qué enorme diferencia existe en la génesis incluso de los animales superiores, y del hombre. Oportunamente me ocuparé de los animales de transición, a los que pertenece el género de los simios; hoy me limitaré a un concepto globalizante. ¡Qué grandiosa diferencia entre la zoogénesis superior y la antropogénesis!

En el hombre lo primero que se forma es la cabeza; lo demás apenas si son apéndices, órganos adventicios que se adhieren a la formación craneana. En la evolución cósmica, el hombre crece de arriba abajo; en cambio el león es, durante la antigua época solar, mejor dicho durante su segunda parte, un animal que empieza siendo torácico con poderosa respiración, pero con una cabeza todavía muy pequeña y atrofiada. Y sólo cuando, en etapa posterior, el Sol se separa de la Tierra para obrar sobre ella desde fuera, sólo entonces se estructura, a partir del tórax, la cabeza: el león se desarrolla creciendo del tórax hacia arriba; el hombre, de la cabeza hacia abajo. He ahí la gran diferencia en la evolución global.

Sigue luego la Metamorfosis Lunar, tercera de las incorporaciones de nuestro planeta. Recordemos que la primera correspondía al calor, la segunda al aire y la tercera al agua. Dado que la Metamorfosis Lunar es, a la vez, acuosa, es decir, que la Luna es de naturaleza acuosa, aunque posteriormente se cornifique, el hombre necesita en adelante el complemento hacia abajo: formar los rudimentos del sistema digestivo. Anteriormente, durante el antiguo ciclo solar, cuando sólo existía el elemento de aire en que ondeaba y resplandecía la luz, le bastaba al hombre, para su alimentación, el aparato respiratorio, sin salida en su parte inferior: durante el ciclo solar, el hombre era organismo cefálico y respiratorio, durante el lunar, se le adjunta el sistema digestivo; y así, alcanza su triple estructura de cabeza, tórax y abdomen. Pero como sea que en la época lunar todo sigue siendo todavía sustancia acuosa, el hombre posee excrecencias que lo mantienen flotando; y hasta durante el cuarto ciclo, el nuestro terrestre, no hacen su aparición los brazos y las piernas: cuando empieza a actuar la fuerza de la gravedad, se configuran las extremidades que se

orientan en supeditación a ella. Por lo tanto, el aparato digestivo que se forma durante la época lunar, no se parece todavía al nuestro actual: no tiene aún que ingerir lo que sirve a la operación y libre movilidad intencional de las extremidades; posteriormente, se metamorfosea en nuestro órgano de digestión terrestre.

Durante este mismo ciclo lunar, a los descendientes de mariposas y aves, así como a las clases de animales representadas por el león, se agregan los animales con preferente tendencia a la digestión, cuyo representante es la vaca.

¿En qué se distingue el crecimiento de la vaca, del hombre? Durante la antigua época lunar, la vaca empezó por desarrollar principalmente el aparato digestivo; y hasta después de separarse la Luna, no surgen, del aparato digestivo, los órganos torácico y cefálico con su peculiar configuración. Asistimos pues, a tres secuencias diferentes: el hombre empezó su desarrollo con la cabeza, a la que siguieron las metamorfosis del tórax, y a éstas los órganos digestivos; el león empezó con los órganos torácicos, siguió con la cabeza, y recibió, simultáneamente con el hombre, los órganos digestivos durante el ciclo lunar; los rumiantes tuvieron, como primer sistema funcional, la digestión, y luego, derivando de ahí, los órganos del pecho y de la cabeza. Vemos, pues, que el hombre crece de la cabeza abajo; el león, del tórax arriba y abajo; la vaca parte de los órganos digestivos y, de ahí, crece hacia arriba, corazón y cabeza. He ahí el panorama del desarrollo humano.

Surge ahora, naturalmente, la pregunta: ¿es la vaca la única criatura que en esa etapa se asocia a la evolución del hombre? Cada vez que nace una nueva metamorfosis planetaria, los seres anteriores continúan su evolu-

ción, pero al mismo tiempo surgen otros nuevos. La vaca es producto de la primera metamorfosis del ciclo lunar; al que vienen a añadirse otros animales que sólo en la última reciben sus primerísimos rudimentos. A ellos ya no les corresponde participar en el éxodo de la Luna, porque ya está fuera; tampoco en lo que es efecto de este éxodo: extraer, en formación modeladora, de las entrañas de la vaca, los órganos cardíacos y cefálicos. La situación de estos seres tardíos es distinta: se detienen al nivel que corresponde al de la digestión humana, nivel objetivado en el abdomen, y propiamente no pasan de animales digestivos.

Del mismo modo que puede establecerse la correspondencia del águila y de las mariposas con la cabeza, del león con el tórax, y de la vaca con el abdomen, con la capacidad, sin embargo, de poder originar, más adelante, todo lo superior, así corresponden los anfibios y reptiles: sapos, ranas, serpientes, lagartijas, etc., exclusivamente al abdomen o aparato digestivo humano: los animales que ahí nacen, son puros aparatos digestivos. Esos animales nacen en la segunda fase del ciclo lunar, en forma muy tosca, algo así como estómagos e intestinos ambulantes, y hasta el ciclo terrestre no reciben las partes cefálicas, que, por cierto, no acusan particular nobleza: ¡observen la cabeza de las ranas, sapos, serpientes! Y es que apenas aparecieron como animales digestivos en el período postrimero en que el hombre tan sólo adhirió a lo que ya poseía, su sistema digestivo.

Mariposa

León

Vaca

Ave

Cabeza

Cabeza

Tórax

Cabeza

Tórax

Abdomen

Es verdad, no obstante, que en el ciclo terrestre, cuando el hombre, bajo la influencia de la gravedad y del magnetismo terrestre, desarrolla sus extremidades, las tortugas —tomémoslas como representantes— empiezan a asomar por debajo de su coraza, la cabeza, más bien como extremidad, que propiamente como cabeza. Esto nos lleva a comprender la configuración rudimentaria de la cabeza de los anfibios y reptiles: nos produce la acertada impresión de que, de la boca, se pasa directamente al estómago, sin mediación alguna.

En la búsqueda de correspondencias entre el hombre y los animales que con él conviven, hemos de correlacionar con las funciones digestivas los principios funcionales característicos de los reptiles y anfibios. A semejanza de cómo el hombre retiene en sus intestinos el producto de la digestión, el Cosmos lleva en los suyos, integrados por el elemento acuoso-térreo, los sapos, serpientes y ranas. En cambio, lo que se vincula más bien con la reproducción humana, facultad cuyos primeros gérmenes hemos de situar en las postrimerías de la época lunar y sólo efectiva durante la Metamorfosis Terrestre, guarda parentesco con los peces; y con animales inferiores todavía. A los peces hemos de considerarlos, pues, como criaturas tardías de la evolución, criaturas que no se asocian a los demás animales hasta que, en el hombre, los órganos reproductivos se asocian a los digestivos. Y la serpiente es, esencialmente, la mediadora entre el órgano reproductivo y el digestivo.

Si intuimos acertadamente la naturaleza humana, ¿qué representa la serpiente? ¡El llamado ducto renal! Nació en la misma fase de la evolución cósmica, en que, en el hombre, se formaba el canal renal. Y así podemos seguir, plásticamente, cómo el hombre, partiendo de la

cabeza, crece hacia abajo, y cómo la Tierra de ella extrae, en formación modeladora, las extremidades, de modo que queden situadas en el equilibrio terrestre de la gravedad y de las fuerzas magnéticas. Simultáneamente con este crecimiento descendente, se forman las distintas clases de animales.

De esta manera, va concretándose una imagen acertada de la evolución terrestre y de sus criaturas. Y las criaturas se han desarrollado con sujeción a esa evolución, mostrándonos su realidad actual. No cabe duda de que, a nuestra vista, las mariposas y las aves nos ofrecen formas terrenales; pero ustedes saben, por las conferencias anteriores, que la mariposa es, en verdad, un ser lumínico, y que la materia terrena no le es sino sople adventicio. Si la propia mariposa pudiera declararles lo que es, les manifestaría que tiene un cuerpo hecho de luz, y que con él arrastra, cual equipaje externo, la materia terrena que lleva adherida. Análogamente, el ave es un animal constituido por aire caliente; en verdad, es aire caliente extendido: lo demás es equipaje y lastre. Estas clases de animales que han conservado su naturaleza lumínica o calórica, envuelta en un ropaje terrenal y acuoso, fueron los primeros en nacer durante toda la evolución de nuestro planeta. Si podemos extender la mirada hacia los tiempos que el hombre ha pasado en el mundo espiritual antes de descender a la Tierra, las formas de esos seres le recuerdan sus experiencias prenatales, aunque se trate de formas terrestres porque han recibido el hálito rociador de la materia terrestre. Imagínense correctamente esos flotantes seres luminosos, las mariposas, despojadas de su espolvoreo terreo; imagínense asimismo el ave también de él despojada, y conciban la masa dinámica que integra el ave como ente de aire caliente, masa en la que se halla inserto el plumaje.

je..., figúrense la tan sólo como rayos resplandecientes, y entonces esos seres, que deben su aspecto y tamaño tan sólo a su ropaje externo, les recuerdan el descenso del ser humano a la Tierra: las mariposas y las aves se nos convierten en reminiscencia de las entidades espirituales de las jerarquías superiores entre las que vivía el hombre antes de descender a la Tierra. Contemplando inteligentemente esos animales, nos resulta un recuerdo metamorfoseado, en tamaño reducido desde luego, de las formas espirituales que nos rodeaban antes de nuestro descenso. Debido a la pesantez de la materia terrestre y porque ha de ser superada, las mariposas contraen a miniatura la figura gigantesca que es la suya verdadera. Y si pudiéramos separar de la mariposa lo que es materia terrestre, se expandiría adoptando la luminosa figura espiritual del arcángel: los animales que habitan el aire son en verdad, trasuntos terrenales de la sustancialidad espiritual de las regiones superiores. De ahí que, en tiempos de la clarividencia instintiva, era práctica artística aceptada, desarrollar la figura simbólico-pictórica de las entidades jerárquicas, a partir de las formas de los animales voladores. En el fondo, la forma física de las mariposas y aves es la metamorfosis física de los seres espirituales. Aclaro: no son los seres espirituales los que se metamorfosean, sino que son trasunto metamorfoseado; naturalmente, son seres distintos.

De ahí que encontrarán plausible que, vinculándome con algo que ya expliqué previamente, les haga el siguiente dibujo*: durante toda su vida, la mariposa que es, propiamente, ente de luz, está mandando al cosmos materia terrenal espiritualizada, materia a la que quiero

* No contenido en la transcripción.

llamar, valiéndome de un término consagrado en heliofísica, "corona de mariposa". En esta corona lepidóptera que irradia hacia el Cosmos, se inserta lo que la estirpe de las aves, al morir, entrega al Cosmos. Desde fuera, se ofrece, pues, el aspecto de una corona fulgurante que emana de la estirpe de las mariposas — incluso subsiste en invierno, según ciertas leyes — y en la que se entreteje, en forma más bien radial, la emanación de las aves.

Cuando el hombre se dispone a descender del mundo espiritual al físico, lo primero que le atrae a la existencia terrenal es esa corona lepidóptera, en tanto que los rayos de la "corona de aves" se sienten más bien como fuerzas de atracción centrípeta.

He ahí, pues, un significado aún más elevado, de lo que vive en la atmósfera; y es que hay que desentrañar lo espiritual que, por doquiera, palpita en la realidad. Buscándolo, se descubre el significado de cada uno de los diferentes campos ónticos.

La Tierra, pudiéramos decir, invita al hombre a reencarnar, emitiendo al espacio cósmico la irradiación fulgurante de la corona lepidóptera y los rayos de la corona de aves: he ahí los dos incentivos que sugestionan al hombre hacia la existencia terrenal tras de haber pasado un intervalo en el mundo espiritual. No es de sorprender, pues, que le sea difícil al hombre descifrar el complejo sentimiento que le embarga ante el mundo de las mariposas y de las aves; la realidad que en ese sentimiento subyace, se halla profundamente depositada en nuestra subconsciencia: es el recuerdo de aquella añoranza que nos atrajo a la existencia terrenal.

Esto, a su vez, se relaciona con algo que ya les he expuesto anteriormente, o sea, que el hombre, después de atravesar el umbral de la muerte, descarta su cabeza

esparciéndola, en tanto que el resto del organismo se transforma — desde luego, en cuanto a sus energías, no a su materia — en la cabeza de la siguiente existencia terrena. Al afanarse, pues, por el retorno a la Tierra, el hombre va, propiamente, en pos de la cabeza, lo primero del embrión, en una forma que ya guarda semejanza con la posterior figura humana. El que todo esto sea así, se relaciona con el hecho de que esa orientación hacia la cabeza se halla entrañablemente emparentada con lo que palpita y teje en el mundo alado que atrae al hombre de la existencia supra-sensible a la sensible.

Sólo después de que el embrión ha recibido su organización cefálica, se modela en el seno materno el sistema digestivo, modelación impulsada por las fuerzas de la Tierra. Así como lo de arriba se halla unido a lo calórico-aéreo, del mismo modo, se relaciona con el elemento térreo-húmedo lo de abajo, réplica de fases tardías de la filogénesis y nuevamente adjuntado al hombre en la ontogénesis durante el período embrional. Mas ese elemento térreo-húmedo requiere una preparación muy especial para que quede apropiado al hombre, preparación que recibe precisamente en el seno materno. Si ese elemento, abandonado a sí mismo, se da su propia estructura ahí fuera, dispersado en lo telúrico, remata y se objetiva en las formas animales inferiores: anfibios, reptiles, peces, y animales todavía más bajos.

En tanto que la mariposa tiene derecho de considerarse ente de luz, y el ave ente aéreo calorífero, no pueden hacerlo los mencionados animales inferiores. Veamos, para empezar, a los peces en su forma actual, tal como se engendran en el mundo externo, abandonados a la morfogénesis externa, donde actúan sobre ellos, desde fuera, las fuerzas que influyen en el hombre

desde dentro. El pez vive preferentemente en un medio acuoso, pero no olvidemos que el agua no es solamente combinación química de hidrógeno y oxígeno, sino que se halla saturada, además, de toda clase de fuerzas cósmicas: las fuerzas siderales se introducen en el agua, y no viviría en ella el pez, si fuera simplemente combinación homogénea de hidrógeno y oxígeno. Y así como la mariposa se siente ente de luz, y el ave ente aéreo calorífero, asimismo, el pez se siente ente térreo-acuoso. El agua propiamente tal que él absorbe, no la siente como su verdadero ser.



El ave siente el aire por ella absorbido, como su esencia; aire que lo penetra, que se difunde por todas partes y que recibe su calor: ése es su ser.

El pez tiene el agua dentro de sí, pero no se siente identificado con ella; tiene la sensación de ser él lo que encierra el agua, su entorno, su cubierta coruscante, su concha; pero el agua misma la siente como elemento que le es ajeno, que entra y sale de él y que, en ese entrar y salir, le aporta el aire que necesita. Ambos, agua y aire, los siente ajenos en cuanto a pez físico, más no olvide-

mos que el pez posee también cuerpo etéreo y astral. Y he aquí precisamente la peculiaridad del pez: debido a que se siente como envoltura, y que el agua permanece unida al resto del elemento acuoso, siente al éter como su medio vital propiamente; no así lo astral, que lo estima ajeno. El pez es el animal etéreo por excelencia; en lo particular, es la capsula física del agua; y el agua que se encuentra en su interior, la siente el en comunicación con todas las aguas del mundo. Por doquiera, a través suyo la humedad se continua; y es a través de esa humedad que el pez percibe, a la vez, el éter. Los peces son mudos, pero si pudieran hablar y expresar lo que sienten, dirían: "soy cápsula, pero cápsula que contiene un elemento acuoso extendido en todas direcciones, y vehículo del elemento etéreo: propiamente, nado en el éter; el agua no es sino maya, el éter es la realidad". De ahí que el pez siente su propia vida como la de la Tierra; por eso, participa entrañablemente en todo lo que nuestro planeta sufre durante el ciclo de las estaciones: salida de las fuerzas etéreas en verano, su retracción en otoño. Siente el pez algo que respira en la Tierra toda: el éter es, para el, la función respiratoria de la Tierra.

Hace algún tiempo, el Dr. Wachsmuth hablo aquí sobre la respiración de la Tierra, muy Linda disertación. El pez, de saber oratoria, hubiera podido exponer el tema con base en su propia experiencia; porque todo lo que dijo el conferenciante, lo siente el siguiendo los fenómenos correspondientes. El pez es el animal que participa de la vida respiratoria de la Tierra a lo largo del año, porque lo que le importa es precisamente el elemento vital etéreo cuyas olas se hallan en constante vaivén y en constante renovación, elemento que tan solo arrastra de remolque los demás ingredientes de la respiración.

Diferente es la situación de los reptiles y anfibios; las ranas son sumamente características. Esos animales no tienen tanta conexión con el elemento etéreo del Cosmos, sino más bien con su astral. Si se le pregunta al pez: ¿qué hay de ti?, respondería: "en la Tierra soy criatura formada por el elemento térreo-húmedo, pero mi verdadera vida es la de la Tierra entera con su respiración cósmica". No es esto lo que diría la rana, por participar de la astralidad de extensión universal.

Al hablar de las plantas, describí cómo la astralidad cósmica roza la flor por arriba; oportunamente ampliaré ese tema. Así como el pez se halla unido al cuerpo etéreo de la Tierra, del mismo modo la rana se halla unida a su astralidad, en realidad, a su cuerpo astral. El pez se la reserva más bien para sí mismo; en cambio, la rana retiene su cuerpo etéreo, en mucho mayor grado que el pez, pero vive en la astralidad, de suerte que participa vitalmente de los procesos astrales que transcurren en el ciclo anual, cuando la Tierra pone en juego su astralidad en la evaporación y precipitación del agua. Desde luego, el individuo de orientación materialista, dirá: "el agua se evapora en virtud de tales o tales fuerzas aerodinámicas o aero-mecánicas. Observando el ascenso, se ve que se forman las gotas, y cuando alcanzan cierto peso, caen a la Tierra". Lo que sería similar a establecer una teoría de la circulación sanguínea del hombre, sin tener en cuenta que, en esa circulación, todo es vida. Así, en el ciclo del agua que sube y baja, se halla en actividad la atmósfera astral de la Tierra, su astralidad. Y no es fábula, sino realidad, si les digo: precisamente las ranas participan vitalmente de ese juego astral que se despliega en las condiciones meteorológicas. No solamente recurrimos a ellas para que nos pronostiquen el tiempo, de la consabida manera sencilla,

gracias a que vibran al unísono con ese juego, por hallarse metidas, con su propia astralidad, en la de la Tierra: la rana no dice que tiene sentimientos, sino que es tan sólo vehículo de lo que siente la Tierra en sus períodos de lluvia, sequía, etc. Por esta razón, tenemos también, bajo determinadas condiciones meteorológicas, los conciertos de ranas, más o menos agradables o antipáticos, conciertos que son, en lo esencial, expresión de lo que captan las ranas del cuerpo astral de la Tierra. En verdad, las ranas no croan porque sí, sino porque derivan su croar del Cosmos entero; viven con la astralidad de la Tierra.

Esto nos lleva a sustentar: los seres que viven en el elemento térreo-húmedo se hallan organizados para convivir con lo terrestre: la vitalidad y sensibilidad terrestres del pez, de la rana, de los reptiles y anfibios en general. Es verdad que el organismo digestivo humano se estructura según un esquema interno; sin embargo, para comprender su funcionamiento, hemos de dirigirnos a la familia de los anfibios y reptiles, a quienes, cual soplo desde fuera, se les dota de las mismas energías que el hombre moviliza a través de su aparato digestivo: el cosmos exterior forma la naturaleza externa —serpientes, sapos, lagartijas y ranas— con ayuda de las mismas fuerzas que sirven al hombre para su digestión. Quien realmente pretende estudiar la naturaleza del colon humano, pongamos por caso, con sus funciones secretorias, tendrá que estudiar los sapos, porque ellos llevan como dotación externa lo que en el colon humano actúa por dentro. Esta descripción no puede ser tan bella como la que les di de las mariposas, pero en la Naturaleza hay que estudiarlo y aceptarlo todo, con ecuanimidad objetiva.

Así vamos adquiriendo una idea del papel que la Tierra, a su vez, desempeña en la vida del cosmos. ¿Cuáles son sus órganos que pudiéramos calificar de secretorios?: la Tierra segrega no solamente los productos desvitalizados de la secreción humana, sino los vivientes, y sus verdaderas secreciones son, por ejemplo, los sapos, en quienes la Tierra se despoja de lo inservible.

Todo lo cual nos permite apreciar que, por doquiera, hay correspondencia entre el exterior de la Naturaleza y la interioridad. Quien diga: "ningún espíritu creado penetra en el interior de la Naturaleza", no se da cuenta de que ese interior se halla en todas partes presente en el mundo externo. Así, comprendiendo el teje y maneje en el cosmos exterior, se puede estudiar al hombre integral en cuanto a su ser interno, y estudiarlo desde la cabeza hasta las extremidades: el mundo y el hombre se pertenecen entrañablemente. Podríamos dibujar el siguiente esquema*: aquí la gran circunferencia; que concentra en un punto su potencia. Esa gran circunferencia genera otra, más pequeña, en el interior, la que, a su vez, da origen a otra, más pequeña todavía; en tanto que el punto genera otra pequeña circunferencia por irradiación desde él: lo que está dentro, continúa irradiando. Y se continúa repitiendo la generación de circunferencia en circunferencia, a la vez que lo que está en el hombre, proyecta sus radios más y más hacia afuera: lo externo humano entra en contacto con lo interior del cosmos. Ahí don-de nuestros sentidos encuentran al mundo, se reúne lo que va del hombre afuera con lo que va del cosmos adentro. En este sentido, el hombre es un microcosmos frente al macrocosmos;

* No contenido en la transcripción.

contiene todas sus maravillas y secretos si bien con tendencia opuesta.

Para la evolución ulterior de la Tierra, sería muy adverso que sólo existiera lo que he descrito hasta ahora: la Tierra segregaría los sapos, hasta el día en que, truncándose su continuidad, perecería al igual que el ser humano físico. Pero es que, hasta ahora, sólo hemos enfocado al hombre en su relación con los animales, y hemos tendido un pequeño puente hacia los entes vegetales. Habremos de adentrarnos más en el reino vegetal, y luego en el de los entes minerales, para darnos cuenta de que éstos se han generado en la época telúrica; de que las rocas de granito de las montañas primordiales fueron sedimentadas, pieza por pieza, por las plantas, en tanto que las rocas calcáreas corresponden a sedimentaciones de animales posteriores. El reino mineral es sedimentación del vegetal y animal, particularmente de los animales inferiores. Los sapos y los peces, por haber trascendido los niveles inferiores, no pueden hacer una significativa aportación al estrato mineral de la Tierra; en cambio, los animales propiamente inferiores y las plantas sí aportan muchísimo. Los entes inferiores con sus corazas de sílice y de cal, depositan la sustancia que ellos forman, primero, a partir de su naturaleza animal o vegetal, y luego se desintegra lo mineral. Y cuando esto ocurre, una suprema potencia se apodera de los productos de desintegración de lo mineral, y con ellos construye nuevos mundos. La presencia de lo mineral en determinado lugar, puede cobrar singular importancia.

Repasemos la evolución terrestre, las metamorfosis de calor, de aire, de agua, la mineral-térrea. La cabeza humana ha participado en todas ellas; en la mineral, exteriorizándose, por de pronto, en el esqueleto cranea-

no que, a pesar de hallarse en vías de degradación, no deja de conservar cierta vitalidad. Asimismo, encontramos su participación de una segunda manera, mucho más pronunciada, en la metamorfosis térreo-mineral: en el centro del encéfalo, existe un órgano de forma piramidal, la hipófisis. La hipófisis, en la cercanía de los tubérculos cuadrigéminos y del "tubérculo visual" segrega la llamada arena encefálica, piedritas color de amarillo limón que se acumulan en un extremo de la hipófisis, donde constituyen lo verdaderamente mineral de la cabeza humana. Si falta lo mineral, si el hombre no lleva en sí esa arena encefálica, es idiota o cretino. En el individuo normal, la hipófisis es relativamente grande; los cretinos la tienen del tamaño de una semilla de cáñamo y no puede segregar arena encefálica.

En este inserto mineral, se aposenta la parte espiritual del hombre, patentizando que lo vivo no puede servir de albergue al espíritu humano, sino que éste, para subsistir en autonomía, requiere un sustrato inorgánico.

Ha sido hermosa la secuencia que hemos seguido en el descenso, desde la formación de la cabeza, de la mariposa y la de las aves, hasta los reptiles y peces. Emprendamos ahora el reascenso, y detengámonos en algo que puede procurarnos la misma satisfacción que la serie animal: la vegetal y la mineral. Y así como, de la serie animal, hemos podido derivar intuiciones relacionadas con el pasado, podremos derivar de la serie mineral, augurios positivos para el futuro de la Tierra. Con este objetivo, será necesario, en próximas conferencias, ocuparnos de los animales en transición desde múltiples aspectos, pues en mi presentación sintética, sólo he podido referirme a los principales, que ocupan puntos clave de la evolución.

TERCERA PARTE

EL MUNDO VEGETAL Y LOS ESPÍRITUS ELEMENTALES DE LA NATURALEZA

*La palabra cósmica
no es una combinación de sílabas: es el
concierto de innumerables entidades*

SÉPTIMA CONFERENCIA



El mundo visible, accesible a la percepción externa, y el invisible, integran un todo, lo que se pondrá particularmente en evidencia si desviamos ahora nuestra mirada de los animales a las plantas.

El mundo vegetal que nos deleita, germina y brota de la tierra, y da origen a una sensación que hemos de calificar de misteriosa. En el caso del animal, aunque se nos antoje misteriosa tanto su voluntad como toda su actividad interna, podemos, no obstante, decir: esa voluntad ahí está, y de ella son efectos la forma y manifestaciones del animal. En cambio, en el caso de la planta, que aparece en la superficie terrestre en tan gran variedad de formas, y que, de manera por de pronto misteriosa, se desarrolla a partir de la semilla con ayuda de la tierra y de la atmósfera, hemos de suponer la presencia de otro agente para que el mundo vegetal pueda manifestárenos precisamente en la forma en que lo hace.

La visión espiritual aplicada al mundo de las plantas, nos conduce inmediatamente a una plétora de entidades, que, bien conocidas en los antiguos tiempos de la clarividencia instintiva, luego se olvidaron y hoy ya no representan más que nombres utilizados por los poetas, sin que la humanidad moderna les atribuya realidad alguna.

Pero en la misma medida en que se les niega existencia real a las entidades que zumban y tejen en derredor de la planta, en esa misma medida se pierde la com-

comprensión del mundo vegetal, esa comprensión tan necesaria para el arte terapéutico*, perdida por completo para la humanidad moderna.

Ya hemos destacado una importante relación entre el mundo de las plantas y el de las mariposas; mas para su mayor plasticidad, hemos de ahondar el teje y maneje del mundo vegetal.

La planta hunde su raíz en el suelo. Quien se detiene ante lo que esto significa, el que penetra esa raíz con mirada espiritual, y no puede ser otra, se da cuenta, al mismo tiempo, que lo radical de la planta se halla circundado y circuntejido por doquiera, por geniecillos elementales de la Naturaleza. Estos geniecillos radicales, antiguamente designados como gnomos, los podemos observar, con visión imaginativa e inspirada, con la misma convicción con que, al nivel físico, observamos la vida humana y la animal. Nuestra mirada puede, como si dijéramos, penetrar el psiquismo de ese pequeño mundo de genios elementales radicales. Son, en verdad, esos geniecillos, una estirpe muy peculiar de la población terrestre: por de pronto, invisibles para la mirada externa, pero visibles sus efectos, pues no podría formarse raíz alguna, si esos extraños seres no mediaran entre la raíz y la tierra circundante. Son ellos los que ponen en circulación lo mineral de la Tierra y lo transportan a las raíces de las plantas. Naturalmente, que en eso me refiero al proceso espiritual subyacente.

Estos geniecillos radicales por doquiera existentes en el suelo, que se sienten particularmente a sus anchas dentro de las piedras y rocas más o menos transparen-

* Véase "Fundamentos para la ampliación del arte de curar". Editorial Antroposófica.

tes, o de transparencia metálica, a sus anchas por hallarse propiamente en su hogar, cuando se trata de transmitirle a la raíz vegetal lo mineral, esos geniecillos digo, poseen una espiritualidad interna sólo comparable a la existente en el ojo u oído humano. ¿Por qué? Porque son, en cuanto a su espiritualidad, enteramente función sensoria; no son otra cosa que sentido, que es, a la vez, entendimiento, es decir, sentido que no sólo ve y oye, sino que, simultáneamente con el ver y oír, entiende lo visto y lo oído; que por todas partes recibe, no solamente impresiones, sino también ideas.

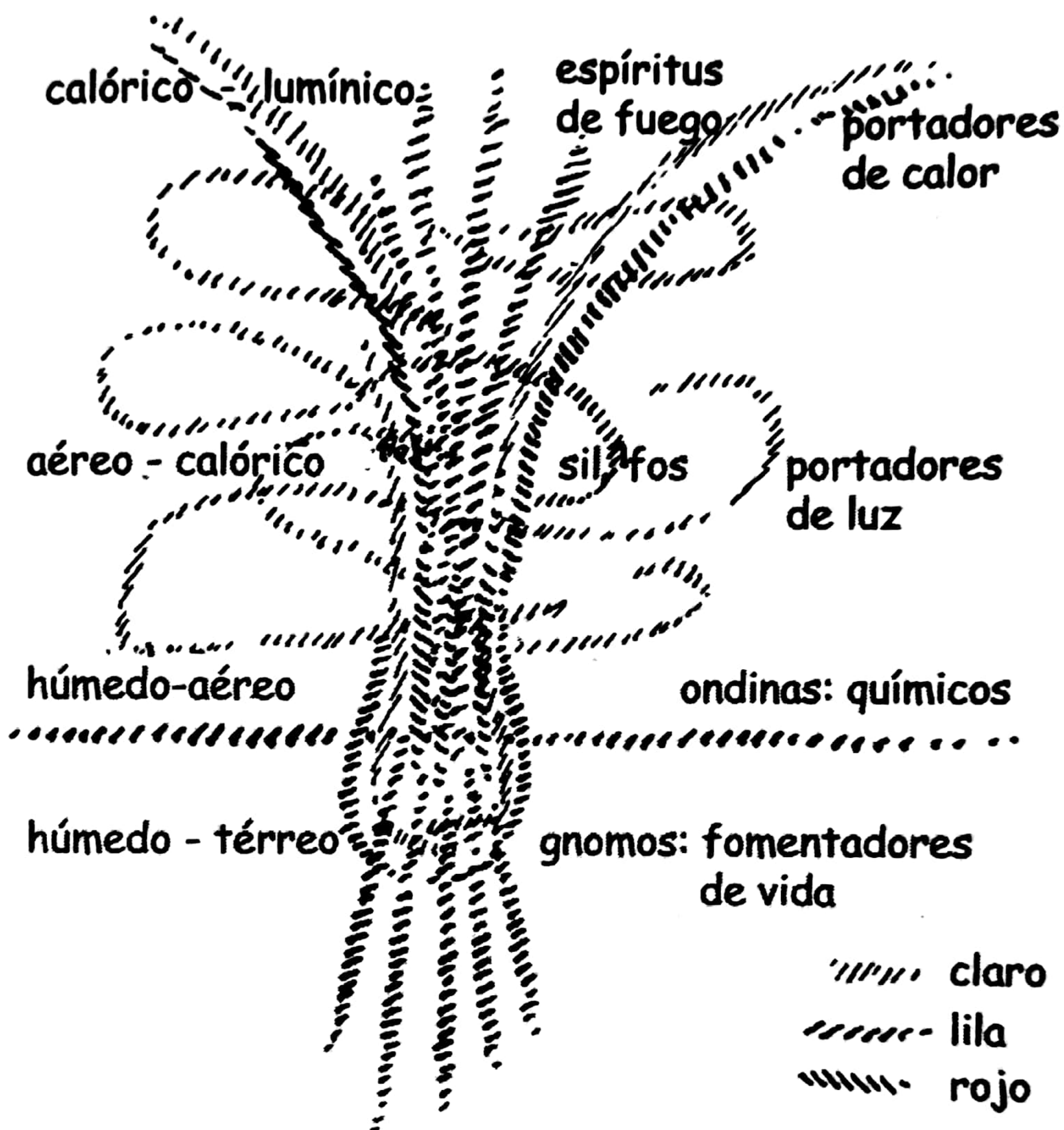
Es más, incluso podemos señalar de qué manera esos genios radicales reciben sus ideas. Veámoslo. La planta brota de la tierra, y, como seguidamente mostraré, entra en relación con el Universo extraterrestre y, en determinadas estaciones, las corrientes espirituales fluyen desde arriba, desde la flor y el fruto, hacia la raíz, y se internan en la tierra. Y así como nosotros dirigimos el ojo hacia la luz, y vemos, del mismo modo los genios radicales dirigen su actividad perceptiva hacia lo que, desde arriba, se instila en la tierra pasando por las plantas. Y lo que ahí se les instila es lo que la luz ha proyectado en las flores, lo que el calor solar ha introducido en las plantas, lo que el aire ha efectuado en las hojas, e incluso lo que los lejanos astros han configurado en la planta. El vegetal recoge los secretos del Universo, los hunde en el suelo, y los gnomos, reciben por último esos secretos, extrayéndolos de lo que, a través de las plantas, espiritualmente se les instila. A partir del otoño y a través del invierno, se llevan consigo, en sus peregrinaciones por rocas y piedras, lo que, de este modo, se les ha infundido, y se convierten en portadores de las ideas de todo el Universo, y las impregnan en la Tierra. Miremos hacia fuera, hacia el vasto mundo: este mundo

construido por el espíritu cósmico es, en verdad, incorporación de las ideas cósmicas. Los gnomos para quienes las plantas son lo que los rayos solares para nosotros, acogen las ideas cósmicas y las llevan, en plena conciencia, de roca en roca, de piedra en piedra, en el interior de la Tierra.

Penetremos las honduras de la Tierra, no para buscar en ellas ideas abstractas en pos de leyes materiales que actúan mecánicamente, sino para percibir los gnomos en su ambular y trasgugar, luminosos custodios de la inteligencia cósmica. Debido a que, para los gnomos, coincide el ver con el saber, poseen, en comparación con el hombre, un saber que es comparable con la percepción; son entes intelectivos en pureza; son enteramente inteligencia, pero inteligencia universal, que mira con cierto desdén a la imperfecta inteligencia humana. Los gnomos se ríen un poco de la inteligencia fatigosa y asmática con la que tratamos de captar las cosas, en tanto que ellos no tienen ninguna necesidad de reflexionar; ven lo que es inteligente en el mundo, y se ponen irónicos cuando observan el ajetreo del hombre para desentrañar esto o aquello. ¿Cómo es posible — dicen — que uno tenga que jadear en la reflexión? ¿Se sabe todo con sólo percibir! Los hombres son tontos porque tienen que empezar por reflexionar”.

La ironía de los gnomos raya en grosería cuando se enfrentan con la lógica, pues ¿para qué sirve algo tan superfluo como un instructivo para el pensar? Los pensamientos simplemente existen; las ideas simplemente circulan por las plantas. ¿Por qué los hombres no meten su nariz en la Tierra, tan profundamente como la raíz de la planta, y dejan que se instile por su nariz lo que el Sol murmura a las plantas? ¿Entonces sí aprenderían algo!

pues con la lógica sólo se alcanzan diminutos fragmentos del saber.



Así, los gnomos son, en el seno de la Tierra, los portadores de las ideas del Universo. Pero no les gusta la Tierra en sí; retozan en ella, con ideas del Universo, aunque odien propiamente lo terrestre; quisieran escabullirse. A pesar de todo, y aunque constituye constante peligro, permanecen en la Tierra, y ya verán ustedes por qué. ¿En qué consiste ese peligro?: lo terrestre amenaza siempre a los gnomos a que adopten cierta figura, a saber, la configuración de los anfibios, particularmente de las ranas y sapos. Y la sensación de los gnomos es: "si

nos confundimos demasiado con la Tierra, tendremos la figura de rana o de sapo". Y se hallan continuamente alertas en impedir el terrenalizarse excesivamente, para no adoptar figura terrestre; se defienden contra la amenaza de convertirse en anfibios dentro del elemento térreo-húmedo: se hacen impermeables a ese elemento y se saturan de las ideas del Universo extraterrestre. Esto es lo que ellos representan dentro de la Tierra, lo extraterrestre; evitan su identificación con ella, que les produciría la forma anfibia. Por esa antipatía contra lo terrestre, los gnomos adquieren la fuerza de empujar las plantas fuera de la tierra.

Con fuerza básica repulsiva, los gnomos se apartan de lo terrestre, y este empujón determina la dirección ascendente del crecimiento de las plantas: la arrastran consigo. El que la planta, por una parte, arraigue en el terruño, y, por la otra, se yerga encima de él, se debe a la actitud de los gnomos frente a lo terrestre.

Una vez crecidas, una vez salidas del dominio húmedo-térreo de los gnomos y pasadas al de lo húmedo-aéreo, las plantas desarrollan las tendencias cuya manifestación externa son las hojas. En la formación de las hojas, actúan otras entidades distintas: los geniecillos acuáticos, espíritus elementales del agua, al que la antigua clarividencia instintiva daba el nombre de ondinas.

En cuanto a su naturaleza interna, las ondinas difieren de los gnomos: no pueden dirigirse al Universo cual órgano sensorio espiritual. Propiamente, no pueden entregarse al teje y maneje del cosmos entero sino dentro del elemento aéreo-húmedo, por cuya razón no son tan lúcidos como los gnomos. Las ondinas se encuentran en permanente ensueño, ensueño que determina, a la vez, su propia figura; no odian lo terrestre tan inten-

samente como los gnomos, pero sí les afecta lo terrestre. Viven en el elemento etéreo del agua, nadando y flotando en él, y tienen particular sensibilidad contra todo lo que comparta la naturaleza de los peces, porque les amenaza esa figura, figura que adoptan a veces momentáneamente, para luego abandonarla y pasar a otra metamorfosis: sueñan su propia existencia. Y en ese ensueño, atan y desatan, atan y desatan las sustancias del aire misteriosamente, introduciéndolas en las hojas, combinándolas con lo que los gnomos han empujado hacia arriba. Las hojas arriba, obra de los gnomos, se secarían de no acercárseles desde todos lados las ondinas, para cuya función dentro de su conciencia soñadora, no hay mejor nombre que el de alquimistas universales. Las ondinas sueñan con la asociación y disociación de las sustancias. Y ese elemento onírico en el que se internan las plantas al ascender del suelo, es el "químico universal" que, partiendo de la hoja, opera la misteriosa asociación y disociación de las sustancias del mundo vegetal. De modo que podemos decir: las ondinas son los químicos del reino vegetal; sueñan la química; poseen una sutilísima espiritualidad cuya morada se ubica ahí donde el agua y el aire se reúnen; y si Bien residen enteramente en el elemento húmedo, cumplen su verdadera función cuando llegan a alguna superficie de ese elemento acuoso, aunque se trate solamente la de una gota, pues todo su afán es preservarse de adoptar permanentemente la figura de pez. Las ondinas quieren quedar en la metamorfosis, en perpetua transformabilidad. Pero en esta transformación en la que sueña con la estrellas y con el Sol, con la luz y con el color, se convierten en los químicos que a partir de la hoja, promueven la configuración de la planta que la fuerza de los gnomos ha impulsado hacia arriba. Así, la planta desarrolla

el crecimiento de las hojas, y lo misterioso de ese crecimiento se nos revela como ensueño de ondinas, en el que la planta creciendo se interna.

Mas en la misma medida en que se realiza ese proceso, la planta va penetrando en el estrato de los espíritus que viven en el elemento aéreo-calórico, como los gnomos viven en el húmedo-térreo, y las ondinas en el húmedo-aéreo; la antigua clarividencia denominaba a esos espíritus silfos.

Considerando que el aire se halla por doquiera impregnado de luz, los silfos, moradores del elemento aéreo-calórico, avanzan hacia la luz, se emparentan con ella, y son particularmente receptivos a los mayores movimientos gaseosos dentro de la atmósfera. Si en primavera u otoño, ustedes ven un enjambre de golondrinas que, en su vuelo, pone en oscilación el ambiente aéreo, generando una corriente, presente en cada uno de los pájaros, y que es algo audible para los silfos: resuena en ella la música cósmica. Si ustedes viajan en barco y las gaviotas se les acercan volando, ese vuelo genera una resonancia o música espiritual que acompaña el barco.

Los silfos viven en esas resonancias, y encuentran su hogar en las inducidas corrientes de aire. En este elemento aéreo, recogen lo que la energía de la luz introduce en esas vibraciones. Por eso es que los silfos, más bien entes en estado durmiente, se sienten más en casa donde el ave sesga el aire. Cuando el silfo ha de volar donde no haya aves, le parece haberse perdido a sí mismo; así cuando tiene la dicha de tener un ave a la vista, entra en un estado muy especial. En muchas ocasiones tuve que describir el proceso que lleva al alma humana a designarse como "yo"; y llamé la atención sobre la afirmación de Jean Paul, de que el hombre, al

llegar por primera vez a la conciencia del yo, echa un atisbo al recóndito santuario del alma. El silfo no puede hacer esto, sino que ve el ave y, al verla, le embarga la sensación del yo: encuentra su yo en lo que le inspira el ave que vuela por el aire. Y para que pueda ascender su yo al contacto con el mundo exterior, se convierte el silfo en portador del amor cósmico a través del espacio aéreo. En virtud de que en el silfo late algo así como un deseo humano, y que tiene el yo, no en su interior, sino en el mundo de las aves, él es, al mismo tiempo, vehículo de los deseos amorosos a través del Universo.

Por eso se percibe la más honda simpatía del silfo hacia el mundo de las aves. Así como el gnomo odia la condición de los anfibios, así como la ondina es sensible al pez y no quiere acercársele, así la sílfide se siente atraída al ave, y muy a su gusto cuando puede aportar a su plumaje el aire que vibra y resuena. Y si ustedes preguntaran al pájaro quién le enseña a cantar, les diría que su inspirador es el silfo. El silfo siente beneplácito por la forma del ave; pero dentro del orden cósmico, no puede convertirse en ella: su misión es distinta, a saber, la de llevar amorosamente la luz a las plantas. Y así como la ondina es el químico para la planta, el silfo es el portador de la luz, la impregna de luz, introduce la luz en ella.

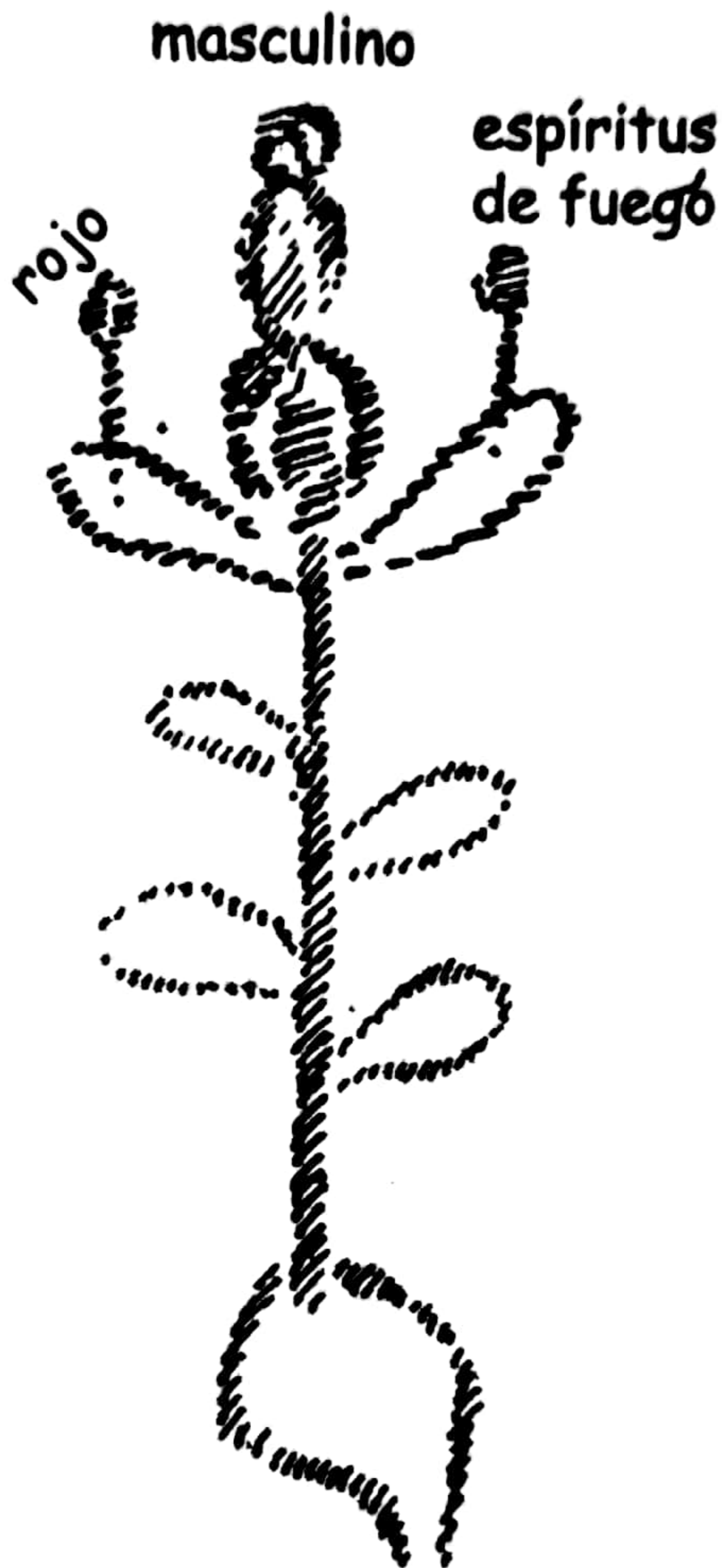
Debido a que los silfos llevan la luz a las plantas, se produce en ellas un efecto muy peculiar: la energía silfídica de la planta actúa sobre las fuerzas químicas que la ondina depositó en ella, originándose la actuación conjunta de la luz de los silfos con la química de las ondinas, extraña actividad plástica en verdad: utilizando las sustancias ascendentes sobre las que trabajan las ondinas, los silfos tejen, gracias a la luz, la figura ideal de la planta. Propiamente, tejen la protoplanta, a partir de la

energía lumínica y del trabajo químico de la ondina. Y cuando, al acercarse el otoño, se marchita la planta; cuando se pulveriza su materia física, las formas vegetales se desintegran cayendo como gotitas que perciben los gnomos: perciben lo que han provocado en las plantas el sol a través de los silfos, y el aire a través de las ondinas. Así pues, durante todo el invierno, los gnomos están ocupadísimos percibiendo lo que desde las plantas cae, cual rocío al suelo; y así captan las ideas cósmicas objetivadas en las formas del mundo vegetal, modeladas con ayuda de los silfos, e introducidas en el suelo como configuración ideica espiritual.

Nada saben de esa configuración los que estudian la planta tan sólo en su aspecto material, y esto los conduce a un funesto y terrible error. ¿En qué consiste?

Por doquiera, pueden ustedes encontrar en la ciencia materialista esta descripción: la planta arraiga en el suelo; por encima, despliega sus hojas; luego la flor, y, en ella, los estambres y el ovario. Más tarde, se transfiere el polen de las anteras, por lo regular de otra planta de la misma especie, al ovario que, fecundado, da origen a la semilla de la nueva planta. He ahí como rezan las descripciones: se considera el ovario como lo femenino, y lo que procede de los estambres, como lo masculino: interpretación irrefutable mientras se siga aferrado al enfoque materialista, para el cual, efectivamente, todo el proceso parece una fecundación. Pero no lo es; para comprender la fecundación y reproducción del reino vegetal, hemos de aceptar que, como obra de los grandes químicos que son las ondinas, y de los silfos, nace la forma vegetal ideica, que se hunde en el suelo donde la conservan los gnomos. Ahí está esa forma bajo tierra, contemplada y guardada por los gnomos; la tierra se

convierte entonces en seno materno para aquella forma ideica que a ella se le entrega lo que es muy distinto de lo que describe la ciencia materialista.



Aquí arriba en el esquema, la planta que ha pasado por la esfera de los silfos, entra en la de los espíritus del fuego. Y cuando el calor terrestre llega a su máximo, o cuando está en condición apropiada, esos espíritus, moradores de lo calórico-lumínico, lo recogen: del mismo modo que los silfos habían recogido la luz, asimismo los geniecillos del fuego se afanan por el calor y lo ofrendan a las plantas en floración.

Las ondinas suministran a las plantas los efectos del éter químico; los silfos, los del éter lumínico, y los genie-

cillos ígneos dotan a la flor de los efectos del éter calórico. El polen es la pequeña aeronave que les sirve para introducir el calor en la semilla. Concentrado ese calor por doquiera en los estambres, de ahí se transfiere a la semilla y al ovario. Lo que, de esta manera, se forma en el ovario es, en su totalidad, lo masculino que procede del Cosmos; no es, pues, el ovario lo femenino, ni las anteras del estambre lo masculino: en la flor no tiene lugar fecundación alguna, sino que sólo se preforma en ella la semilla masculina. ¿Dónde tiene lugar la fecundación? En la unión de la cósmica semilla masculina, resultado de la acción de los geniecillos del fuego que, en la flor, la han extraído del calor cósmico, con lo femenino que, cual forma ideica de la planta, ya anteriormente se ha instilado en el suelo y en él descansa. Para la planta, la Tierra es la madre; el cielo, el padre. Y todo lo que acontece fuera de lo terrestre, no es seno materno para la planta: es, pues, garrafal error creer que en el ovario se halla el principio materno de la planta. ¡Todo lo contrario! En él yace precisamente lo masculino, procedente del Cosmos con ayuda de los geniecillos del fuego, en tanto que lo materno se depositó previamente en la tierra, cual forma ideica de la planta, por medio del cambium, la membrana vitalizada que se extiende entre el líber y el leño. El resultado de esta colaboración de los gnomos y geniecillos del fuego, es la fecundación. En realidad, son los gnomos los parteros espirituales Para la reproducción vegetal. Tiene lugar en invierno en la región subterránea, cuando la semilla se encuentra con las mencionadas formas ideicas, que los gnomos recibieron por la acción de ondinas y silfos, y colocaron donde pudieran reunirse con la semilla fecundadora.

Se mantiene confuso el proceso de la fecundación de las plantas, debido a que no se conoce lo espiritual; a que

no se sabe que, en el crecimiento de las plantas, tejen y laten los gnomos, ondinas, silfos y los geniecillos del fuego (antiguamente llamados salamandras). Y es que la fecundación no existe fuera de la Tierra: en el mundo de las plantas, ella es la madre, y el cielo es el padre, en sentido muy literal. La fecundación se lleva a cabo en virtud de que los gnomos reciben de los espíritus ígneos el calor cósmico concentrado que, viajando en la pequeña aeronave del polen, depositaron en el ovario.

Con lo que precede, ya no les será difícil comprender cómo se lleva a cabo el crecimiento de la planta: primero, los gnomos, recogiendo el legado de los espíritus del fuego, vivifican y la empujan hacia arriba: son los custodios de la vida, que aportan a la raíz el éter vital, en el que ellos mismos viven. Luego, las ondinas custodian en la planta el éter químico; los silfos, el lumínico; y los espíritus ígneos, el calórico. Culmina todo el proceso en que el fruto del éter calórico se reúne con la vitalidad subterránea.

Así, sólo es posible comprender la planta, si se estudia en conexión con todo lo que revolotea, se teje y palpita en tomo suyo. Más todavía: sólo es posible dar con la correcta interpretación del más complejo de los procesos vegetales, si se penetra en actitud espiritual.

Teniendo esto presente, es interesante detenerse en el apunte de Goethe quien, con referencia a algún otro botánico, manifestó su disgusto porque la gente hablaba de las eternas nupcias que tienen lugar en las plantas, ahí arriba; le molestaba y le parecía antinatural la idea de que, por encima del prado, se celebraran incontables bodas: certera intuición instintiva. No podía saber todavía Goethe de qué se trataba propiamente, pero su instinto le condujo hacia lo correcto; no podía saber aún

qué es lo que pasa debajo de la tierra; que la Tierra se convierte en seno materno para las plantas, pero sí percibía instintivamente que todos los botánicos estaban equivocados en su interpretación.

He ahí, pues, la íntima conexión entre planta y Tierra. Pero todavía existe algo más.

Cuando los geniecillos del fuego, en trémulo vuelo, transmiten el polen, no tienen más que un sentimiento acrecentado, comparado con el de los silfos. Estos sienten su mismidad, su "yo", al ver el vuelo de las aves; los geniecillos del fuego sienten la suya, y en mayor medida todavía, en presencia del mundo de las mariposas, y de los insectos en general, les gusta seguir la huella de los insectos, para encauzar la distribución del calor en torno al éter calórico concentrado en el ovario. En su afán de procurar que ese éter calórico, al penetrar en la Tierra, se una con la forma ideica de la planta, sienten los espíritus ígneos entrañable parentesco con las mariposas y demás insectos; así van en pos de las huellas de los animales que vuelan de flor en flor. Observándolos, se llega a sentir que cada uno de ellos tiene su aura muy particular, inexplicable si los consideramos puro insecto. Sumamente difícil de decir cómo es el aura de la abeja, con su luminoso brillo, su maravilloso resplandor, su irisación y fosforescencia. ¿Por qué? Porque siempre le acompaña el espíritu del fuego que llega a identificarse con ella a tal grado que la visión espiritual la percibe envuelta en un aura que es, propiamente, espíritu del fuego. Cuando la abeja vuela por el aire, de planta en planta, de árbol en árbol, se halla circundada del aura que esos espíritus le suministran. El espíritu del fuego no sólo siente su "yo" en presencia del insecto, sino que quiere íntimamente unirse a él.



lila claro // // // //

rojo = = = =

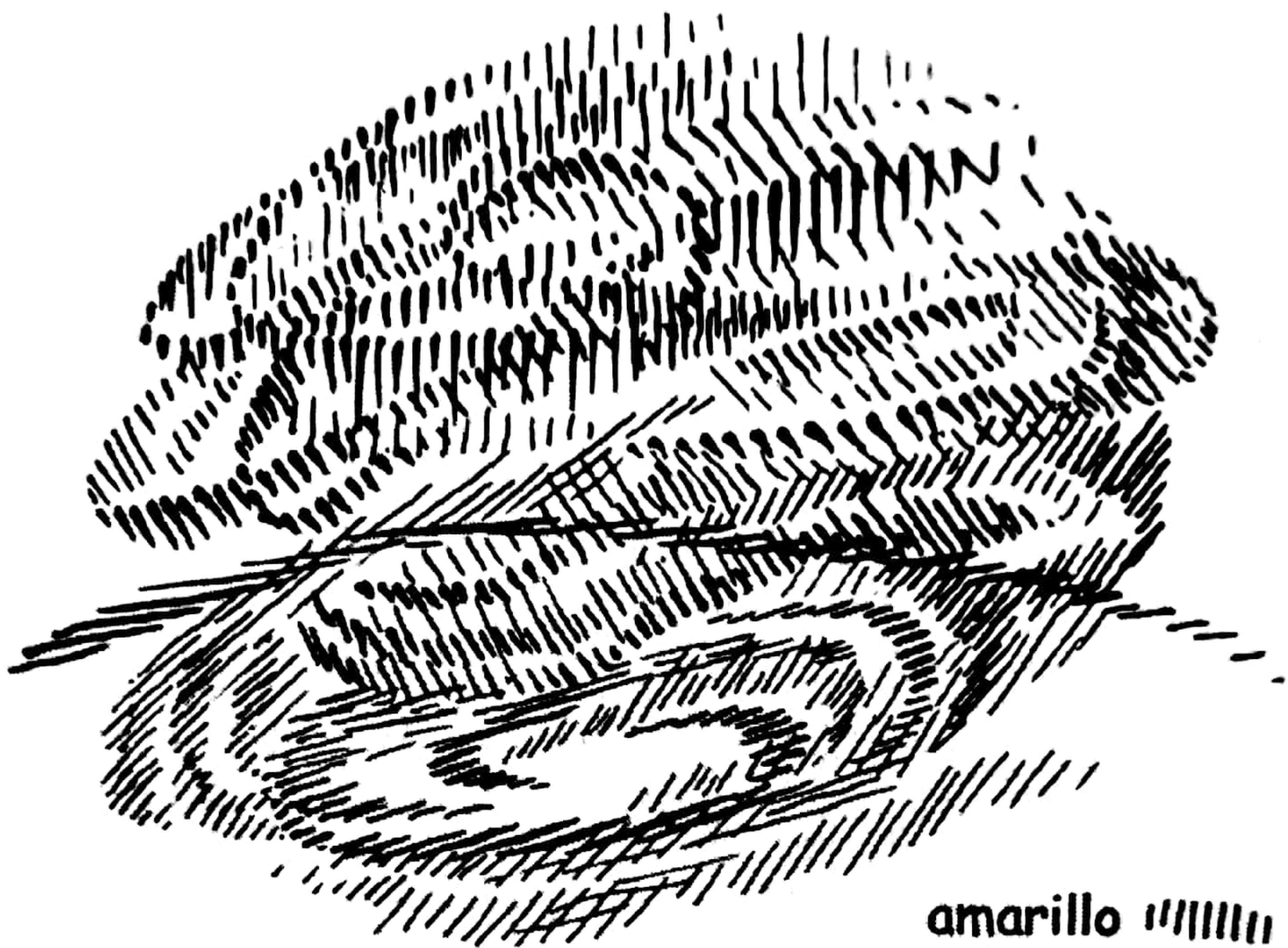
amarillo ||| ||| |||

Así, los insectos reciben el poder de que les hablé, que incluso se manifiesta en su centelleo hacia el Cosmos; reciben asimismo la fuerza de espiritualizar la materia física que se les une, y de dejar que irradie hacia el espacio cósmico. Pero así como, en el caso de la llama, el calor es el agente para que brille la luz, del mismo modo, en la superficie de la Tierra, son los insectos los que dejan que rutila hacia el espacio cósmico lo físico espiritualizado que atrae al hombre cuando ha de descender a su encarnación; y estos insectos se hallan impulsados a sus actos, por el Cosmos, por los espíritus del fuego que vibrando vuelan a su alrededor. Y en tanto que esos geniecillos, por un lado, se empeñan en procurar que la materia espiritualizada emane hacia el cosmos, tratan, por el otro, que el concentrado elemento ígneo-calórico penetre en la tierra, para despertar, con ayuda de los gnomos, la forma espiritual, infundida en ella por silfos y ondinas.

He ahí el proceso espiritual del crecimiento de la planta. Y como que lo inconsciente del hombre tiene un vislumbre de que hay algo de especial en el brotar y florecer del vegetal, se nos antoja la planta tan misteriosa. Y este maravilloso misterio no es manoseado; no se sacude el polvillo de la mariposa; y lo que de la planta normalmente deleita y enaltece al hombre, se manifiesta con prodigiosidad aún acrecentada, cuando se halla presente, no sólo su realidad física, sino toda la maravillosa actividad subterránea del mundo de los gnomos, con su inteligencia espontánea empujando hacia fuera la fuerza vegetal. Del mismo modo que la inteligencia humana no está sujeta a la fuerza de la gravedad, del mismo modo que sostenemos la cabeza sin que sintamos su pesadez, así también los gnomos con su intelectualidad luminosa superan lo terrestre y expulsan la planta. Pero la vida fenecería si no la atizara el quimismo, que las ondinas aportan y la luz impregna.

Y así vemos desde abajo, en lo azuloso-negrucosco, la fuerza de la gravedad, a la que los gnomos imparten el empuje ascendente; y oscilando en torno a la planta, insinuado en las hojas, el poder de las ondinas mezclando y desmezclando las sustancias conforme ella va creciendo. Desde arriba, de las sílfides, incide en las plantas la luz, engendrando la forma plástica que, convertida en idea, desciende al seno materno de la Tierra; además, retozan en torno a ella los geniecillos del fuego que concentran en el pequeño punto seminal, el calor cósmico, conferido junto con la fuerza germinativa, a los gnomos, de modo que ellos, ahí abajo, dan nacimiento a las plantas a partir de fuego y vida.

Recordemos, finalmente, que la tierra debe su fuerza de repulsión, su densidad, a la antipatía que los gnomos



amor-fuerza de sacrificio
(amarillo-rojo)

corriente ascendente densidad
(lila)

fuerza magnética
(azul-negro)

amarillo |||||
rojo \\\
lila // //
azul-negro ≡

y ondinas sienten contra los anfibios y peces. La densidad de la tierra es la antipatía con que esos espíritus elementales mantienen su forma. El descenso de luz y calor sobre la tierra, es, al mismo tiempo, expresión de la simpatía, sustentadora fuerza amorosa, de los silfos llevada por la atmósfera, así como expresión de la sustentadora fuerza sacrificadora de los geniecillos del fuego que desciende a la tierra en alas de todo lo que se inclina hacia abajo. Sintetizando: sobre la Tierra se conjuga la densidad, el magnetismo y la gravedad terrestres que tienden hacia arriba, con la fuerza amorosa y sacrificadora que tiende hacia abajo. Y en esta acción concertada de descenso y ascenso, se desarrolla, encima del suelo terres-

tre, la esencialidad de la planta, expresión externa de la sinfonía de amor, sacrificio, gravedad y magnetismo cósmicos.

Hemos visto, pues, de qué se trata cuando dirigimos la mirada al mundo de las plantas que nos encanta y edifica. Para comprenderlo, habremos de completar la visión física sensible, con la de lo espiritual. Esto nos permitirá, al mismo tiempo, corregir el error capital de la botánica materialista de creer que, ahí arriba, tiene lugar la fecundación, cuando, en realidad, ahí se apresta la semilla celeste masculina para su unión con lo que en el seno materno de la tierra se prepara como futura planta.

OCTAVA CONFERENCIA



Ya les he hablado de la contraparte de la realidad física, esto es, de las entidades que, suprasensibles e invisibles, acompañan a los seres y los sucesos de la Naturaleza visible y sensible. La antigua visión instintiva abarcaba no solamente lo sensible, sino también las entidades del mundo suprasensible, ocultas tras la Naturaleza, y que, hoy día, se han sustraído a la vista humana. El que esa población de gnomos, ondinas, silfos y geniecillos ígneos no pueda percibirse al igual que los animales, plantas, etc., del mundo físico-sensible, se debe a que el hombre en su evolución presente no se halla en condiciones de desplegar su naturaleza anímico-espiritual sin ayuda de sus cuerpos físico y etéreo: necesita recurrir al cuerpo etéreo como instrumento del alma, y al físico como instrumento del espíritu. Ese cuerpo físico que provee las herramientas para el espíritu, esto es, los órganos sensorios, no puede ponerse en contacto con las entidades subyacentes en el mundo físico. Lo mismo puede decirse del cuerpo etéreo que el hombre necesita para desenvolverse como entidad anímica. Así, se le escapa al hombre la mitad de su medio ambiente físico, a saber, todo aquello que integra las entidades elementales de que les hablé ayer, puesto que esos dos cuerpos inferiores no tienen acceso a ello. Pongamos en claro, para formarnos una idea de lo que queda privado el hombre actual, cuál es la verdadera índole de los gnomos, ondinas, etc.

Existe toda la hueste de animales inferiores constituidos tan sólo por masa blanda, que viven y se desenvuelven en el elemento líquido, y no tienen esqueleto alguno que les sostenga internamente. Se trata de seres oriundos de épocas relativamente recientes de la evolución telúrica, y que sólo ahora, en avanzada etapa del ciclo terrestre, llevan a cabo lo que el hombre, el más antiguo de los seres terrestres, realizó durante el ciclo saturnal, en cuanto a su estructura cefálica. Por eso, esos seres no llegan a generar las solidificaciones que pueden servirles de esqueleto sostenedor.

Ahora bien, los gnomos suplen, si bien de manera espiritual, en el mundo externo, aquello que falta a esa fauna inferior, en ascenso hasta los anfibios e incluso hasta los peces que, al fin y al cabo, no tienen más que insinuaciones de esqueleto. Sólo gracias a la existencia de los gnomos, ese escalón animal inferior llega a constituir un todo.

Y como sea que son muy variadas las relaciones de los seres se desarrolla, entre aquellos animales inferiores y los gnomos, lo que ayer describí como antipatía: los gnomos no quieren ser como esos seres inferiores, ya que, por ser entes sumamente inteligentes, rehúyen adoptar su figura. Junto con la percepción les es dada la inteligencia, de modo que en todos aspectos son contraimagen de la fauna inferior. Los gnomos, a la vez de tener el significado que puse de relieve ayer para el crecimiento vegetal, constituyen un auténtico complemento del reino animal inferior: suministran lo que ese reino no posee. El reino animal inferior tiene una conciencia sorda; en cambio, los gnomos la poseen lucidísima. Amarran los gnomos todo lo que hay de fuerzas de gravedad, y, a partir de ellas, fugaces e invisibles, modelan

su cuerpo, ese cuerpo que se halla en constante peligro de desintegración, y que les obliga a crearse a sí mismos, una y otra vez, a partir de la gravedad, para no perder su sustancia. Es por esto, para salvar su propia existencia, que se hallan atentos a lo que sucede en torno suyo; ¡no hay seres que observen la Tierra con más atención que ellos lo hacen! Pendientes de todo para salvar su vida, han de hallarse siempre vigilantes, nunca somnolientos, como suele suceder entre los hombres, pues de ser así, al instante morirían de somnolencia.

Hay un adagio alemán, de remotos tiempos, que expresa acertadamente esa característica de los gnomos: "estad atentos como duendes". Así pues, para recabar la atención de alguien, se le dice: está atento como un gnomo, el ser atento por antonomasia. Si pudiéramos sentar un gnomo en el pupitre de la primera fila del aula escolar, a la vista de todos, sería excelente modelo para que lo emularan todos los alumnos del grupo.

Pero todavía tienen otra característica: se hallan henchidos de un ilimitado afán de libertad. No se preocupan unos de otros, pues dirigen toda su atención tan sólo al mundo circundante un gnomo no se interesa por el otro; lo que les interesa superlativamente, es el mundo en que viven.

Ya hemos podido darnos cuenta de que nuestro cuerpo constituye un obstáculo para percibir a esa gentecilla; y desde el momento en que el cuerpo ya no continúa siendo un obstáculo, ¡ahí están!, al igual que otros seres naturales para la percepción visual. Quien haya experimentado, en plena conciencia, el ensueño que acompaña el dormirse, conoce bien a esos gnomos. Recuerden que, en nuestro semanario "Goetheanum", expuse que el ensueño no se presenta ante la conciencia ordinaria en

su verdadera forma, sino a través de un disfraz. También el ensueño de prima noche, lleva ese disfraz: al dormirnos, no nos separamos, de inmediato, de nuestras experiencias diurnas, sino que nos acompañan las reminiscencias simbolizadas de la vida, o los símbolos de los órganos internos: el corazón como estufa, el pulmón como ala, etc.; todo esto como mascara. Si el individuo fuera capaz de ver el ensueño sin disfraz; si, al dormirse, entrara en el mundo onírico, sin que se disfrazaran los seres que lo pueblan, entonces, precisamente en ese momento, divisaría el hombre todo ese ejército de duendes, que saldría a su encuentro.

Mas en el estado normal de la conciencia, el hombre se halla a resguardo de percibir todo esto sin preparación: le asustarían, porque, en verdad, constituyen trasuntos de todas las fuerzas destructivas que operan en el organismo. El hombre percibiría en su propia entidad, toda esa realidad destructiva que constantemente le degrada: percibidos sin preparación, los gnomos serían símbolos de la muerte. Si nunca antes hubiera recibido información de ellos con su entendimiento ordinario porque sería como si le enterraran, tal aparecería el espectáculo ahí, en el mundo astral. Desde ese mundo, lo que tiene lugar al dormirse, es un entierro por los gnomos. Todo esto vale solamente para el trance del dormirse.

Otra ampliación al mundo físico-sensible son las ondinas, esos seres acuáticos en continua transformación, que viven con el agua como los gnomos viven con la tierra. Ya hemos visto el papel que juegan las ondinas en el crecimiento de las plantas; pero también guardan relación, como entes complementarios, con los animales que ocupan un nivel algo más elevado; y que han adoptado un cuerpo terrestre de mayor grado de diferencia-

ción. Se trata de los peces, o anfibios más perfectos, que necesitan escamas como coraza dura que los cubra. Las energías que construyen ese sostén o esqueleto externo, se deben a la actividad de las ondinas. En tanto que los gnomos apoyan espiritualmente a los animales más inferiores, las ondinas proveen las envolturas a los que necesitan protección desde fuera, como por ejemplo, revestimiento de una coraza. Son ellas las que, de manera rudimentaria, les agregan lo que corresponde a nuestro cráneo, convirtiéndoles, pudiéramos decir, en cabeza. Gran tarea en el contexto de la existencia corresponde a esos seres invisibles tras el mundo visible, y por no tenerlo en cuenta, la ciencia materialista falla cada vez que trata de explicar algún fenómeno como el que acabo de mencionar. Así, por ejemplo, no es capaz de explicar cómo las criaturas inferiores logran desplazarse en un medio poco más duro que ellas mismas, por ignorar el mencionado soporte espiritual de los gnomos. Por otra parte, el fenómeno del acorazamiento constituirá siempre una dificultad para la ciencia materialista pura, porque desconoce que las ondinas, al sensibilizarse, esto es, al evitar su propia conversión en animales inferiores, expelen aquello que luego viene a revestir a los animales algo superiores, ya sea como escamas u otra forma de coraza.

También vale para las ondinas lo dicho a propósito de los gnomos: durante el normal estado de conciencia del hombre actual, el cuerpo es lo único que impide verlas como se ven las hojas de las plantas o determinados animales.

Cuando el hombre entra en el sueño profundo sin sueños, y si él, en ese estado, llega a penetrar el sueño gracias al don de la Inspiración, su mirada espiritual capta las ondinas, emergiendo del mar de astralidad en

el que, al dormirse, le sepultaron y ocultaron los gnomos: se hacen visibles en el sueño profundo. El sueño anula la conciencia ordinaria, mas no la esclarecida conciencia inspirativa; durante el sueño, ésta tiene por contenido el prodigioso mundo de lo fluido en vías de devenir que, de múltiples maneras, se encrespa condensándose en las metamorfosis de las ondinas. Así como, para la conciencia diurna, nos vemos rodeados de los seres de contornos fijos, del mismo modo la nocturna conciencia iluminada presenciaria el espectáculo de una mar de seres en transformación, en constante pleamar y resaca. Propiamente, el sueño profundo se halla henchido de un agitado mar de entidades vivas que rodean al hombre, las ondinas.

Distinto es el caso de los silfos: también ellos constituyen el complemento de ciertos entes animales, si bien en dirección diferente.

Los gnomos y las ondinas agregan lo cefálico a los animales carentes de cabeza; inversamente, las aves son, propiamente, pura cabeza, pura organización cefálica. A ésta, los silfos agregan, de modo espiritual, lo que le falta como su complemento corpóreo; complementan pues, la estirpe de las aves hacia el área que, en el hombre, corresponde al sistema metabólico-motor. En tanto que las aves vuelan por el aire con sus piernas atrofiadas, los silfos tienen extremidades poderosamente conformadas, y representan en el aire, de modo espiritual, lo que la vaca al nivel de la materia física. Por eso, pude decir que los silfos encuentran en la estirpe de las aves su "yo" que los une a la Tierra: el hombre recibe su yo en la Tierra; los silfos se hallan unidos a la Tierra gracias a las aves; a ellas, les deben su "yo" o, por lo menos, su conciencia de él.

Después de haber dormido de noche, de haber estado rodeado del mar astral que se configura en las más variadas formas de ondinas, despierta el hombre y entra en su ensueño matutino. Si este ensueño no se enmascara con reminiscencias de la vida o símbolos de órganos internos — como lo hemos visto a propósito del vespertino — esto es, si el hombre viera ese sueño sin disfraz, se hallaría frente al mundo de los silfos.

Los silfos adoptarían entonces una forma extraña: serían como un mensaje del sol de efecto aletargante sobre él, y ya explicaré por qué. No obstante, si el hombre pudiera percibir el ensueño matutino sin disfraz, recibiría la sensación de una trémula invasión de luz; sentiría con desagrado como si las extremidades de los silfos hilaran y tejieran una malla en torno suyo, como si la luz le atacara desde todos lados, como si fuera algo que nos embargara produciéndonos alergia. Quizás, alguna vez podría sentirlo como caricia de la luz. Todas mis palabras son puras insinuaciones a cómo se acerca la luz sostenedora y tanteadora, en forma de silfos.

Finalmente, los espíritus ígneos constituyen el complemento a la fugaz naturaleza de las mariposas. La mariposa desarrolla su cuerpo físico sólo en mínima proporción: deja que se quede lo más delgado posible; pero la mariposa es un ente lumínico, y los geniecillos del fuego tienen la función de complementar su cuerpo. Podemos, así, obtener la siguiente impresión: si, por un lado, tenemos la mariposa física y nos la imaginamos correspondientemente aumentada y, por el otro, un espíritu ígneo — sólo excepcionalmente se encuentran juntos, en los casos que mencioné anteriormente — y luego los fusionamos, obtenemos algo así como un hombre alado. Basta con aumentar el tamaño de la mari-

posa y concebir los espíritus del fuego adecuados a la estatura del hombre: he ahí el hombre alado.

Los seres ígneos son, pues, propiamente, el complemento de esos seres animales más cercanos a lo espiritual, su complemento abajo, o sea, los gnomos y las ondinas son complementos arriba; los silfos y los espíritus del fuego son complemento abajo, de las aves y mariposas. Así pues, hemos de conjugar los espíritus del fuego y las mariposas.

Así como el hombre puede penetrar el ensueño durmiente, puede calar asimismo la vida de vigilia. Durante esta vida diurna, el hombre recurre a su cuerpo físico de manera excesivamente tosca; no se le ocurre, ni por asomo, que podría observar continuamente los seres ígneos, en íntimo parentesco con el pensamiento humano que tiene su sede en el sistema cefálico. En cambio, si el hombre logra completamente situarse en la conciencia de vigilia, ser sesudo, tener ambos pies firmemente en el suelo y, simultáneamente, estar fuera de sí; si logra ser, al mismo tiempo, él mismo y el de enfrente, lo que implica poder contemplarse a sí mismo como entidad de pensamientos: entonces se percata de que los espíritus del fuego constituyen el elemento del mundo cuya percepción permite, a la vez, la de nuestros propios pensamientos.

Aquí cabe una digresión personal: si observamos la evolución terrestre, no desde el cuerpo humano sino desde la esfera de los espíritus ígneos, esto es desde la esencia saturnal que se extiende hasta dentro de la Tierra, se obtiene la imagen que traté de presentar en mi "Ciencia Oculta"*. En este libro pretendí que los pensa-

* R. Steiner, La Ciencia Oculta, edit. Antroposófica.

mientos que encierra, parecieran como contenido mental del mundo desde la perspectiva de los seres ígneos.

Sin duda, estas verdades tienen un profundo significado real en sí, y asimismo lo tienen para la vida humana. Veámoslo en los gnomos y las ondinas. Se hallan en un mundo que colinda con el de la conciencia humana; están más allá del umbral. Una sabia protección los oculta a la mirada de la conciencia ordinaria, porque no todos ellos son benignos. Sin duda, lo son los espíritus que, de las mas variada manera, operan en el crecimiento de las plantas; pero estos no son todos, y tan pronto como se irrumpe en su mundo, se tropieza también con los malignos. Hay que empezar por conseguir el discernimiento entre cuales son los benignos y cuales los malignos, cosa nada fácil. Ustedes se darán cuenta de esta dificultad por la manera en que habré de describirles los malignos. El principal rasgo distintivo de los benignos es que se atienen más bien a los reinos vegetal y mineral, en tanto que los malignos se arriman a los reinos animal y humano. Hay, además, otros, peores todavía, que pretenden entrometerse también en los reinos vegetal y mineral; pero de estos no vamos a ocuparnos en este momento, pues ya logramos un concepto bastante respetable de su malignidad, si observamos a los que asedian a los hombres y animales, con pretensiones de realizar al nivel del hombre, lo mismo que las jerarquías superiores han asignado a los benignos al nivel del reino vegetal y mineral.

Existen, por ejemplo, entidades malignas en el reino de los gnomos y las ondinas, que acosan a hombres y animales, para que en el hombre se materialice físicamente lo que en él ya se halla presente: el complemento que debieran agregar a los animales inferiores. Los gno-

mos y ondinas malignos inoculan, pues, en los hombres, y también en los animales superiores, los entes animales o vegetales inferiores, conocidos como parásitos. Las entidades malignas son, pues, generadores de parásitos.

No olviden que todo individuo, tan pronto como cruza el umbral del mundo espiritual, se ve rodeado por esas artimañas; hay trampas por doquiera, y lo primero que hay que aprender de los trasgos, es el ponerse a resguardo, lo que no consiguen los espiritistas. Quizás alguien pregunte: ¿para qué las entidades malignas de gnomos y ondinas, si su función es engendrar parásitos? Si no existieran, el hombre no desarrollaría el poder de modelar su masa encefálica. Y esto nos lleva a un detalle sumamente significativo que voy a bosquejar esquemáticamente.

Si se imaginan al hombre en su triple aspecto de hombre metabólico-motor, torácico-rítmico, y cefálico o neuro-sensorio, han de tener presente que en la región inferior tienen lugar ciertos procesos, y en la superior otros distintos, dejando de lado al hombre rítmico. La totalidad de los procesos inferiores arroja un resultado que, por lo regular, no se tiene en mucha estima: son los procesos de excreción por el intestino, por los riñones, etc., todos ellos en evacuación hacia abajo. Por lo común estos procesos se consideran como pura excreción, nada más, lo que es una tontería. No se excreta tan sólo por excretar, sino que, a medida que aparecen sus productos, se manifiesta en el hombre inferior, espiritualmente, algo similar a lo que, en el superior es, físicamente, el cerebro. Lo que tiene lugar en el hombre inferior es un proceso que, en cuanto a su desarrollo físico, se queda a medio camino. Sobreviene la excreción, porque el proceso pasa a ser espiritual. En cambio, en el hombre

superior, ese mismo proceso se lleva a termino; ahí llega a su concreción física lo que abajo es tan solo espiritual: arriba está el cerebro físico; abajo, un cerebro inmaterial. Y si se llevara a su conclusión ese proceso excretorio inferior, continuando la transformación de sus productos, la última metamorfosis seria el cerebro humano.

El encéfalo humano es un producto de excreción superado, hecho muy importante, incluso en sus aspectos médicos, y de ello tenían pleno conocimiento los médicos de los siglos XVI y XVII. Hoy día se habla en tono despectivo de la antigua "botica de mugres", porque se ignora que en la mugre está presente lo que pudiéramos llamar espíritu momificado*. Claro está que este desprecio tiene mucho de justificado, y no pretendo glorificar lo que, en siglos anteriores, figuraba todavía como "botica de mugres". Pretendo tan solo llamar la atención sobre la existencia de muchas verdades de tan hondo alcance como el que acabo de referir.

El encéfalo es, y lo digo con énfasis, una metamorfosis superior de productos de excreción; de ahí la relación entre las enfermedades cefálicas y las intestinales; de ahí también la conexión en su tratamiento terapéutico.

Ahora bien, debido a que existen los gnomos y las ondinas; debido a que existe un mundo en el que viven, existen asimismo las fuerzas que, aunque indudablemente pueden engendrar parásitos desde el hombre inferior, son, al mismo tiempo, motivo de que, en el superior, los productos de excreción se metamorfoseen en cerebro. No podríamos poseerlo si el mundo no se hallara organizado para dar cabida a los gnomos y las ondinas. Lo que, para estas entidades, vale en cuanto a las fuerzas destruc-

* Piénsese en el valor vitalizante del abono, por ejemplo. (N. del T.)

tivas — recordemos que la destrucción y degeneración parten del cerebro — vale para los silfos y para los espíritus del fuego, en cuanto a fuerzas constructivas. Los benignos entre ellos se mantienen alejados de hombres y animales y se concentran en el crecimiento vegetal conforme lo manifesté; pero también hay entre ellos, malignos, que se empeñan en transferir a las regiones acuosas y térreas, lo que sólo debiera circunscribirse a las superiores: en la aérea y en la calórica.

Veamos la belladona como ejemplo de lo que sucede cuando los silfos toman lo que se halla en su justo sitio en las regiones superiores, y lo transfieren a las inferiores de elemento acuoso y térreo. Si me permiten la imagen, la belladona es la planta que ha recibido en su flor el beso del silfo, con lo cual la savia benigna quedó convertida en ponzoña.

He ahí lo que puede llamarse desplazamiento de la esfera: arriba, es correcto que los silfos desarrollen sus poderes envolventes tal como los describí como si fueran tentáculos de la luz, pues esto es lo que las aves necesitan. Pero si el silfo desciende al mundo vegetal, y ahí propaga lo que sólo debiera aplicar en los estratos superiores, nace un poderoso veneno vegetal. Debido a gnomos y ondinas, se forman, pues, seres parasitarios; debido a los silfos se forman los venenos que, propiamente, son elemento celeste demasiado profundamente fluido a la Tierra. La belladona se parece a una cereza escondida dentro de un cáliz; su forma atestigua la depresión que acabo de describir. El hombre y ciertos animales se mueren cuando la comen; en cambio, los mirlos y tordos se posan en esta planta y comen su fruto como el mejor manjar del mundo: en su región, se halla la belladona en debido lugar.

Es, en verdad, un fenómeno extraño el que los animales y los hombres, cuyos órganos inferiores se hallan ligados a la tierra, se intoxiquen con la belladona deteriorada por el encuentro con esta tierra, en tanto que aves tan representativas como el mirlo y el tordo, a las que los silfos debieran transmitirla de manera espiritual, y los silfos benignos lo hacen, la toleran muy bien, aunque se la rebaje de su región a otra inferior: para ellas es alimento, lo que para las entidades geotrópicas es veneno.

Así queda ilustrado que, por un lado, debido a los gnomos y las ondinas, lo parasitario tiende de la Tierra hacia arriba, en tanto que los venenos lloviznan de arriba abajo.

Vista la acción maligna de los silfos, nos queda por ver la de los geniecillos del fuego. Cuando estos espíritus se saturan de los impulsos que pertenecen a la región de las mariposas, impulsos que les son muy útiles para su desarrollo y los descenden a los frutos, se producen las almendras venenosas en ciertos grupos de amigdaláceas: los geniecillos del fuego introducen el veneno en la almendra. Y, una vez más, el fruto del almendro no podría formarse si esos mismos espíritus ígneos no quemaran, de manera benéfica, la parte que, en otros, es la comestible. Vemos la almendra: en otros frutos, tenemos la semilla blanca en el centro, rodeada de la pulpa; en la almendra, la semilla carnososa está en el centro, y la pulpa totalmente quemada. He ahí la actividad de los seres ígneos. Si esa actividad consuntiva degenera, esto es, si se extiende, no solo a la cáscara donde todavía puede tener efecto benéfico, sino si un poco de lo que sirve para generar la cáscara penetra en la semilla carnososa, entonces la almendra se vuelve venenosa.

Esto les da una idea de como las entidades del mundo contiguo al nuestro, al dejar rienda suelta a sus impulsos, se convierten en portadores del parasitismo y de la toxicidad y, con ello, de enfermedades. Así se pone en evidencia en qué sentido el hombre, como ser sano, sobresale sobre lo morboso que puede embargarle. Esto se relaciona con el desenvolvimiento de lo maléfico en estas entidades que, por otra parte, sí han de estar presentes para facilitar toda la construcción, el crecer y brotar de la naturaleza, y luego su destrucción.

Realidades como estas son las que subyacen en las intuiciones de la clarividencia instintiva como la intuición hindú de Brahma, Vishnu, Shiva: Brahma representando la entidad en la esfera que sí debe acercársele al hombre; Vishnu representando la esfera cósmica que solo debe aproximarse al humano en la medida en que el sea capaz de ir demoliendo lo construido; Shiva representando todo lo que se relaciona con las fuerzas destructivas. En los tiempos más remotos de la gran cultura hindú, se decía: Brahma se halla entrañablemente emparentado con todo lo que es de la índole de los geniecillos del fuego y de los silfos; Vishnu, con lo que ester emparentado con silfos y ondinas; Shiva, con lo que guarda afinidad con gnomos y ondinas. Generalmente hablando, si nos remontamos a tales concepciones antiguas, encontramos por doquiera la expresión imaginativa para los secretos que subyacen en la Naturaleza, y que hoy han de buscarse de nuevo.

En resumen: anteriormente hemos estudiado el parentesco de esta gentecilla invisible con el mundo vegetal; ahora hemos agregado su parentesco con el del animal. Por doquiera, los seres aquende el umbral interfieren en los de allende; los de allende, interfieren

en los de aquende, etc. Y sólo si se estudia la viva sinergia de los dos tipos de seres, se comprende cómo se desenvuelve el mundo visible. Para el hombre es muy necesario el mundo suprasensible, pues en el momento en que atraviesa el umbral de la muerte, ya no le rodea el mundo físico, sino que el otro empieza a ser el suyo. En su estado evolutivo actual, no puede el hombre desplazarse a ese otro mundo, si no ha aprendido a identificar, en las manifestaciones físicas, los glifos que apuntan hacia él; si no ha aprendido a leer, en los animales de la tierra, en los del agua, en los del aire y en los de la luz, esto es, en las mariposas, lo que apunta hacia los espíritus elementales que son nuestros vecinos entre la muerte y el nuevo nacimiento. Pero lo que vemos de dichas entidades entre el nacimiento y la muerte, no es sino su parte más tosca y densa; su complemento suprasensible solo lo conoceremos si, con nuestra intuición y nuestro entendimiento, nos desplazamos al mundo suprasensible.

NOVENA CONFERENCIA



A sí como sólo se llega a conocer los seres del mundo sensible, si se les observa en su teje y maneje, asimismo sucede con los seres de que nos ocupamos en estas conferencias: los espíritus elementales que, invisibles, se hallan tras lo físico sensible, y participan en todo el acontecer del mundo, en el mismo sentido, o todavía en un sentido más elevado, que los seres físico-sensibles.

Sin duda, para aquellas entidades, el mundo se ve un poco diferente que para las del mundo sensible, simplemente porque no poseen cuerpo físico: todo lo que captan y perciben, ha de ser distinto de lo que afecta al ojo humano, por ejemplo. Y así es, efectivamente: el hombre, por ejemplo, siente la tierra como el cuerpo cósmico sobre el que deambula; hasta lo siente como pequeña inconveniencia cuando este cuerpo cósmico, como a veces sucede, se halla ablandado por la lluvia, y cuando el hombre se hunde un poquito en él; prefiere sentir la dureza e incompenetrabilidad del suelo.

Toda esta actitud frente a la tierra, no la tienen los gnomos en absoluto; se sumen por doquiera, pues para ellos todo el globo terráqueo empieza siendo un espacio vacío y compenetrable; pueden introducirse por doquiera, pues las rocas y piedras no les impiden su desplazamiento, no se si decir andando o nadando, pues nuestro lenguaje carece de término para describir adecuadamente la locomoción de los gnomos dentro de nuestro cuerpo terrestre. Lo que si ellos tienen, es una

interna sensación o vivencia de los diferentes ingredientes de la tierra: su sensación es distinta cuando migran a la vera de una veta metálica, que cuando toman su camino a lo largo de un estrato calcáreo.

Todo eso, lo registrar de manera íntima; penetran a través de todo esto sin tener idea de que la tierra existe; están seguros de que existe un espacio que les suscita diversas sensaciones: la del oro, la del mercurio, del estaño, de la sílice. Así he de expresarlo en lenguaje humano, no en el de los gnomos que es mucho más plástico; y gracias a que durante toda su vida recorren, una y otra vez, todas las vetas y todos los estratos, desarrollan esa pronunciada intelectualidad a que antes me he referido. Así, por doquiera adquieren un saber abarcante, porque el metal y la tierra les revelan, como si fuera a través de un espejo, todo lo que está en el Universo.

Carecen los gnomos de órgano para captar la Tierra como tal; solo tienen, para sus diferentes ingredientes, diferentes modos de experiencia interna; son sumamente sensibles a las impresiones que proceden de la Luna.

La Luna es objeto de su constante concentrada atención; al respecto, se manifiestan como neurasténicos, no sé si por neurastenia congénita o adquirida; es difícil acertar con los términos. Lo que para nosotros es enfermedad, es, para ellos, elemento vital; no es dolencia, sino condición natural. Su neurastenia les da la mencionada receptividad interna, así como también para captar los cambios de los fenómenos lunares.

Siguen los gnomos esos cambios con una atención tan intensa y concentrada que, por ella, incluso se transforma su propia figura. Si se observa la condición en que se hallan los gnomos, la impresión que causan es

distinta según que se trate de plenilunio, de conjunción o de las fases intermedias.

Cuando hay Luna llena, los gnomos empiezan a sentirse incómodos; no les agrada la luz de la Luna; externalizan su sentimiento existencial hacia la superficie de su cuerpo, y se rodean de una especie de membrana espiritual protectora. Cuando hay brillo de la Luna llena, parecen esos gnomos pequeños caballeros radiantes y acorazados, para la visión suprasensible, y su coraza espiritual es lo que, en su epidermis, puja hacia fuera, para repeler esa luz lunar que les molesta. Cuando la Luna se acerca a su conjunción el gnomo adquiere una maravillosa transparencia; se observan en él cambiantes cromáticos, refulgentes y centelleantes: todo un mundo se desenvuelve a través suyo. Es como si penetráramos con la mirada el cerebro humano, pero no como el anatomista que investiga los tejidos celulares, sino como quien, ahí dentro, ve los pensamientos que irisan y titilan: los gnomos se le antojan como hombrecillos translúcidos, en cuyo interior se conjuga un juego de pensamientos. Precisamente cuando hay conjunción de la Luna, son los gnomos extraordinariamente interesantes, porque cada uno lleva en su interior todo un mundo, mundo en el que descansa el secreto de la Luna.

Si uno trata de descifrar ese misterio de la Luna, llega a muy extraños resultados: descubre que la Luna se halla en constante acercamiento hacia la Tierra, cada año un poquito más. No se imaginen esto en forma espectacular, es decir, como si la Luna corriera hacia la Tierra; sin embargo, la Luna está, cada año, algo más próxima a la Tierra, lo que es atestiguado, cuando hay conjunción, por el avivamiento del juego de las fuerzas lunares en el mundo de los gnomos. Y esos duendes

prestan especial atención a ese acercamiento, porque consideran como su principal misión en el Universo, el deducir los resultados de lo que la Luna les provoca. Esperan con gran expectativa el momento en que la Luna se haya reunido con la Tierra, y concentran todas sus energías para ese gran momento. Cuando esto suceda, se servirán de la sustancia lunar para dispersar, paulatinamente, en el Universo, toda la terrestre: la sustancia ha de desaparecer.

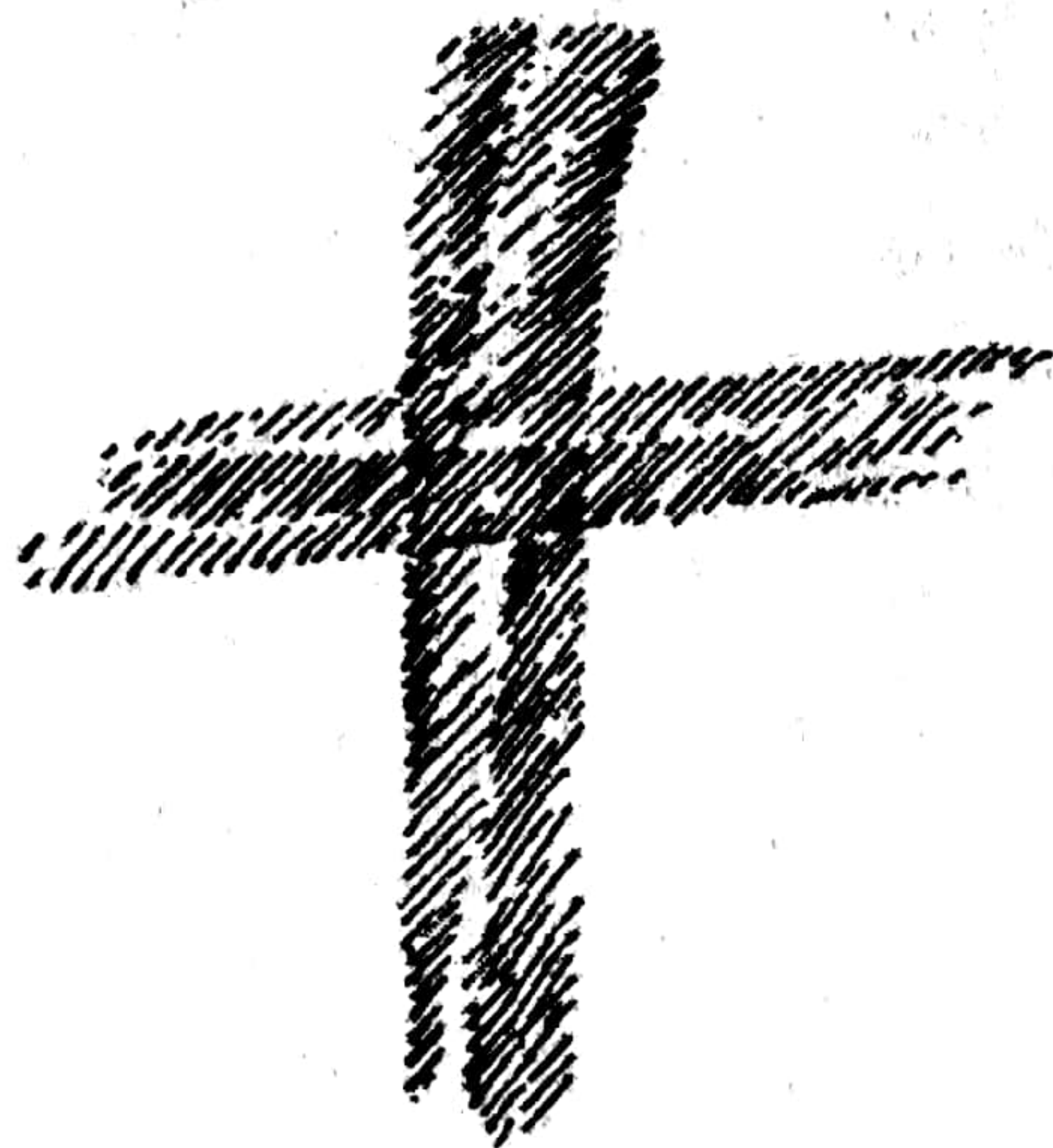
En virtud de esta tarea, esos trasgos o gnomos se sienten muy importantes: recogen las mas diversas experiencias en la existencia terrestre, y se preparan para que, cuando la sustancia terrestre sea dispersada en el Universo y la Tierra transite hacia su incorporación jupiteriana, ellos puedan conservar los elementos buenos y positivos de la estructura terrestre e incorporarlos en Júpiter, cual andamio óseo.

Una vez aguzada nuestra mirada por la observación de este proceso de los gnomos, imaginemos cómo se vería la Tierra sin agua. Piensen en la orientación de Norte a Sur del Hemisferio Occidental y en la de Este a Oeste del Oriental. Privándoles del agua, América, con sus cordilleras y sus masas submarinas, tendría el curso de Norte a Sur; Europa, de acuerdo con el trazo de los Alpes, Cárpatos, etc., tendría la dirección Este-Oeste, la que predomina en el Hemisferio Oriental (véase dibujo); o sea, se obtendría una estructura terrestre semejante a una cruz.

Investigando esto a fondo, se llega a la impresión de que esto es, en verdad, el mundo unido de los gnomos de la antigua Luna. En otras palabras: los antecesores de nuestros gnomos terrestres, esto es, los gnomos lunares, coleccionaron las experiencias en la antigua Luna, y, con

base en ellas, modelaron la estructura sólida de la textura terrestre. Esta textura es, pues, resultado de la experiencia de los antiguos gnomos lunares.

He ahí los hechos que se destacan en cuanto al mundo de los gnomos, que adquieren así una relación extraordinariamente interesante con toda la evolución del Universo; en cierto modo, transmiten siempre lo sólido de lo anterior, a lo sólido de lo posterior; son los guardianes de esa continuidad: de un cuerpo cósmico a otro, conservan la estructura sólida. Es muy sugestivo acercarse a las entidades espirituales del mundo suprasensible y estudiar su particular misión, con lo que se logra la impresión de cómo todos los seres existentes colaboran a la configuración del mundo.



Avancemos nuevamente de los gnomos a las ondinas, los seres elementales del agua. El cuadro que ahí se ofrece es, en verdad, bastante extraño: esas entidades no tienen el afán de vivir de los hombres, ni tampoco el que, aunque instintivamente, poseen los animales, sino que, tanto ellas como los silfos, ansían más bien la muerte. Cósmicamente, se parecen a la mosca que se arroja a la llama; sienten como si, solo muriendo, alcanzaran su verdadera vida. ¡Qué fascinante es todo esto! aquí en la Tierra, todo quiere vivir, y se exalta todo lo que encierra

fuerza vital, todo lo que exhibe germinación y crecimiento. En cambio, si nos trasladamos al mundo de los genios elementales, sus entidades nos comunican: la muerte es, propiamente, el verdadero comienzo de la vida, Porque así lo sienten. Detengámonos en las ondinas. Quizá ustedes sepan que los marinos sienten una peculiar impresión en el Mar Báltico durante los meses de julio, agosto y septiembre, impresión que cifran en las palabras: el mar empieza a florecer. Es como si retoñara, retoñara en virtud de todo lo que en el mar se halla en descomposición. La descomposición del mar es lo que aquí prevalece, y le imparte un peculiar olor a podrido.

Pero no es así para las ondinas; no sienten desagrado; al contrario, cuando los millones y millones de animales acuáticos se corrompen y entran en su fase de destrucción, el mar se les convierte en un medio de los más prodigiosos cambiantes cromáticos fosforescentes. Todo luce y brilla, principalmente con sus matices azulosos, morados, verdosos, y el mar refulge para ellas, interior y exteriormente. O sea, que toda la corrupción en el seno marino se transforma, en los colores oscuros hasta el verde, en fulgor e irisación. Esos colores son, para las ondinas, realidades, y los absorben del juego cromático del mar, los involucran en su propia corporalidad, y su aspecto empieza a semejarse a esos cambiantes cromáticos: ellas mismas se tornan fosforescentes. Y en virtud de esa absorción, al volverse ellas mismas fosforescentes, nace en las ondinas algo así como un ansia infinita de desvanecerse hacia las alturas; la añoranza las lleva a la ascensión, y con ella se ofrendan a las entidades de las jerarquías superiores: Angeles, Arcángeles, etc. como manjar terrestre, en lo que hallan su bienaventuranza. Perdurarán después dentro de las jerarquías superiores.

Es notable darse cuenta como, en cada época prevernal, se desarrollan estas entidades desde profundidades insondables. Es así como participan en la vida de la Tierra y colaboran en el crecimiento de las plantas conforme lo descrito. Luego se vuelcan, pudiéramos decir, en el agua, recogen por medio de su propia corporalidad la fosforescencia del agua, es decir, lo corrompido y, con inmensa añoranza, la elevan. He ahí el grandioso cuadro cósmico en el que los colores de sustancialidad espiritual, surgidas del agua terrestre y ascendidas por las ondinas, sirven de alimento a las entidades de las jerarquías superiores, en el que la Tierra se ha convertido en fuente nutricia para dichas jerarquías, ya que el ansia de las ondinas consiste precisamente en dejarse consumir por las entidades superiores. En esa esfera continúan viviendo; en ella, entran en su eternidad. Año tras año, se realiza el flujo ascendente de estos geniecillos, invisibles estructuras generadas por lo terrestre, ansiosas de irradiar hacia lo alto para ofrecerse como alimento de las entidades superiores.

¿Y los silfos? En el curso del año, encontramos los pájaros moribundos. Recuerden como las aves quieren entregar su sustancia espiritualizada a los mundos superiores para eliminarla de la Tierra; mas para lograrlo, se necesitan mediadores, y estos son los silfos. Efectivamente, las aves moribundas llenan el aire de astralidad, de categoría inferior, pero de sustancia astral. En esta sustancia... no puedo decir revolotean, pero, a falta de mejor término, permítanme decir que se disipan o desvanecen los silfos: recogen el legado de las aves moribundas, lo llevan añorantes hacia lo alto, deseosos de que los inhalen las entidades de las jerarquías superiores; se les ofrecen como elemento de respiración. ¡Otra vez, grandioso espectáculo! Al fenecer el

mundo de las aves, esa fulgurante sustancia astral se confunde con el aire: los silfos lo sesgan cual relámpagos azules, y reciben, primero verdeciendo y luego enrojeciendo, la astralidad procedente del mundo alado y se escapan hacia lo alto como rayos relampagueantes. Mas allá del espacio, se convierten en el aliento de las jerarquías superiores.

Podemos decir, pues, que los gnomos trasladan un mundo a otro, transfieren su estructura; figurativamente hablando, avanzan con la evolución, en sentido horizontal. En cambio, los otros seres, ondinas y silfos, transportan hacia lo alto la exultación que experimentan en su propio fenecer, en el ser consumidos, ser respirados; continúan viviendo en el seno de las jerarquías superiores, y experimentan así su propia eternidad.

Pasemos ahora a los geniecillos del fuego. Observen como, al morir las mariposas, el polvillo de sus alas parece desvanecerse en la nada. Pero no es así: ¡no se desvanece! Lo que se despolvorea de las alas, es materia espiritualizada y sublimada que desemboca en el éter calórico que circunda la Tierra cual si fueran diminutos cometas: cada granito de polvo sería un diminuto cometa en el éter calórico. Cuando el mundo de las mariposas se acerca al fin de su ciclo en el curso anual, todo se convierte en fulgor e irisación. En estas fulguraciones se vuelcan los geniecillos del fuego; las absorben, y, dentro de ellos, continua refulgiendo. Entran los geniecillos en añoranza, y, en ese estado, llevan a las alturas, lo que han asimilado, resplandeciendo hacia el espacio cósmico ese polvillo de las alas de mariposa. Pero no solo resplandece, sino que fluye hacia ese espacio cósmico, resplandor que determina el aspecto que la Tierra ofrece a los espíritus de las jerarquías superiores. Estos espíritus

contemplan la Tierra y perciben, preferentemente, ese elemento de las mariposas e insectos que les llevan los seres ígneos; seres que, a su vez, sienten el máximo gozo en presentarse ante la mirada espiritual de las jerarquías superiores, y en ser acogidos por ellas. Aspiran hacia esas jerarquías, y les proporcionan el sabor de la Tierra.

Estos seres elementales son, pues, los mediadores entre la Tierra y el Cosmos espiritual: el espectáculo de las ondinas emitiendo su fosforescencia hacia lo alto y desapareciendo, cual alimento, en el mar de luz y de llamas de las jerarquías superiores; los convulsivos relámpagos verdoso-rojizos de los silfos que ascienden para ser inhalados, ahí donde lo temporal se convierte en eterno, y la permanencia eterna de los geniecillos del fuego, cuya actividad adquiere duración. En tanto que, en la Tierra, la muerte de las aves queda circunscrita a determinada estación, los geniecillos del fuego procuran que sus efectos perceptibles se derramen en el Cosmos, durante todo el año; y así, se revista la Tierra de una especie de manto de fuego: vista desde fuera, parece ígnea. Todo esto es obra de entidades que contemplan la Tierra de manera muy distinta a como la concibe el hombre: para este, nuestro planeta es materia sólida sobre la que se puede caminar y estar parado; para los gnomos, es esfera permeable y hueca; para las ondinas, el agua es fosforescencia, algo que ellas perciben, absorben, asimilan y en lo que viven; para los silfos, lo astral del aire que proviene de las aves fenecientes, es el elemento que incrementa su naturaleza relámpago — sin las aves, los silfos no serían más que rayos quebrados y tenues. Finalmente, el perecer de la mariposa circunda la Tierra como de una permanente capa ígnea, lo que parece como si la Tierra estuviera rodeada de una prodigiosa pintura ígnea, a uno de cuyos lados,

visto desde la Tierra hacia arriba, se encuentran los relámpagos convulsivos, es decir, las ondinas fosforescentes y evanescentes. Todo el espectáculo se conjuga en la intuición: en la Tierra, tejen y viven estos espíritus elementales; tienden hacia arriba y desaparecen en el terrestre manto ígneo. Pero no desaparecen en realidad, sino que allí encuentran su existencia eterna, al confundirse en las entidades de las jerarquías superiores.

Todo eso que culmina en un maravilloso cuadro cósmico, pero que es expresión de lo que acontece en nuestro planeta, se realiza en sus etapas iniciales sobre la Tierra. Nosotros los hombres, nos hallamos metidos en lo que ahí tiene lugar, y aunque en nuestra conciencia ordinaria no seamos capaces de captar ese medio circundante, nos hallamos, no obstante, todas las noches, involucrados, y participamos en el tejemaneje de esas entidades, en cuanto a nuestro yo y cuerpo astral.

Para los gnomos, es realmente una diversión observar al hombre dormido —no el cuerpo físico en la cama, sino el que se halla fuera del cuerpo, como yo y cuerpo astral— y luego darse cuenta de que ese hombre piensa en espíritu y no lo sabe: no sabe que sus pensamientos pertenecen al reino espiritual. Similarmente, las ondinas no se explican como sea posible que el hombre se conozca tan poco a si mismo; y lo mismo sucede a los silfos y los geniecillos del fuego.

En el plano físico, a menudo es molesto estar rodeado, de noche, de mosquitos y bichos similares; en cambio, nuestra parte espiritual, esto es, el yo y el cuerpo astral, se hallan constantemente circuntejidos y circunvividos por los seres elementales de la noche, lo que constituye constante exhortación de avanzar en conciencia para aumentar el conocimiento del mundo.

Trataré ahora de darles una idea de lo que susurran estos cuatro tipos de entidades, y de lo que uno puede percibir escuchándolos: que es lo que les divierte y que es lo que esperan de nosotros, cuando nos exhortan a avanzar en conciencia. Se acercan los gnomos, y nos dicen:

*Te sueñas a ti mismo
y rehúyes el despertar.*

Saben que el hombre tiene su yo en condición soñolienta, y que tiene necesidad de despertar realmente para llegar a su verdadero yo. Lo comprenden muy bien, y por eso lo vocean durante el sueño:

Te sueñas a ti mismo

(quiere decir, de día)

y rehúyes el despertar.

Sigue el mensaje resonante de las ondinas:

*Piensas las obras de los Angeles
y no lo sabes.*

El hombre no sabe que sus pensamientos están, propiamente, en la esfera angélica. Y de los silfos, el hombre dormido recibe este mensaje:

*A ti te resplandece la potencia creadora
y no lo sospechas.
Sientes su fuerza
y no la vives.*

He ahí mas o menos, las palabras de los silfos, de las ondinas, de los gnomos. ¿Y las de los seres del fuego?

*Para ti forcejea la voluntad de los dioses
y no le das cabida.
En virtud de su fuerza, ejercitas la tuya,
y rechazas la divina.*

Todo esto es la exhortación de avanzar en la propia conciencia. Estas entidades que no llegan a la existencia física, desean que el hombre avance en conciencia, para que participe de su mundo. Una vez que nos hemos familiarizado con lo que estas entidades tienen que decirle al hombre, empezamos a comprender como manifiestan su propia esencia. Concibámoslo con las siguientes palabras:

Los gnomos:

*Sostengo la fuerza esencial de la raíz,
ella crea mi cuerpo estructural.*

Las ondinas:

*Muevo la fuerza acrecentadora del agua,
ella modela mi sustancia vital.*

Los silfos:

*Sorbo la fuerza vital del aire,
ella me llena de potencia existencial.*

¿Y los espíritus del fuego? Es sumamente difícil encontrar palabra para describir lo que ellos hacen, porque se hallan muy distanciados de la vida y del quehacer terrenales. Necesito un verbo que describa un proceso como de digestión cósmica, en verdad, una consunción ígnea. Como primera aproximación tentativa, aunque no del todo satisfactoria, me arriesgo a utilizar el verbo "gestar".*

*Gesto la fuerza aspirante del fuego,
ella me redime espiritualizándome.*

* Diccionario de la Real Academia Española: gestación, acción de germinar.

Traté, lo mejor que pude, de darles una idea de como se autocaracterizan esas entidades de los reinos elementales, y cual es el mensaje exhortatorio que le llevan al hombre. Pero no son tan poco amigables de susurrarle al hombre solamente lo negativo, sino que de ellas emanar declaraciones lapidarias, que pueden causarnos impresión de gigantesca inmensidad. Al respecto, deberían ustedes adquirir la sensibilidad para captar la diferencia entre el mensaje cifrado en palabras humanas, por bellas que sean, y el que resuene cósmicamente, proferido por todo el portentoso ejercito de los gnomos: la génesis determine la diferencia. Cuando el hombre presta oído a los gnomos, después de haberle dado la exhortación que apunté anteriormente, le invade su coro de voces, en esta forma:

Esfuézate por despertar.

Portentosa es la impresión moral que causan estas palabras que fluyen por el Universo, integradas por muchísimas voces individuales.

Y el coro de ondinas resuena así:

Piensa en espíritu,

No es fácil expresar el mensaje del coro de silfos. Cuando los gnomos, a la luz de la Luna llena, aparecen como caballeros de coraza bruñida, profieren su mensaje como si surgiera desde las profundidades de la Tierra: "Esfuézate por despertar", Cuando las ondinas se disipan hacia lo alto, ansiosas de ser consumidas, repercute hacia la Tierra: "Piensa en espíritu"; y de los silfos, al dejarse aspirar ahí arriba, desapareciendo en la luz universal como relámpagos azulosos-rojizos-verdosos, al enclavarse en la luz cual saetas para confundirse en ella, resuena, desde las alturas:

Vive la existencia en respiración creadora.

Pero sigamos. En ira fogosa, a la vez que entusiasta, que no se siente devastadora, sino como algo que el hombre necesita recibir del Cosmos, resuena el aporte que hacen los espíritus de fuego al manto ígneo de la Tierra. Ahí no resuena un conjunto de voces individuales, sino el retumbar de una portentosa voz de trueno en toda la periferia.

Recibe amorosamente la voluntad de los dioses.

Naturalmente, uno puede desviar su atención de todo esto, y entonces no se percibe. El percibir o no esta clase de mensajes, depende del libre albedrío. Mas, al captarlos, sabe el hombre que integran la existencia universal, y que, al desenvolverse los gnomos, ondinas, silfos y espíritus del fuego, de la manera descrita, tiene lugar un acto efectivo. Aparte de la función para el hombre de esos genios elementales, poseen otra: el que resuenen sus palabras cósmicas; los gnomos, desde la tierra; las ondinas, al ascender; los silfos, desde lo alto; los espíritus ígneos como un coro, como sinfonía de poderoso despliegue de voces.

He ahí, vertida en palabras, la impresión que podemos concebir. Pero todo esto corresponde a la palabra cósmica, y aunque no la oigamos con la conciencia ordinaria, no deja de tener su significado para el hombre. En efecto, es profundamente veraz la vetusta concepción, surgida de la clarividencia intuitiva, de que el mundo surgió de la palabra, esto es, del Verbo cósmico, no combinación de sílabas menudas, sino sinfonía de voces de innúmeros seres: es infinidad de entidades las que contribuyen a la totalidad cósmica, y el Verbo cósmico es el concierto de sus incontables voces. Para lograr la íntegra visión, no basta la abstracta verdad general de que el

mundo fue creado a partir del Verbo, sino que hemos de ir descubriendo, concretamente, como ese Verbo; en sus diferentes matices, resulta de la unión de las voces de entidades individuales, de modo que la resonancia de esos diferentes matices se introduce en la gran armonía y en la poderosa melodía cósmica, en el supremo momento de creación del Verbo cósmico.

Cuando el coro de los gnomos hace resonar su "esfuérzate por despertar", se trata, en lenguaje de los gnomos, de la potencia para lograr el sistema óseo humano, y su sistema motor en general. Cuando las ondinas exclaman "piensa en espíritu", manifiestan, en su lenguaje, lo que, cual Verbo cósmico, se vierte en el hombre, para configurar sus órganos metabólicos. Cuando los silfos, al ser inhalados, dejan correr hacia abajo su "vive la existencia en respiración creadora", penetra, vibra y teje en el hombre, la potencia que le dota de los órganos del sistema rítmico.

Finalmente, lo que a manera de los espíritus ígneos, cósmicos, surge como imagen y reverberación radiante hacia nosotros, es la potencia del Verbo. Y todo el sistema neuro-sensorio humano, toda cabeza humana es tramsunto en miniatura de lo que, traducido al lenguaje de los espíritus del fuego, significa: "recibe amorosamente la voluntad de los dioses". Estas palabras obran en las más sublimes sustancias cósmicas y cuando el hombre continúa su evolución entre la muerte y el nuevo nacimiento, es ella la que transforma en los futuros órganos neuro-sensorios, aquello que lleva consigo a la vida post-mortem.

Así ven ustedes que lo que se halla más allá del umbral, forma parte de nuestra naturaleza, y nos introduce en los poderes creadores de la Divinidad, los que

tejen y laten en todo cuanto existe. Si recordamos todo lo que, en otros tiempos, se ha anhelado profundamente y que se halla cifrado en las palabras:

*"veo toda efectividad germinal
y ya no mangoneo más palabras",**

comprendemos que todo esto es realización en el curso de la evolución humana. De lo contrario, de no ser consciente de la efectividad germinal que edifica al hombre de la más variada manera, continuaremos, en cuanto a todo nuestro saber, dentro del tráfigo insustancial de palabras.

En resumen, podemos decir: el sistema motor, el metabólico, el rítmico y el neuro-sensorio constituyen una unidad que, desde abajo, recibe el sonoro mensaje: "esfuérzate por despertar; piensa en espíritu", y, desde lo alto, aunque mezclado con las palabras ascendentes, el otro mensaje: "vive la existencia en respiración creadora; recibe amorosamente la voluntad de los dioses".

Esto "recibe amorosamente la voluntad de los dioses" es lo que, en reposada creatividad, trabaja cefálicamente. El "piensa en espíritu", ascendente, en unión con el descendente "vive la existencia en respiración creadora", se actualiza en su acción concertada, en el cómo la respiración humana se conjuga rítmicamente con la función sanguínea. Los órganos sensorios nos son implantados por lo que corre descendiendo de arriba: "recibe amorosamente la voluntad de los dioses". Finalmente, lo que preside nuestro andar, estar de pie, movimiento de nuestros brazos y piernas, en fin, todo lo que nos permite el despliegue efectivo de nuestra potencia volitiva, es lo que resuena en el "esfuérzate por despertar".

* Goethe, Fausto I.

Así ven ustedes que el hombre es una sinfonía de la palabra cósmica, cuyo escalón mas inferior puede interpretarse en la forma en que lo hice. Esta palabra cósmica, este Verbo cósmico, se eleva luego hasta las jerarquías superiores que tienen que darle aún mayor amplitud, dotarle de otras virtudes, para que surja y nazca el Cosmos. Sin embargo, la llamada que los espíritus elementales hicieron al mundo, es como el postrer eco de lo que es la palabra cósmica creadora, modeladora y configuradora que subyace en todo devenir y existir.

Los gnomos:

*Te sueñas a ti mismo
y rehúyes el despertar.*

*Sostengo la fuerza esencial
de la raíz, ella crea mi
cuerpo estructural.*

Las ondinas:

*Piensas las obras de los
Angeles y no lo sabes.*

*Muevo la fuerza acrecentadora
del agua, ella modela
mi sustancia vital.*

Los silfos:

*A ti te resplandece la potencia
creadora y no lo sospechas.
Sientes su fuerza y no la vives.*

*Sorbo la fuerza vital del
aire, ella me llena de
potencia existencial.*

Los seres ígneos:

*Para ti forcejea la voluntad de
los dioses y no le das cabida.
En virtud de su fuerza, ejercitas
la tuya y rechazas la divina*

*Gesto la fuerza aspirante
del fuego, ella me redime
espiritualizándome.*

Sistema motor

Gnomos: *esfuérzate por despertar.*

Sistema metabólico

Ondinas: *piensa en espíritu.*

Sistema rítmico

Silfos: *vive la existencia en
respiración creadora.*

Sistema neuro-sensorio

Seres ígneos: *recibe amorosamente
la voluntad de los dioses.*

CUARTA PARTE

LOS MISTEROS DE LA ORGANIZACIÓN HUMANA

*Las leyes de la Naturaleza física y etérea,
son jeroglíficos del mundo espiritual
y sólo se comprenden si como tales se conciben*

DÉCIMA CONFERENCIA



Ustedes se habrán dado cuenta de que, en mis recientes conferencias, todo tiende a ofrecer una visión de conjunto de los fenómenos del mundo, de modo que de ahí resulte un verdadero conocimiento abarcante del hombre. Todo lo que hemos estudiado aquí, se encamina a lograr el conocimiento del hombre, conocimiento que solo será posible si comienza con el estudio de las formas inferiores del mundo aparente, esto es, con todo aquello que se manifiesta como mundo material. Ese estudio tiene que culminar en la contemplación del mundo de las jerarquías. Desde las formas más inferiores de la existencia física, hasta las más elevadas de la espiritual, el mundo de las jerarquías. Hemos de buscar lo que nos conduzca al auténtico conocimiento del hombre, y mis actuales conferencias serán el bosquejo de semejante conocimiento.

Tengamos en cuenta que el hombre, tal como se nos presenta en la actualidad, es resultado de una larga evolución cósmica, a la que siempre me he referido como ciclos saturnal, solar, lunar y terrestre. Este último no ha terminado todavía. Precisemos, sin embargo, que es lo que el hombre debe a este ciclo terrestre que sigue al lunar.

Todo lo necesario para extender y mover los brazos, dedos, cabeza, labios, o ejecutar cualquier otro movimiento externo —y las energías que subyacen en esas manifestaciones humanas penetran hasta lo más interno

del organismo — todo esa se le ha deparado al hombre como fruto de la evolución o ciclo terrestre, propiamente

En cambio, el funcionamiento de nuestro metabolismo, todo el espacio encerrado por nuestra epidermis, es imagen de lo que el hombre debe al ciclo lunar. Asimismo, todo lo que son sus procesos rítmicos, es imagen de lo que debe al ciclo solar: la respiración y la circulación son los más importantes de estos procesos. Finalmente, las funciones nerviosas y sensorias, extendidas por todo el cuerpo, las debe el hombre actual al antiguo ciclo saturnal.

Al enumerar estos diversos aspectos, no hemos de olvidar que el hombre no deja de ser una integridad, y que la evolución universal también lo es. Recuerden que la antigua evolución saturnal, descrita en mi "Ciencia Oculta", es la que, en tiempos prístinos, ha precedido a las evoluciones o ciclos solar, lunar y terrestre. Pero además de esa antigua evolución saturnal que, tras sucesivos avances culminó en la terrestre, hay otras tres evoluciones saturnales posteriores: la primera, coincidiendo con el ciclo solar; la segunda, más joven, implícita en la lunar. Finalmente, el Saturno que hoy impregna la Tierra, en lo esencial afectando ciertas de sus estructuras térmicas, corresponde a la más joven de estas cuatro evoluciones saturnales.

He ahí cómo nos hallamos insertados en la evolución cósmica; pero eso no es todo: también nos hallamos insertados en lo que nos circunda en el espacio. Por ejemplo, existe una interacción con el reino mineral: asimilamos la mineralidad a través de los alimentos, por la respiración, o sea, elaboramos lo mineral en nosotros.

Sin embargo, todos los procesos transcurren de manera distinta dentro y fuera del hombre. Así, es ridí-

culo imaginar que los procesos químicos que se investigan en el laboratorio, se continúen simplemente hacia el interior del hombre, cuando este ingiere los alimentos. El hombre no es síntesis de efectos químicos; en su interior, todo se modifica, modificación que se manifiesta, por ejemplo, de la siguiente manera: como ustedes saben, la temperatura propia del hombre sano es de aproximadamente 37°; nuestra temperatura sanguínea es algo superior a la temperatura exterior mediana. Así, todo lo mineral que ingerimos, debe transformarse en nuestro organismo, de manera que lo acoja con beneplácito ese exceso del calor sanguíneo sobre el calor ambiental externo. Cuando ingerimos un grano de sal de cocina, esta sal ha de ser absorbida y asimilada con sensación de agrado, no por el calor que compartimos con el mundo externo, sino por el nuestro propio: todo lo mineral ha de convertirse en éter calórico, y cuando algo se lo impide, el hombre esta enfermo.

Pero sigamos, y ocupémonos de lo vegetal que ingerimos, o que se desarrolla dentro del propio organismo. En tanto que lo mineral que el hombre contiene, tiende a convertirse constantemente en éter calórico, lo vegetal tiende a hacerse aeriforme, gaseoso, de modo que el hombre lo contiene como atmósfera interna. Así, todo lo que se introduzca de vegetal en el organismo, o lo que el mismo desarrolle de vegetalidad interna, ha de adoptar dentro de él condición aérea, y cuando algo se lo impide el hombre está enfermo.

Todo lo animal que el hombre ingiera, o que desarrolle dentro de su propio organismo, debe adoptar, dentro de él, condición líquida acuosa, por lo menos temporalmente. El hombre no debe tener dentro de si nada de animal, ni producido fuera de él e ingerido por él, ni gene-

rado por él, que no pase por el proceso de licuación en alguna fase, y si el hombre no es capaz de licuar alguna vez ese elemento animal ajeno o propio, para luego volver a transformarlo en sustancia sólida, está enfermo.

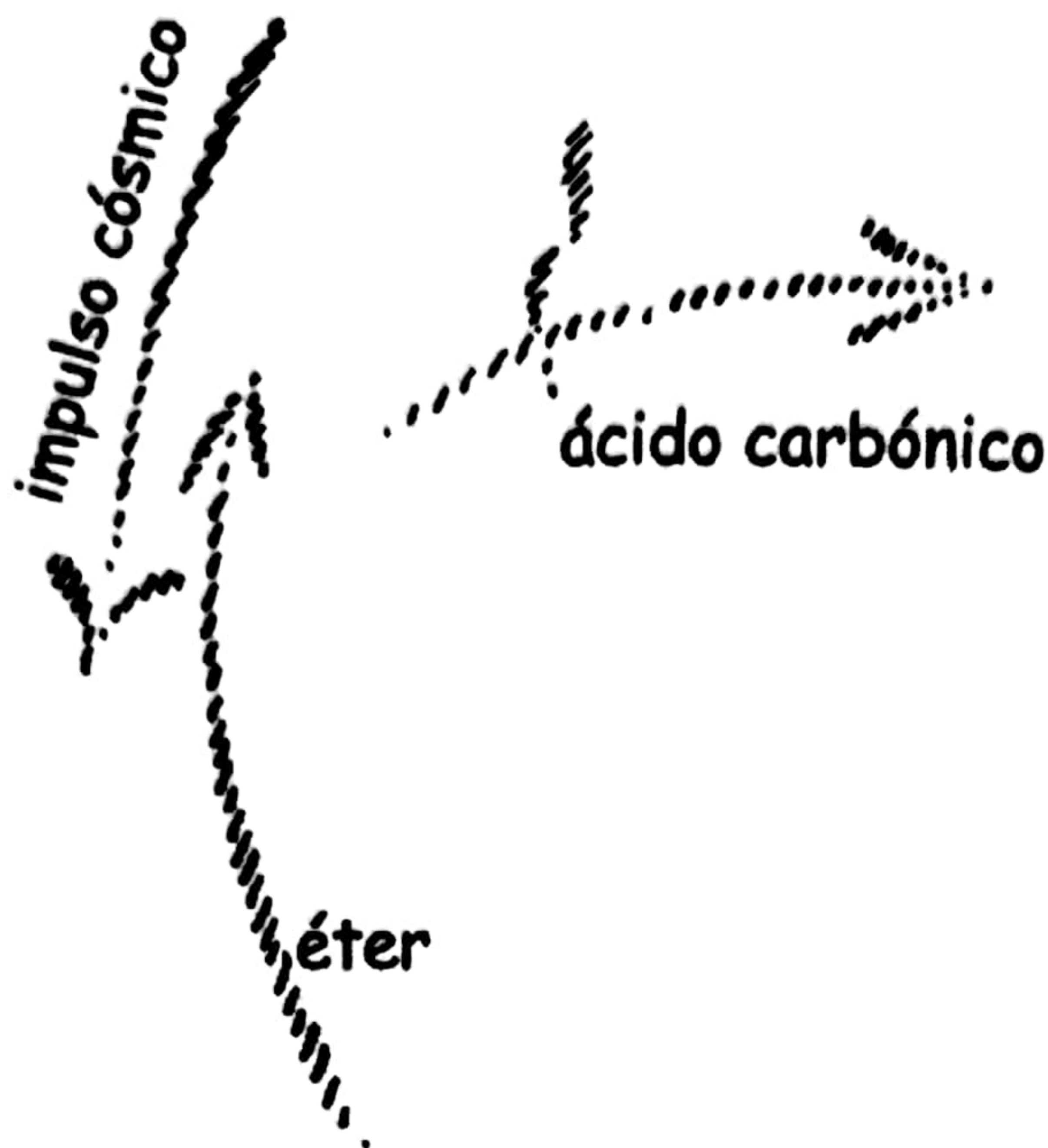
Sólo debe incorporarse a la forma sólida del hombre, aquello que dé origen a su figura específicamente humana, aquello que, trascendiendo lo animal, singularice su condición de hombre, o sea, de ente erguido que lleva en sí los impulsos para hablar y pensar. Si algo de animal o vegetal se introduce en esta forma humana sólida —que apenas si llega al 10% del organismo total— el hombre está enfermo.

Insisto: todo lo mineral que se introduzca en el organismo humano, ha de convertirse, transitoriamente, en éter calórico; todo lo vegetal ha de pasar por la fase transitoria de lo aeriforme; todo lo animal, por la de lo acuoso: solo lo humano debe conservar permanentemente la forma térrea-sólida. He ahí uno de los misterios de esa organización.

Dejemos de lado, por el momento, lo que el hombre no ha recibido hasta el ciclo terrestre —más adelante lo compensaremos con creces— y ocupémonos de su organización metabólica que, aunque él la reforma durante el ciclo terrestre, tiene su origen en el antiguo ciclo lunar. El metabolismo propiamente dicho que se desenvuelve dentro de la epidermis, y al que pertenecen también las excreciones, sufre constantes cambios por la ingestión: los alimentos que, en un principio, se hallan fuera del hombre, se introducen en él y entran a formar parte, inicialmente, de este sistema metabólico. Luego, este sistema transforma lo ambiental en humano: acerca todo lo mineral al éter calórico; todo lo vegetal, a la condición gaseosa-aeriforme-aromática; todo lo animal, sobre todo

lo originariamente animal, a lo acuoso. Tras esos procesos, el metabolismo concreta lo propiamente humano como configuración morfológica sólida. Como sea que todas estas funciones se hallan en potencia en el metabolismo, han de merecer realmente nuestro mayor interés.

Si en ascenso estudiamos las funciones metabólicas hasta la respiración, observamos que por doquiera tiene lugar liberación de carbón. A su encuentro sale el oxígeno, que lo convierte en el ácido carbónico que luego se exhala. El oxígeno inhalado se abalanza sobre el carbono y lo absorbe, y el hombre espira el ácido carbónico resultante. Mas, antes de que tenga lugar la espiración, el carbono es todavía temporalmente benefactor de la naturaleza humana: al unirse con el oxígeno, es decir, al combinar los efectos de la circulación sanguínea con lo que de ella hace la respiración, el carbono propaga por todo el organismo una emanación de éter. La ciencia física se limita a la afirmación: el carbono se espira como ácido carbónico. Mas esto no es sino uno de los aspectos del proceso global: el otro es que, en virtud de la espiración, el carbono arrastrado por el oxígeno, se desvincula de éter, éter que se introduce en el cuerpo etéreo. Ese éter constantemente generado por el carbono y dejado como su residuo, permite al organismo abrirse a las influencias espirituales, y es el receptor de los impulsos astrales y etéreos que, procedentes del Cosmos, ejercen acción estructuradora, por ejemplo, sobre el sistema nervioso, convirtiéndolo en vehículo de los pensamientos. Ese éter tiene la función de saturar constantemente nuestros sentidos, por ejemplo el de la vista, para que pueda ver y absorber el éter lumínico externo. Al carbono debemos, pues, el poseer éter de especiales características, que lo hace accesible a las influencias del mundo que se le acercan.



Todo esto ya se gesta desde el sistema metabólico. Sin embargo, el metabolismo, como sistema humano, se halla inserto en el Cosmos entero; por sí solo no podría subsistir. Y por carecer de autonomía, el metabolismo es el sistema cuyos rudimentos no fueron creados hasta la tercera fase: primero se formaron los rudimentos del sistema neuro-sensorio durante el antiguo ciclo saturnal; y después, los del sistema rítmico durante el ciclo solar, y sólo cuando ya existían estos dos, fue posible crear el sistema metabólico, del que ya dije que no puede subsistir por sí solo. Dentro del conjunto cósmico, el sistema metabólico se halla asignado a servir a la alimentación, dejando por el momento de lado su intervención en los movimientos volitivos. La alimentación, aunque necesidad del hombre, no puede subsistir por sí sola. Así, si estudiamos el sistema metabólico por separado —y en las próximas conferencias destacaré su importancia para el organismo entero— comprobamos que se halla impregnado de toda clase de tendencias patógenas. El

origen de las enfermedades internas, es decir, de las que no se deben a lesiones externas, ha de buscarse siempre en el sistema metabólico. Por lo tanto, el que realmente quiera emprender una diagnosis racional, deberá partir de ese sistema, y, propiamente, debiera preguntar a cada fenómeno metabólico: "¿a dónde vas?" Veamos toda la secuencia: la ingestión de los alimentos por la boca; su elaboración transformando ciertos ingredientes en almidón y azúcar; su revestimiento de ptialina en la boca; luego, su empapamiento de pepsina en el estómago; su metabolismo, en el sistema digestivo intestinal; su paso a los vasos linfáticos; después, su tránsito a la sangre; hay que estudiar todos los procesos que subyacen, ¡y son incontables! Pensemos también en la mezcla de los productos metabólicos con la secreción del páncreas, y con la secreción biliar; etc.; y preguntemos a cada proceso: "¿qué pretendes?" Y nos responderá: "cuando estoy solo, soy proceso que enferma al hombre". Ningún proceso metabólico debe llegar a su última etapa en el organismo humano, pues en este caso causa enfermedad. La naturaleza humana solo estará sana, si los procesos metabólicos se detienen a medio camino.

En las próximas conferencias, comprenderemos la suprema sabiduría implícita en este hecho, a primera vista, necesidad de la organización universal. Por ahora, consideremos la simple factualidad, y detengámonos en que los pormenores de los procesos metabólicos, si los estudiáramos en su esencia interna, nos responderían: "nos hallamos en camino de enfermar todo el organismo". Todo proceso metabólico irrefrenable, tiene efecto morboso. Por lo tanto, para que pueda funcionar correctamente el metabolismo en el hombre, han de existir otros procesos, previamente desarrollados en sus rudimentos. ¿Cuáles son? ¡Son los procesos circulatorios!, los

que siempre encierran virtud terapéutica. Así, podríamos describir al hombre, diciendo: nació como paciente durante el antiguo ciclo lunar, y en su propia naturaleza se le dotó anticipadamente del terapeuta, durante el antiguo ciclo solar, es decir, que durante este, el hombre nació como su propio médico. Realmente, la evolución cósmica procedió muy precavidamente, creando primero al terapeuta, y, sólo después, al paciente, que no entra en escena hasta el ciclo lunar. Para describir al hombre acertadamente, hemos de avanzar de los procesos metabólicos a los circulatorios, mejor dicho, a sus impulsos subyacentes. Hay sustancias que aceleran la circulación; otras, que la retardan. También tenemos en nuestro organismo procesos circulatorios diminutos. Cualquier sustancia material, ya sea oro, cobre u otra, introducida en el organismo por inyección u otra vía de aplicación interna, da origen a algún efecto estructurador, modificador o terapéutico en la circulación. Y para calar la verdadera índole de los procesos terapéuticos, hay que conocer el efecto modificador que sobre la circulación desencadena cada una de las sustancias naturales. Así pues, la circulación es un permanente proceso terapéutico.

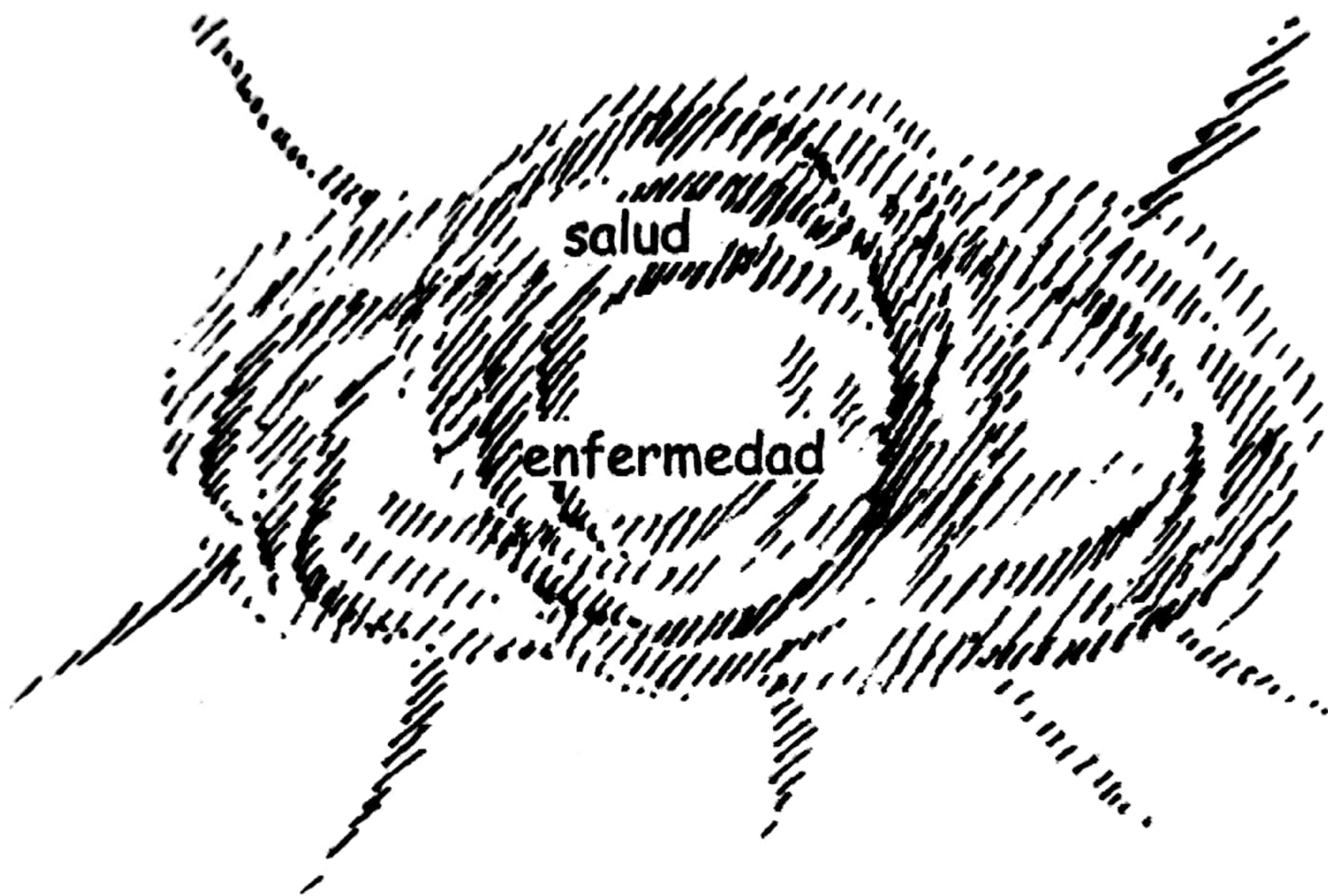
Veamos el siguiente cálculo. El hombre tiene, como promedio, 18 respiraciones por minuto, cifra que corresponde, en asombrosa adaptación al cosmos, durante el día de 24 horas, a un número de respiraciones igual al ritmo circulatorio del sol al recorrer el año solar: el punto vernal del sol recorre el zodiaco entero en 25.920 años, en tanto que el hombre de edad madura tiene un promedio de 25.920 respiraciones al día. Los latidos del corazón son cuatro veces más, segunda circulación que, más bien de concentración interna, hallase influida por el metabolismo. La circulación respiratoria corresponde al comercio exterior del hombre, y expresa su relación

recíproca con el mundo externo; el ritmo respiratorio tiene que domeñar, constantemente, el ritmo circulatorio, para que se mantenga en sus cuatros; de lo contrario, se impondría en la circulación el número 103.680, totalmente irregular que en nada corresponde al Cosmos. Si esto sucediera, el metabolismo destruiría la conexión del hombre con el Cosmos, lo alienaría de él, en tanto que el ritmo respiratorio lo arrastra, en todo momento, hacia el Cosmos. En este dividir y domeñar del ritmo circulatorio por el respiratorio, asistimos al proceso terapéutico primordial que permanentemente se lleva a cabo en el hombre. Pero de cierta manera más delicada, con cada curación interna, hemos de acudir en auxilio del proceso respiratorio que se extiende dentro de todo el cuerpo, para que domine el proceso circulatorio y lo supedite a las condiciones generales del Cosmos.

Damos, pues, el paso de la alimentación a la curación. De abajo arriba, el hombre tiene la perenne tendencia de enfermar, en tanto que, en su organismo medio, el circulatorio, desarrolla la tendencia de conservar su salud. Y al generarse en nuestro organismo medio los impulsos terapéuticos, proyectan un efecto residual hacia el sistema cefálico o neuro-sensorio. ¿Qué energías presiden este tercer sistema?

Encontramos en el sistema neuro-sensorio, las energías que, pudiéramos decir: el "medico" deja sembradas en nosotros. ¿Cómo comprender su índole? Hacia un lado, ese médico actúa terapéuticamente hacia abajo, sobre el proceso metabólico, mas esto implica que lleva a cabo una proeza sujeta al juicio del Cosmos entero. Y mi afirmación no es fantástica, sino absoluta realidad: el proceso de constante acción terapéutica que se realiza hacia abajo, suscita hacia arriba el beneplácito de las jerarquías

superiores y provoca su alegría por el mundo terrestre. Estas jerarquías miran hacia abajo e intuyen el ascenso de la enfermedad procedente de lo terrestre, arrastrada por los remanentes de las propiedades materiales de las sustancias que ascienden en el organismo; pero ven asimismo los impulsos de las energías que actúan desde lo terrestre, desde la atmósfera, etc. y que son procesos salu-
tíferos; he ahí lo que suscita su beneplácito.



Pensemos ahora en el astro colocado en el límite de nuestro sistema planetario, como más digno objeto espiritual de estudios. En su centro se albergan las energías que, si las imaginamos concentradas en la Tierra, son las morbosas; y en la circunferencia se muestran las energías circulatorias curativas. Con la debida sensibilidad, podemos ver con una nitidez imposible de percibir en lo que rodea la Tierra, por hallarnos dentro, la salud que circula en los anillos de Saturno. En verdad, este anillo de Saturno contiene mucho más de lo que de el dicen los astrónomos: es salud circulante, en tanto que el interior de Saturno, en concentración pura, es lo morbozo y patógeno.

Y así vemos que en Saturno, colocado en el extremo de nuestro sistema planetario, se realiza el mismo proceso que Llevamos permanentemente en nosotros, gracias a nuestro metabolismo y nuestro organismo circulatoria Pero al contemplarlo, nuestra mirada espiritual se ve orientada hacia el coro, principalmente de la segunda y de la primera jerarquía: Kiriotetes, Dinamis, Exusiai; Serafines, Querubines, Tronos. Si con atención concentramos nuestra mirada espiritual en el Saturno y su anillo, nos vemos conducidos hacia esas jerarquías superiores que, complacidas, contemplan lo morboso y lo salutífero.

Ese beneplácito es una auténtica fuerza en el Cosmos, y fluye a través de nuestro sistema neuro-sensorio donde genera las energías del desarrollo espiritual del hombre. He ahí las energías que, pudiéramos decir, irradian floreciendo de la constante convalecencia que tiene lugar en el hombre. Así pues, hemos de distinguir, como tercera función, el desarrollo espiritual.

- | | |
|----------------------------------|------------------------------|
| 1. <i>Metabolismo</i> | <i>alimentación</i> |
| 2. <i>Circulación</i> | <i>terapéutica</i> |
| 3. <i>Sistema neuro-sensorio</i> | <i>desarrollo espiritual</i> |

A raíz de lo dicho, podemos describir al hombre a través de los ciclos saturnal, solar y lunar, diciendo: empieza siendo espíritu nacido del Cosmos; luego desarrolla dentro de sí al terapeuta, para que atienda al paciente cósmico. Por la acción conjunta de todo esto, se genera al hombre como dueño de su propia motricidad.

Necesitamos una nueva antropología, en la que cada detalle se inspire en la concepción que acabo de desarrollar. Tomemos el caso de alguien que quiera establecer un racional sistema terapéutico. ¿Qué deberá contener? Primordialmente, los procesos terapéuticos, desde

luego, mas, ¿dónde tomarán su origen? En los procesos metabólicos; pues lo demás, esto es, lo anatómico, incluso lo anatómico que penetra hasta los pormenores, por ser de morfología definida no puede ser mas que condición previa. Esto ya se humanizara por si mismo. Dentro de un sistema racional de la medicina, los procesos metabólicos deben estudiarse de manera que se perciban en ellos las tendencias morbosas. Así, un sistema moderno de la medicina ha de arrancar del sistema metabólico, por de pronto con los procesos metabólicos regulares; deduciendo de ahí la posibilidad de como las enfermedades internas pueden pacer del metabolismo en su más amplio sentido. Como siguiente paso, por medio del íntimo conocimiento de los procesos rítmicos, ha de resultar la terapia propiamente tal. Repito: el sistema moderno de la medicina ha de comenzar con el estudio de los procesos metabólicos y, de ahí, buscar la transición a todo lo que pueda suceder en el campo de los procesos rítmicos humanos.

Como culminación, habrá que destacar que el sano desarrollo de las dotes espirituales del hombre supone el previo conocimiento de sus poderes curativos. Hoy día, no es posible desarrollar ninguna pedagogía, esto es, ningún arte del saludable desarrollo de la naturaleza espiritual del hombre, a menos de que se parta de los procesos terapéuticos, pues ellos consisten precisamente en aplicar a la región media del hombre aquello que, en el pensar puro, se aplica al desarrollo de sus funciones mentales.

El maestro que ha captado que la educación es un arte, tiene que trabajar, al nivel espiritual, con los mismos poderes que, condensados a lo físico o a lo etéreo, son procesos terapéuticos. En todo lo que le hago al niño

en materia de arte pedagógico, subyace un proceso espiritual. Si traduzco este proceso, de modo que lo que realizo en espíritu, lo realizo aplicando alguna sustancia o proceso material, entonces el proceso o la sustancia será un medicamento. También se podría decir: el medicamento es la metamorfosis sustancializada del tratamiento espiritual del hombre. Recuerden el Curso Pedagógico que sustente para los visitantes de Inglaterra: ahí insistí en que el maestro inicia su quehacer con una especie de terapia humana general, así como que esta o aquella medida pedagógica puede dar origen, más adelante en la vida, a sedimentaciones metabólicas enfermizas o a la absorción del metabolismo irregular. De modo que la actividad del pedagogo, en su continuación hacia abajo, es decir, al nivel de la materialidad, se convierte en terapia, y su contraparte, lo que tiende de abajo arriba, es el proceso metabólico.

Necesitamos hoy día, pues, un nuevo sistema de medicina, derivado de un conocimiento íntegro del hombre. Esto sí es posible, y muchos así lo sienten; pero sólo se convertirá en logro definitivo cuando el sistema se halle estructurado en todos sus pormenores. Sin duda, esto es algo apremiante en la actualidad. Si revisan ustedes los actuales manuales de medicina, podrán observar, por regla general, salvo contadísimas excepciones, que no se empieza por el metabolismo; ¡y de él hay que partir!, pues de lo contrario, no se llega a conocer la verdadera índole de la enfermedad.

Efectivamente, los procesos de nutrición pueden transformarse en terapéuticos; los terapéuticos en espirituales; y éstos, de regreso, otra vez en terapéuticos. También puede suceder que los procesos espirituales den origen, directamente, a trastornos metabólicos, en

cuyo caso entran en un estado en que han de ser curados desde el organismo medio del hombre.

Entre todos esos niveles hay transición: toda la organización humana se halla en constante y prodigiosa metamorfosis. Veamos, por ejemplo, los procesos que presiden la maravillosa circulación de la sangre humana. ¿Cuáles son?

Para empezar, ocupémonos de la sangre que circula al margen del resto del organismo. Ocupémonos asimismo del esquema humano: el sistema vascular, con su continuación al muscular y óseo, y distingamos entre el armazón sólido y el líquido que en él circula. A propósito del estado líquido, detengámonos en la sangre, haciendo caso omiso de los demás humores. ¿Que procesos tienen lugar en esa sangre que circula? Sin duda, hay en ella continuamente procesos que se realizan, estos procesos que tienen su justo lugar en la sangre líquida y que pueden afectar el revestimiento, el armazón o cualquier otro elemento estructural del esquema humano, en cuyo caso lo propio de la sangre se entromete en la pared vascular, el músculo, el hueso o algún órgano protector, donde se convierte en impulso para fenómenos inflamatorios.

Esos impulsos que aisladamente se encuentran aquí o allá, existen en acción normal y permanente en la sangre líquida. Las inflamaciones son procesos regulares de la sangre circulante, desplazados a sitios indebidos, esto es, a sitios solidamente configurados. Un proceso absolutamente normal y sano, dislocado a un lugar donde no pertenece, se convierte en morboso. Ciertas enfermedades del sistema nervioso consisten precisamente en que este sistema, en cuanto a su organización polarmente opuesto al sanguíneo, sufre la intrusión de los proce-

sos que son normales en los vasos sanguíneos, y entonces por esa penetración, por leve que sea, se engendran incipientes inflamaciones. Así se producen los diversos cuadros neurológicos.

Ya dije que los procesos que tienen lugar en los nervios, son muy distintos de los sanguíneos, en verdad, opuestos. En la sangre predominan los con tendencia hacia lo fosfórico, y si ellos se apoderan de las áreas circundantes o colindantes, se produce la inflamación. Inversamente, cuando los procesos propios de los ductos nerviosos emigran hacia los órganos vecinos, o incluso hacia la sangre, de modo que esta abastece incorrectamente los demás órganos, nace la tendencia al tumor: toda formación de tumores es un proceso nervioso metamorfoseado, en lugar indebido del organismo humano.

Así pues, lo que corre en los nervios, en ellos ha de quedar; lo que corre en la sangre, en ella ha de quedar asimismo. Si lo propio de la sangre invade la vecindad, se forman inflamaciones; si lo propio del nervio se extralimita, nace toda clase de engendros y bulbos que se conocen con el nombre trivial de tumores. De ahí se deduce la necesidad de establecer el correcto ritmo entre los procesos del sistema nervioso y los del sanguíneo.

Poseemos, no solamente el contraste general entre el ritmo respiratorio y el sanguíneo, sino también, en la sangre circulante, delicados procesos que, al extralimitarse, se convierten en inflamatorios. Y estos delicados procesos deben hallarse en cierta relación rítmica con lo que sucede en el nervio vecino, así como la respiración ha de hallarse en conexión con la circulación sanguínea. En el momento en que se trastorne esa correspondencia entre el ritmo sanguíneo y el nervioso, hay que restablecerla.

Así nos adentramos otra vez en un sector de la terapia de los procesos curativos. Se darán ustedes cuenta que, en el hombre, toda la gama de posibilidades y funciones ha de hallarse presente: incluso lo más enfermo ha de estar ahí, para que podamos desviarlas del lugar equivocado a que fue a parar, al que le corresponde. Si lo enfermizo no estuviera ahí, el hombre no podría subsistir: subsiste gracias a que es susceptible de contraer inflamaciones, ya que es indispensable la presencia en la sangre de las funciones pirógenas. A hechos como este me he referido, cuando, a menudo, he dicho: todo conocimiento que adquirimos, ha de nacer de un auténtico conocimiento del hombre, afirmación que nos lleva a comprender las razones por las que la pedagogía, practicada tan a la ligera y abstractamente, es una insensatez. Propiamente, en pedagogía debiera partirse siempre de ciertos procesos patológicos y de su posibilidad de curarlas.

Si uno conoce una enfermedad cerebral y la posibilidad de su curación, el tratamiento corresponde, en lo burdo material, exactamente a los procedimientos del arte pedagógico. (Digo "burdo" material, porque se trata de un proceso físico, aunque, desde luego, en otro aspecto, no deje de ser proceso delicado). De ahí que todo verdadero seminario pedagógico debe transmitir a los maestros temas de patología y terapéutica; para que empiecen por adiestrar su pensamiento al contacto con realidades palpables, arraigadas en la sustancia, y así se hallen capacitados para comprender después la pedagogía propiamente tal.

Inversamente, nada más útil para la terapia, particularmente la de las enfermedades internas, que saber cómo actúa esto o aquello en el tratamiento artístico de la educación: del correcto enfoque pedagógico se puede

tender el puente hacia lo sustancial, es decir, descubrir el medicamento.

Así, por ejemplo, si el maestro encuentra los medios pedagógicos correctos para contrarrestar en los niños ciertas actitudes de abulia derivados de trastornos del sistema digestivo, surgen en él notables tendencias internas; claro que solamente si vive en la pedagogía; no, en cambio, si su preocupación es superficial y si, al terminar las clases, prefiere reunirse en tertulia de amigos, para olvidarse de todo lo de la escuela. El tratamiento que el maestro prodiga al niño, ha de generar en él la tendencia a percibir sinópticamente toda la acción y conexión de los cefálicos y abdominales; y así, al estudiar, en mineralogía, por ejemplo, los procesos que tienen lugar cuando el cobre forma tal o cual compuesto en la tierra, la observación de la génesis de algún material de cobre, le suscitará la impresión: ahí, el poder cúprico hace lo mismo que yo hago con el muchacho o con la muchacha: los procesos cúpricos se convierten en trasuntos de mi propia actividad. Para el pedagogo es sumamente sugestivo lograr una claridad intuitiva, emotiva e instintiva, de la propia actividad, y luego, encantado, salir al campo, para observar cómo actúa pedagógicamente en amplitud, como, ahí donde por un proceso calizo pudiera suceder algo funesto, se le agrega, de alguna manera, un proceso cobrizo. Esos procesos de formación de minerales cupríferos, dentro del conjunto de los demás procesos telúricos, encierran también constantes curaciones. Y es encantador decirse, al encontrar algún mineral de piritita o malaquita u otro similar: "¡he ahí lo mismo que tratar correctamente a los hombres!" Ahí, los espíritus de la Naturaleza, en descenso desde las jerarquías hasta los geniecillos elementales de que les hablé, tratan terapéuticamente los mismos síntomas que, en la vida

humana, podrían manifestarse como procesos alteradores y morbosos". Cuando vemos lo que sucede en la Naturaleza, nuestro único esfuerzo ha de ser decidimos a leerlo. Si uno considera tal o cual sustancia como fármaco o la elabora, basta con preguntar: ¿dónde aparece el hierro?, dónde aparece este o aquel metal en las venas? Y si luego se estudia la ecología del lugar donde algo de metálico aparece aquí o allá en la Naturaleza, se encontrará invariablemente la existencia de un proceso terapéutico. ¡Tómalo, contínualo al interior del organismo humano, para crear una terapia que lo ha demostrado la propia Naturaleza ahí fuera!

En verdad, toda serena contemplación del mundo natural es un auténtico estudio de lo nutricional, de lo curativo, de lo espiritual, pues ahí alternan continuamente el enfermar y el sanar; ahí fuera están los grandes procesos de la terapia cósmica, la maravillosa sinergia del macrocosmos con el microcosmos: basta observarlos y aplicarlos al hombre. Es profundamente cierto lo que dije a algunos de ustedes en una u otra forma:

*Si quieres conocerte a ti mismo;
contempla el mundo por todos lados.*

*Si quieres conocer el mundo;
contéplate en tus propias honduras.*

Mas este aforismo se puede aplicar a todo: "si quieres curar al hombre, mira el mundo por todos lados; observa como la Naturaleza genera salubridad por todas partes; si quieres conocer los secretos del mundo como procesos morbosos o salutíferos, penetra en las honduras de la naturaleza humana". Esto pueden ustedes aplicarlo a todo lo que es esencia humana, dirigiendo la mirada hacia la gran Naturaleza, y percibiendo al hombre en su viva conexión con ella.

Hoy día, la costumbre es distinta: nos alejamos de la Naturaleza, lo más posible; nos encerramos: así, al objeto que queremos examinar lo colocamos bajo un vidrio sobre una mesita; el ojo no se dirige a la Naturaleza sino a un tubo; incluso la mirada queda desvinculada de la Naturaleza: he ahí el llamado microscopio. Con igual derecho, podría llamárselo "nuloscopio", porque nos separa del gran mundo natural. Y uno no se da cuenta que, al ver el objeto ampliado, el conocimiento espiritual se halla en una situación análoga a la que se produciría si, en escala mayor, tuviera lugar el proceso en la Naturaleza. Si con ayuda del microscopio ampliamos alguna diminuta partícula del hombre, hacemos con ella lo mismo que haríamos con el hombre, si lo despedazáramos y desgarráramos, algo mucho más atroz que el celebre Procrustes, si tratáramos de desgarrar al hombre para aumentarlo al igual que esa diminuta partícula bajo el tubo. ¿Tendríamos entonces todavía al hombre? Claro que no. Así tampoco tenemos la verdad bajo el microscopio: la verdad ampliada ya no es verdad, sino algo aparente. No debemos alejarnos de la Naturaleza, encerrar nuestra propia mirada. Sin duda, en otros aspectos, esto puede ser útil, pero nos aleja del auténtico conocimiento del hombre, conocimiento que ha de buscarse por los caminos que hemos señalado: de los procesos alimenticios, por los terapéuticos, a los pedagógicos humanos y universales, en el más amplio sentido. En síntesis: de la alimentación, pasando por la terapéutica, a la civilización y cultura. Todo esto es como el conocimiento de los procesos físicos que, en el hombre, se hallan concentrados en la alimentación; de los procesos terapéuticos que nacen de lo circunvalante y se hallan concentrados en los procesos rítmicos; y de lo que viene de arriba y que, en el hombre, se concentra por los pro-

cesos neuro-sensorios. Así es como se edifica el mundo en tres peldaños.

Esto es lo que quise darles como un a modo de fundamento; sobre él continuaremos edificando, y veremos que, desde tales puntos de partida, podemos ascender a su aplicación a la vida practica, y luego al conocimiento de las jerarquías.

UNDÉCIMA CONFERENCIA



De lo dicho hasta ahora, habrán ustedes desprendido que las relaciones entre el hombre y su medio ambiente son distintas a como a menudo se las pinta según los conceptos actuales. Con demasiada facilidad, se piensa que aquello que vive en el medio circundante humano: lo mineral, vegetal y animal, ingerido por el hombre, continúa, dentro de él, los mismos procesos externos que el físico o el químico materialmente investiga. Y de ninguna manera es así: al contrario, de la epidermis hacia dentro, todo transcurre en forma distinta; es más, el mundo endodérmico es otra cosa que el exodérmico, y mientras esto no se tenga en cuenta, no se dejará de reflexionar sobre el mecanismo de cómo se continúa, dentro del organismo humano, lo que previamente se ha investigado en la retorta o por otros medios, y se seguirá considerando a ese organismo, como aparato un poco más complejo de reacciones de laboratorio.

Recuerden, sin embargo, lo que ya hemos dicho: en el hombre, todo lo mineral ha de ser transformado hasta el nivel del éter calórico. En otras palabras: todo lo mineral que penetra en el organismo humano, ha de metamorfosearse al grado de que, por lo menos temporalmente, sea calor puro, consustancial con el que el hombre desarrolla por encima del calor ambiental. Tanto si se trata de alguna sal u otra sustancia cualquiera, siempre habrá de adoptar la condición de éter calórico, antes de que el organismo la utilice para hacerla suya.

Así pues, es necedad imaginarse que el mineral simplemente migra de afuera hacia adentro del organismo, y en él se instale como parte de sus huesos, dientes, etc.: lo que posteriormente reaparece en la figura humana, ha de haber pasado, en tránsito, de alguna manera, por la forma totalmente volátil de éter calórico,* y haberse reconvertido en lo que luego aparece como forma orgánica viva.

Con todo esto se vincula otra cosa: una sustancia sólida que, ya en la boca, se transforma en acuosa y luego se rarifica hasta el éter calórico, se hallará plenamente preparada para recibir lo espiritual que desciende desde las alturas cósmicas.

¿Cuál será, pues, la transformación que sufre lo mineral en el hombre? Ahí está la sustancia mineral; se introduce en el hombre; en él se transforma, pasando por las etapas de lo líquido y gaseoso, hasta el éter calórico; luego, es éter calórico. Este éter calórico tiene óptima disposición para recibir las energías que irradian y se difunden en él, procedentes de las vastedades cósmicas; las hace suyas: las energías cósmicas, al llegar al organismo humano, se convierten en energías espiritua-

* Para facilitar la comprensión, el traductor se permite recordar que el éter calórico representa el preciso nivel de transición entre lo material y lo inmaterial, como, puede apreciarse de la siguiente tabla:

Estados de agregación o "elementos"	{ calor aire agua tierra	=.	éter vital éter químico éter lumínico éter calórico	} niveles energéticos
-------------------------------------	--------------------------------------	----	--	-----------------------------

les que impregnan de espíritu la materia terrenal transformada en éter calórico; y sólo así, y con ayuda de dicha materia eterizada, penetra en el cuerpo lo que este necesita para configurarse.

Si, en el antiguo sentido, llamamos "fuego" al calor, podemos decir: lo que el hombre recibe de mineral, lo eleva al nivel ígneo. La condición ígnea queda así dispuesta para asimilar las influencias de las jerarquías superiores, fuego que, a su vez, emana hacia todas las regiones internas del organismo y, al solidificarse, genera la base sustancial de los diversos órganos. Nada, pues, de lo que el hombre ingiere, permanece tal cual era; nada continúa siendo sólido; todo, particularmente lo que procede del reino mineral, se transforma lo suficientemente como para asimilar lo cósmico-espiritual y, con su ayuda, volver a solidificarse a la condición terrena.

Así, el fosfato de calcio que ustedes detectan en un fragmento de hueso, no es el mismo que el que encuentran en la Naturaleza o preparan en el laboratorio, sino el que debe su origen a lo exteriormente admitido con ayuda de las energías que penetraron en ello durante la fase de hallarse en la condición de éter calórico, para así poder intervenir en la formación del hombre.

De ahí que el hombre necesite, durante su vida, las más variadas sustancias, para que, de acuerdo con la etapa vital en que se encuentre, pueda transformar lo inanimado en éter calórico. El niño no lo podría; carece todavía de suficiente fuerza su organismo; así, en vez de la materia inanimada, tiene que asimilar la leche que, en cuanto a su composición, es todavía muy afín a la organización humana; luego llevarla a la condición de éter calórico, y utilizar finalmente sus energías para llevar a cabo la rica modelación plástica del cuerpo infantil.

Considerando, pues, que sólo se comprende la naturaleza humana si se sabe que todo lo que en ella se introduce, ha de ser transformado a fondo, se darán ustedes cuenta que no es posible determinar, con los métodos de la química ordinaria, el valor que cualquier sustancia puede tener para la vida humana; pues con este propósito habrían de saber cuánta energía tiene que aplicar el organismo para llevar, por ejemplo, una sustancia mineral hasta la volatilidad del éter calórico. Si el organismo no es capaz de esa rarificación, la sustancia mineral externa se deposita en él, sucumbiendo a la gravedad sin haberse previamente transformado en calor, y así impregna los tejidos como extraña materia inorgánica.

Tal puede suceder, por ejemplo, si el hombre no es capaz de llevar hasta la volatilidad del éter calórico, el azúcar que ingiere mineralizado, aunque sea, de origen orgánico. En este caso, el azúcar se deposita en el organismo sin haber atravesado la condición previa necesaria para que el organismo sanamente lo integre, y da origen a la grave glucosuria o diabetes. Toda sustancia inanimada, ya se trate de desvitalización originaria, como cuando comemos sal de cocina, o desvitalización secundaria, como en el caso del azúcar, ha de examinarse considerando en qué medida puede el organismo llevar lo inanimado a la condición de éter calórico, en la que, arraigado en la Tierra, establecerá su conexión con el Cosmos espiritual.

Cada uno de esos depósitos que quedan sin elaborar, como en la diabetes, significa que el hombre no logra vincular con lo espiritual del Cosmos, las sustancias que se han ingerido. He ahí la aplicación específica de la proposición general de que el hombre ha de elaborar a fondo, interiormente, todo lo que recibe de fuera. Lo

que implica que, para atender la salud del hombre, hay que procurar, ante todo, que no se introduzca en él nada que continúe inalterado, no reformado hasta su última partícula. Y esto que digo, no se refiere tan solo a las sustancias, sino también a las energías.

El calor externo, que sentimos al tocar los objetos o el que tiene el aire, debe sufrir una transformación al ser admitido por el organismo, de modo que, efectivamente sea cualitativamente distinto, y se halle a otro nivel. El organismo debe apoderarse de, e intervenir en, toda diminuta partícula del calor externo para adecuárselo.

Tomemos el caso de que yo camino en un día de frío, y que, por ser intenso o por oscilar en el aire móvil o en el chiflón no puedo transformar tan rápidamente como sería necesario, en mi propio calor, el calor cósmico que existe. Surge entonces el peligro de que el calor externo me caliente, igual a como un pedazo de leña o una piedra se calientan desde fuera. Y esto no debe ser: no debo exponerme al peligro de que el calor externo me riegue cual si fuera yo un objeto cualquiera. Debo ser capaz, en todo momento, de que sea mi epidermis la que acoja el calor y de que yo me lo apropie; de lo contrario, me resfrío.

He ahí el proceso del resfrío: el resfrío es una intoxicación del calor externo que el organismo no ha podido apropiarse.

Todo lo que está en el mundo externo, es en sí veneno para el hombre, veneno auténtico, que sólo deja de serlo y se convierte en algo benéfico, si es él quien se posesiona de ello por medio de sus propias fuerzas: solamente desde el hombre, pueden las fuerzas externas ascender, de manera humana, hacia las jerarquías superiores. Ahí afuera, permanecen con los seres elementa-

les de la Naturaleza, los geniecillos elementales; dentro de la organización humana, ha de operarse una prodigiosa transformación, para que esos geniecillos elementales puedan entregar su trabajo a las jerarquías superiores. En el caso de lo mineral, esto sólo es posible previa transformación total en éter calórico.

Veamos ahora el mundo vegetal. Si lo contemplamos con la mirada del espíritu, ese mundo nos produce encanto de múltiple manera. Salimos al prado o al bosque; excavamos alguna planta con su raíz, y si miramos lo excavado con sensibilidad espiritual, asistimos a una maravillosa combinación mágica: la raíz nos presenta la impresión de haberse totalmente confundido con lo terrestre; ¡la raíz vegetal es algo plenamente terrestre! así, algunas de ellas, particularmente la del nabo, nos recuerdan siempre un banquero orondo: es corpulenta y sosegada de suyo; ha recibido las sales de la tierra y se siente a sus anchas con esa sensación de haber hecho suya a la tierra. En todo el reino terrestre, no hay nada más contento que esa raíz de nabo, en verdad, la representante de lo radical.

Miremos, en cambio, la flor. Si la contemplamos con el ojo del espíritu, no podemos menos que intuir la como si fuera nuestra propia alma cuando abriga los deseos más tiernos. Deténganse alguna vez en una típica flor primaveral: es como un soplo de deseo; es la materialización de una añoranza. Y si tenemos el suficiente delicado sentido anímico, se derrama algo maravilloso sobre el mundo floral que nos rodea.

Si vemos, en primavera, la violeta o el narciso o el lirio de los valles, o una de esas florecillas amarillas, nos sentimos embargados como si todas estas plantas de floración primaveral quisieran decirnos: ¡Oh hombre: cuán

puros e inocentes pueden ser los deseos que diriges hacia lo espiritual! En toda flor primaveral germina y brota la anhelante efusión espiritual, sumergida en devoción.

¿Y las flores posteriores? Veamos, de una vez, el extremo, el cólquico, esa tardía flor otoñal. ¿Será posible contemplarlo, con el alma abierta, sin un ligero sentimiento de pudor? ¿No nos sugiere el cólquico que nuestros deseos puedan volverse impuros, invadidos por toda clase de improbidades? Los cólquicos nos hablan desde todos lados como si quisieran susurrarnos: "oh, hombre, mira el mundo de tus deseos: ¡cuán fácilmente puedes convertirte en pecador!"

Así, el mundo vegetal es el espejo natural de nuestra conciencia moral. Nada más poético que imaginar las voces de la conciencia que brotan de lo interno, extendidas sobre las más variadas formas florales que, a lo largo de las estaciones, nos hablan de multiforme manera. Si sabemos contemplar debidamente el mundo de las plantas, he ahí el espejo extendido de nuestra conciencia.

Si tenemos esto presente, cobrará particular importancia para nosotros mirar la flor y comparar, por una parte, coma es la añoranza por las vastedades luminosas del Universo, cómo crece hacia el para difundirle los deseos de la Tierra, y cómo, por la otra, la corpulenta raíz ata la planta a la tierra, le arrebatada sus deseos celestes, y trata de transformarlos en placentero sosiego terrestre. Comprenderemos por qué esto es así si, en nuestro estudio de la historia evolutiva de la Tierra, nos percatamos de que lo privativo de la raíz vegetal se originó en los tiempos en que la Luna todavía estaba unida a la Tierra.

Entonces, las fuerzas ancladas en 1a. Luna obraban dentro del cuerpo telúrico con tanta potencia que casi no

dejaban que la planta desarrollara algo más que su raíz. Cuando la Luna era todavía una con la Tierra, aún de sustancia distinta, el elemento radical se extendía poderosamente hacia abajo. Hacia abajo, se extendía lo radical, en tanto que, hacia arriba, las plantas apenas si se asomaban al Universo: cual una pelusilla, expelían sus brotes hacia el Universo. Podemos tener la sensación siguiente: mientras la Luna se hallaba todavía con la Tierra, sus fuerzas contenidas en el cuerpo telúrico, aherrajaban lo vegetal a lo terrenal. Y lo que entonces se infundió en la planta, subsiste como tendencia en la raíz.

Pero después que la Luna se separó de la Tierra,- en los anteriormente diminutos brotes que se asomaban al Universo, se fue desplegando la añoranza por las vastedades luminosas del Universo, y así nació la manifestación floral. Visto de este modo, el éxodo de la Luna fue, para el reino vegetal, una auténtica liberación.

Sin embargo, no hemos de olvidar que todo lo terrestre tiene su origen en lo espiritual. Durante el antiguo período saturnal —lean mi descripción en la “Ciencia Oculta” — la Tierra era completamente espiritual, vivía solamente en el elemento del éter calórico.

Primero fue el espíritu; luego, partiendo de él, la Tierra. Observando la planta, vemos en su figura, el recuerdo viviente de su evolución: su radicalidad encierra la tendencia hacia la terrenalidad; la raíz sólo se hizo posible gracias a que lo material se ha desarrollado a partir de lo espiritual. Pero tan pronto como la Tierra se ha desvinculado de lo lunar, la planta ha tendido a regresar hacia las vastedades luminosas.

Cuando comemos una planta, le damos la oportunidad de que continúe lo que ya ha iniciado en la Naturaleza externa: afanarse en regresar a las vasteda-

des cósmicas, no solamente por luminosas, sino también por espirituales. Por eso dije que hemos de llevar lo vegetal hasta lo aeriforme, lo gaseoso, para que así pueda seguir su anhelo por las vastedades de la luz y del espíritu.

Salgo al prado; intuyo como la flor de la planta se afana por la luz. El hombre degusta la planta; tiene dentro de sí un mundo muy distinto al circundante exterior; puede llevar a cumplimiento, en su interior, lo que la planta, ahí fuera, expresa en la flor como añoranza. Vemos extendido en la Naturaleza, el mundo de añoranza de las plantas. Degustamos las plantas y, al hacerlo, ofrendamos esa añoranza al mundo espiritual. Mas para esto, hemos de elevar la planta al reino aéreo, para que, en ese reino más liviano, tenga la posibilidad de afanarse por lo espiritual.

Cuando comemos la planta, sufre ella un extraño proceso. Si ponemos aquí (se hace un dibujo), esquemáticamente, lo radical, y luego lo que, a través de la hoja, tiende a la flor, entonces, en la "aereación", presenciaremos internamente, una inversión: la raíz que, precisamente por vivir en la tierra, se halla atada a ella, tiende vigorosamente hacia arriba, hacia lo espiritual, y deja postergado el afán de la flor. En verdad, imaginen lo vegetal desplegado hacia abajo, y luego abriéndose pasó hacia arriba el poderoso empuje de lo de abajo, la raíz, de modo que lo superior queda convertido en inferior, y lo inferior en superior. La planta sufre una involución vital completa: se configura internamente de modo que lo de arriba esté abajo, y lo de abajo, arriba; lo que ya había alcanzado la condición de flor, ha huido de la luz en afán material, y ha llevado la materia hasta la luz. De ahí el castigo de tener que permanecer abajo. En cambio,

la raíz, esclava de lo terrestre, lleva dentro de sí la íntegra naturaleza vegetal — muy bien lo explica la teoría goetheana sobre la Metamorfosis de la Planta —, y tiende hacia arriba.

¡Que diferencia entre hombre y planta!: cuando el hombre es un pecador empedernido, quiere seguir siéndolo. En cambio, la raíz vegetal que, en tanto que aherrrojada en la tierra, nos produce la impresión de banquero sosegado de suyo, se transforma tan pronto como la ingiere el hombre, y tiende hacia arriba, a la vez que la flor, después de haber llevado la materia a la luz, ha de permanecer abajo. En otras palabras: lo que es radicalidad en la planta, cuando se degusta, tiende, por su propia esencialidad, hacia la cabeza humana, en tanto que lo que pertenece al nivel de la flor, permanece en las regiones inferiores; en el metabolismo global, no alcanza a subir hasta el nivel cefálico.

Asistimos, pues, al notable y maravilloso espectáculo de que, al comer el hombre la planta, ella se le convierte en aire, aire que avanza vegetalizado de arriba abajo; aire que, pudiéramos decir, florece de arriba abajo.

Claro está que no hace falta comerse la planta entera, pues cada una de sus partes lo es; consulten, insisto otra vez, la Teoría de la Metamorfosis, de Goethe.

Cuando todo esto se sabía por medio de la antigua clarividencia instintiva, se examinaban las plantas en cuanto a su propia composición, a fin de indagar si podían ser provechosas para la cabeza humana, es decir, si su raíz acusaba un afán hacia lo espiritual. De existir esta tendencia, la parte que comemos, al consumarse la digestión, va en busca de la cabeza humana, penetra en ella y, de ahí, aspira hacia el cosmos espiritual y entra en unión con él.

En las plantas fuertemente permeadas de astralidad, como en las leguminosas, incluso el fruto permanece en las regiones inferiores sin ascender a la cabeza, con el resultado de producir un sueño sordo y, por ende, una cabeza embotada, al despertar. Por eso, los pitagóricos que querían conservarse como pensadores puros sin acudir a la digestión en apoyo de la función cefálica, tenían prohibidas las habas.

Así es como se puede vislumbrar la relación entre lo que existe en la Naturaleza externa y las funciones humanas. A quien posea la ciencia iniciática espiritual, le es difícil imaginar los puntos de vista de la ciencia materialista con respecto a la digestión humana. Sin duda, es distinta la digestión de la vaca (ya nos ocuparemos oportunamente de ella) pero ¿por que supone que lo vegetal simplemente se ingiere? ¡No es simple ingestión; es espiritualización total! Lo vegetal posee la propia configuración interna de que lo inferior se vuelca a lo supremo, y lo supremo a lo inferior. No es posible imaginar ninguna transformación mas drástica que esta. Y el hombre enferma tan pronto como ingiere, aunque sea en pequeñísima parte, una planta en que no haya tenido lugar esa inversión.

Esto les permite apreciar que el hombre no lleva en sí nada que el espíritu no transforme: las sustancias que ingiere, hay que darles primero la forma apropiada para que sean susceptibles a la influencia del espíritu.

Después de la digestión de minerales y plantas, pasemos ahora a la del animal. Tengamos presente que el posee su propia digestión, y que, básicamente, ingiere materia vegetal. Veamos los herbívoros: su proceso de digestión es bastante complicado, ya que el animal, al ingerir lo vegetal, no puede ofrecerle la contraparte de

una figura como la humana. De ahí que, en el animal, no puede realizarse la mencionada inversión total de la planta. La columna vertebral del animal es paralela a la superficie terrestre, y así, el proceso digestivo sufre un profundo trastorno: lo de abajo quiere subir, lo de arriba quiere bajar; todo se restaña en sí mismo. De ahí que la digestión animal sea esencialmente distinta de la humana: en aquella se estanca lo que vive en la planta. El resultado es que al ser vegetal se le promete, en el animal: "podrás satisfacer tus anhelos por las vastedades universales" ... Pero la promesa no se le cumple: la planta es revertida a la Tierra.

Debido a este replegamiento, penetran en la planta inmediatamente ciertos espíritus elementales, en vez de los cósmicos que la penetran cuando, en el hombre, tiene lugar aquella inversión. Esos espíritus elementales, son vehículos de miedo. Así, a la visión espiritual se presenta la siguiente extraña situación: come el herbívoro en íntimo sosiego, y al mismo tiempo que la corriente de alimentos va en una dirección, va hacia la otra, una corriente de angustia la que producen los geniecillos elementales del miedo. El ducto digestivo del animal hallase recorrido, en dirección de la digestión, continuamente, por la catatimia que le produce la alimentación, en tanto que, en sentido contrario a ella, se mueve una angustiosa corriente de espiritualidad elemental.

Esto es también lo que los animales dejan como remanente cuando mueren. Al morir los animales que no pertenecen a las familias que anteriormente describí, y también ciertos mamíferos cuadrúpedos, se yergue sobre su muerte un ser totalmente integrado de pusilanimidad. Con el animal moribundo, se yergue la angustia. Las fieras incluso ya la saborean, y al desgarrar su

presa, comen la carne con una sensación de catatimia. Sale al encuentro de ese bienestar por el consumo de la carne, el miedo o el temor, que los herbívoros no despiden hasta la muerte, y que las fieras emiten ya en vida. De ahí que el cuerpo astral de los animales de presa, como los leones o los tigres, se halle permeado de miedo que ellos no sienten de inmediato durante la vida, pero que rechazan después de la muerte por ser antagónico a su bienestar. Hemos de reconocer así, que los carnívoros incluso tienen cierta vida post-mortem dentro de su alma grupal, en verdad, un kamaloka más terrible del que puedan vivirlo jamás los hombres, simplemente porque tienen esa peculiar naturaleza suya.

Como es natural, todo eso se vive a otro nivel de conciencia. Si ustedes, ni tardos ni perezosos, caen en el punto de vista materialista; si se colocan en el lugar de la fiera; si empiezan a imaginar cuáles serán sus vivencias en ese kamaloka, y si luego comienzan a juzgar ese animal de conformidad con lo que el kamaloka sería para los hombres, entonces ustedes son materialistas, propiamente animalistas, ubicados en el lugar del animal. Sin duda; para comprender al mundo, es necesario comprender todo esto, pero no proyectarse en ello, a manera de como el materialista se sitúa en la materia inanimada para todas las cuestiones relativas al mundo.

Aquí rozo un capítulo que no quiero enfocar sino al nivel psíquico, pues la Antroposofía nunca debe asumir una actitud agitadora, no abogar por lo uno o por lo otro, sino simplemente ofrecer la verdad. Es asunto propio del individuo, el que saque las consecuencias para su propio estilo de vida: la Antroposofía no da preceptos; se limita a enunciar verdades. De ahí que jamás se me ocurrirá fijar, para los fanáticos, mandamientos que se deriven de

las peripecias relacionadas con el animal y su alimentación vegetal; no voy a predicar, desde este punto de vista, sobre vegetarianismo, dieta de carne, etc., asuntos que caen en la esfera de la propia deliberación, pues solo así tienen valor. Lo menciono para que no surja la opinión de que la Antroposofía propague algún tipo de régimen dietético, cuando, en realidad, sólo hace comprensibles las diversas modalidades de dietas.

Lo que me importaba mostrarles, era el hecho de que hemos de empujar lo mineral hasta el nivel del éter calórico, para que pueda dar cabida a lo espiritual; de hacerlo así, el hombre va siendo construido desde lo material después de su impregnación de lo espiritual. Les dije que el ser humano en su temprana etapa, todavía no puede lograr que lo puramente mineral pase al nivel de éter calórico; y así, parte del trabajo se le anticipa con la ingestión de la leche que ya ha sufrido cierto cambio, con lo que se facilita la posterior transformación en éter calórico: la leche que el niño ingiere, derrama sus energías rápidamente hacia la cabeza y, desde ahí, desarrolla los impulsos morfogenéticos que le son necesarios. En efecto, toda la organización durante la etapa infantil dimana de la cabeza.

Si el hombre, en edad posterior, ha de conservar estas energías morfogenéticas, no ha de pretender estimularlas por el consumo de la leche, ya que en el adulto no prevalecen las tendencias que, en el niño, se dirigen a la cabeza, y que, en virtud de las fuerzas cefálicas existentes hasta la segunda dentición, son capaces de irradiar su función formadora hacia el cuerpo entero. En el adulto, es todo el resto del organismo que ha de irradiar las energías morfogenéticas; y su impulso se favorece particularmente, si se toma algo de efecto distinto al de la cabeza:

Nuestra cabeza esta cerrada por todos lados; en ella, laten los impulsos para la estructuración del cuerpo infantil. En cambio, en el resto del cuerpo, los huesos están dentro, y las energías morfogenéticas fuera; por eso, esas energías necesitan estimularse desde el exterior. La introducción de la leche en la cabeza infantil, estimula las energías morfogenéticas; en el adulto, ya no existen en ella. ¿Qué hacer para lograrlas desde fuera?

Evidentemente, seria bueno tener en una forma exterior: aquello que lleva a cabo la cabeza en el interior de la cápsula craneana. Las energías que están ahí dentro, se benefician del consumo de leche: su presencia en forma eterizada ofrece buena base para el desarrollo de estas energías cefálicas. Necesitaríamos, pues, algo similar a la leche, mas no producido en el interior del organismo, sino fuera de él.

Y he aquí que en la Naturaleza existe algo como cabeza sin capsula craneana; algo en que actúan desde afuera las mismas energías que actúan interiormente en la cabeza donde se utiliza la leche y luego incluso se regeneran; pues, no olvidemos que el niño ha de desmaterializar la leche a la condición de éter calórico, para regenerarla después.

¿Dónde encontrar semejante cabeza abierta a todos lados? ¡En la colmena! El quehacer de las abejas en el mundo exterior es, aunque apoyado por la colmena, propiamente, lo mismo que la cabeza hace en el interior. Bajo la influencia espiritual externa, tiene lugar en la colmena lo mismo que la cabeza hace en el interior. Bajo la influencia espiritual externa, tiene lugar en la colmena lo mismo que efectúa la cabeza bajo la influencia espiritual interne. La colmena contiene miel, y si nosotros, ya en edad más avanzada, la ingerimos, de ella

obtenemos, para las energías formadoras que han de actuar desde fuera, la misma potencia que nos ofrecía la leche en nuestra infancia.

Entonces estimulábamos las fuerzas plásticas desde nuestra cabeza, tomando leche; después, las lograremos a través de la miel, no en grandes cantidades: lo único que importa es recibir sus energías.

Así pues, captando cabalmente la Naturaleza, ella misma nos revela cómo han de introducirse en la vida humana los impulsos benéficos. Si imagináramos un país morada de ancianos realmente bellos, ¿cómo sería? Una Tierra donde manara la leche y la miel. He ahí la imagen de la antigua visión instintiva de que, en la Tierra de Promisión, manaría "la leche y la miel".

Muchos de esos sencillos decires encierran una sabiduría insondable, y, en rigor, no hay vivencias mas hermosas que las de explorar primero, con el máximo esfuerzo, la verdad, y luego encontrar, en alguna parte, una vetusta palabra sagrada y apodíctica, henchida de sabiduría profunda a flor de piel, como la de la Tierra donde correrá la leche y la miel. En verdad, país excepcional: tiene bellos niños y bellos ancianos.

Vemos, pues, que comprender al hombre supone comprender la Naturaleza, y su comprensión suministra la base para la comprensión del hombre. Siempre, lo material más inferior conduce hasta lo espiritual supremo: los reinos de la Naturaleza, sus reinos mineral, animal y vegetal en el polo inferior, y las jerarquías en el otro, el superior.

DUODÉCIMA CONFERENCIA



Hemos visto que las sustancias naturales, al introducirse en el organismo humano, sufren una transformación, particularmente drástica en el caso de las sustancias minerales, pues han de rarificarse hasta el nivel del éter calórico. Si nos detenemos en esto, descubriremos que la realidad que integra el organismo humano natural, se vincula, a su vez, a lo espiritual. Las ilustraciones de los corrientes manuales de anatomía y fisiología, nos presentan al hombre como si fuera una estructura sólida que recibiera los ingredientes de la Naturaleza externa y los conservara virtualmente inalterados. Este enfoque nos lleva a sentir, penosamente, la falta de un puente tendido entre la constitución natural del hombre y la región con que su alma guarda verdadera afinidad.

Quien, de esta manera, conciba el sistema óseo y muscular como cuerpos sólidos, no podrá de inmediato encontrar su conexión, por ejemplo, con el orden moral del mundo, sino que declarará: lo uno es la Naturaleza; lo otro algo que radicalmente se distingue de ella. En cambio, quien ponga en claro que en el organismo humano existe toda clase de sustancialidades, y que todas ellas han de pasar por condiciones sustanciales más volátiles que los músculos y huesos, se dará cuenta que una sustancialidad más volátil y más etérea, sí puede establecer un nexo con los impulsos del orden moral del mundo.

He ahí el pensamiento con el que hemos de vincularnos, para que nuestras reflexiones nos conduzcan al nexo que une al hombre con lo alto, con lo espiritual del Cosmos, con las entidades de las jerarquías superiores. Así, en tanto que en las conferencias anteriores hemos partido de lo natural, en esta última partiremos de lo espiritual-moral que se halla activo entre los hombres.

¡Espiritual-moral: han degenerado tanto en meros convencionalismos estos conceptos para la civilización moderna; ha retrocedido tanto la otrora intuición elemental de lo moral-espiritual en la entidad humana! La educación moderna encauza al hombre progresivamente a preguntar: ¿qué es lo común, y cuáles son las normas convencionales?, ¿qué es mandamiento?, ¿qué es ley? No se detiene en los impulsos que brotan del hombre procedentes del lugar en que, a menudo y en forma imprecisa, se sitúa la conciencia moral, por ejemplo. El fijarse interiormente su propia dirección y su propia meta, es algo que ha ido retrocediendo en nuestra época, con el resultado de que lo espiritual-moral ha quedado convertido, más o menos, en convencionales tradicionalismos.

Las pasadas concepciones del mundo, particularmente las que se apoyaban todavía en la clarividencia instintiva, llevaron a madurar los impulsos morales en el interior del hombre. Ahí están; pero convertidos hoy día en tradición.

¡En qué medida lo moral se ha vuelto tradicional! No quiero desacreditar lo tradicional en la moral, pero les ruego tener presente cuán viejos son los Diez Mandamientos: se enseñan y transmiten como legado de un pasado antiguo. ¿Podemos afirmar que, en nuestros días, brote, de la elemental naturaleza humana pri-

maria, algo como el Decálogo, como los Diez Mandamientos? Entonces, ¿de qué estrato humano nace lo moral-espiritual que vincula a los hombres en lo social, que tiende los hilos de persona a persona?

Las únicas fuentes de lo moral-espiritual en la humanidad son la comprensión del hombre y el amor al género humano que en ella se finca. Por mucho que oteemos los orígenes de los impulsos morales-espirituales en cuanto que entran en juego en la vida social, encontraremos siempre que proceden de esa comprensión y de ese amor, propiamente los promotores de la moralidad social. En verdad, el hombre como entidad espiritual, vive con el prójimo tan sólo en función de desarrollar esas dos virtudes.

Aquí se insinúa una significativa pregunta, no siempre se plantea, si bien, frente a lo que acabo de afirmar, debiera estar a flor de labio.

Si el amor y la comprensión hacia el hombre son los verdaderos impulsos de la convivencia, ¿a qué se debe que, dentro de nuestro orden social, surja su antítesis: la incomprensión y el odio hacia lo humano?

He ahí la pregunta que, mas que a cualquier grupo humano, ha cautivado la atención del iniciado: la ciencia iniciática la ha considerado siempre como de capital importancia. Sin embargo, en su forma primigenia, esa ciencia iniciática todavía disponía de ciertos medios para desentrañar su solución. Si nos detenemos en la ciencia moderna usual y en su enfoque del ser humano, nos sentimos impedidos a continuar preguntando: si el alma, creada por Dios, se halla predispuesta para la comprensión y el amor hacia el género humano, ¿por qué no obran estas dos virtudes con toda naturalidad dentro del orden, social? ¿De dónde provienen sus anti-

tesis: el odio y la incomprensión? Si no podemos situar su origen en lo anímico-espiritual, no cabe duda de que hemos de buscarlo en lo físico-somático.

Pero de ahí surge la dificultad: si preguntamos a la ciencia actual que es lo físico-somático del hombre, nos responderá: sangre, nervios, músculos, huesos. Por mucho que se examine un hueso con los ojos de la ciencia actual, no podrá decirse: "este hueso es el que inculca el odio en el hombre"; asimismo, por detenidamente que se examine la sangre según los principios de la biometría actual, no se llegara a comprobar que "la sangre inculque la incomprensión del hombre".

No era así en los tiempos de la originaria ciencia iniciática. Entonces, se reconocía lo físico-somático como contraimagen de lo que la clarividencia instintiva percibía al nivel espiritual. Cuando el hombre actual se refiere a lo espiritual, lo concibe, a lo sumo, como pensamientos abstractos: he ahí lo que, para él, es lo espiritual. Y si estos pensamientos le resultan demasiado insustanciales, lo único que le queda son las palabras, y escribe una "Crítica del lenguaje", como hizo Fritz Mauthner. Mediante semejante crítica, se ofrece la posibilidad de lograr que el espíritu, ya de por sí bastante sutilizado, se evapore por completo en el pensamiento puramente abstracto. La ciencia iniciática, saturada de clarividencia instintiva, no percibía lo espiritual en forma de pensamientos abstractos, sino en figuras plásticas, capaces de hablar y resonar: lo percibía en su íntegra vitalidad. Así, gracias a que lo espiritual se captaba en vitalidad, era posible percibir también lo físico: el hueso, la sangre, en su espiritualidad. No hubiera podido concebirse el esqueleto como nos lo presenta la ciencia actual, puro cálculo y construcción de un arquitecto

para use de los anatomistas y fisiólogos. Ustedes han visto que el esqueleto debe su estructura a que lo mineral se rarifica hasta la condición de éter calórico, a que en el intervienen las energías de las jerarquías espirituales, energías que plasman las formas de los huesos.

A quien sabe contemplar correctamente el esqueleto, este le revela su origen espiritual. En cambio, quien lo contemple a la manera de la ciencia actual, se parece al individuo que dice: "aquí tengo una página impresa, con formas de letras"; las describe, pero no lee, porque no sabe leer; y así, no correlaciona los grafismos con que ellos pretenden expresar; se limita a describir su forma. Así, el anatomista o naturalista de hoy describe los huesos como si no fueran testimonio de nada, cuando, en realidad, lo son de su origen espiritual.

Lo propio vale para todas las leyes naturales: las físicas y las etéreas; todas son símbolos gráficos del mundo espiritual. Y no pueden descifrarse si no se conciben como tales símbolos.

Si se contempla el organismo humano de la manera descrita, intuimos la presencia de algo que pertenece a la región de la que los genuinos iniciados de todos los tiempos, decían: "Si se cruza el umbral del mundo espiritual, lo primero de lo que uno se percata, es algo espantoso, difícil de soportar". Y es que los hombres tienden a que lo que esté a su alcance les sea placentero. Pero hay que superar el espanto, para conocer la verdadera realidad espiritual. Se descubre entonces que la figura humana, tal como se presenta al examen anatómico-fisiológico, es obra de dos elementos que son "frialdad moral y odio", desde el mundo espiritual.

Sin duda, nuestra alma se halla predispuesta al amor hacia el género humano, así como al calor moral capaz

de comprender al otro hombre. Mas, al mismo tiempo, los ingredientes sólidos de nuestro organismo encierran la frialdad moral, la energía que, pudiéramos decir, masificó nuestra organización física, desde el mundo espiritual. También llevamos dentro de nosotros el impulso del odio, esto es, lo que, desde el mundo espiritual, promueve la circulación sanguínea.

Puede suceder, entonces, que, recorriendo el mundo con un alma amantísima, sedienta de comprensión hacia lo humano, nos percatemos de que, en el subconsciente, ahí donde el alma desemboca en lo corpóreo, impulsándolo, se halla asentada la frigidez, esta frigidez que hace posible que seamos portadores de un cuerpo. Cuando digo la palabra frigidez, siempre me refiero a la moral, si bien ella, por el rodeo del éter calórico, puede transformarse en frialdad física. Insisto: la frialdad moral y el odio se asientan ahí abajo en nuestro subconsciente, desde donde fácilmente se introducen en nuestra alma, con lo que queda contagiada de la incomprensión hacia lo humano. Para contrarrestarlo, el hombre tiene que cultivar dentro de sí la calidez moral, esto es, la comprensión y el amor hacia el género humano; son ellos los que tienen que vencer lo que procede de lo corpóreo.

No se puede negar — y la visión espiritual lo percibe con toda claridad — que la civilización actual que comenzó en el siglo XV y que, por una parte, se ha vuelto intelectualista y, por la otra, materialista, trae aparejado el que, en el tondo de las almas, exista mucha incomprensión y odio hacia el género humano; y en mayor medida de lo que se cree. Su plena evidencia no se alcanza hasta que el hombre ha cruzado el umbral de la muerte. Entonces, extrae de lo físico-somático, lo anímico-espiritual, y queda descartado lo físico-somático.

Los impulsos de frialdad y odio se muestran entonces como lo que son: simples fuerzas naturales.

Miremos el cadáver, y miremos, con el ojo espiritual, el cadáver etéreo: ya no suscitan ningún juicio moral, al igual que no lo suscitan la planta o la piedra. Lo que ahí dentro había de moral, se ha convertido en fuerzas naturales, pero el hombre, durante su vida, mucho ha extraído de esa moral, y lo lleva consigo a través del umbral de la muerte. Y así, el yo y el cuerpo astral se retiran y se llevan, sacándolo de los despojos mentales, aquello que, durante su existencia, había permanecido inadvertido, porque en vaivén quedaba sumergido por completo en los cuerpos físico y etéreo; se llevan al mundo espiritual todos los impulsos de odio y frigidez hacia el género humano que habían embargado el alma. Sólo hasta cuando veamos al hombre atravesar el portal de la muerte, nos percatamos de cuanta incomprensión y odio hacia el género humano actualmente se inculca por diversos factores, de los que oportunamente nos ocuparemos. Muchísimo es lo que, al morir, arrastra el hombre de estos dos impulsos.

Pero lo que entonces arrastra, es, precisamente, el residuo espiritual de lo que debiera integrar los cuerpos físico y etéreo. Con dichos dos impulsos, se introduce en el mundo espiritual algo que propiamente pertenece al mundo físico, ¡y se introduce de manera espiritual!

Jamás le sería provechoso al hombre continuar llevándolos en su vida post-mortem; si tuviera que arrastrar esa incomprensión y ese odio hacia el género humano, no podría avanzar; daría tropezones a cada paso de su propia evolución.

En el mundo suprasensible en que entran los llamados muertos, se observan toda clase de corrientes que,

de actuar en la forma como se presentan, detendrían el avance del hombre. ¿De dónde proceden?

Para saberlo, basta con echar una mirada a la vida actual. La gente pasa de largo, se encuentra sin encontrarse, y poco se interesa por las peculiaridades del otro; cada cual cree que su particular modo de ser, es el correcto y el bueno. Así, si el otro es distinto, uno no transige amablemente con su modo de ser: sólo llega al juicio de que el otro debiera cambiar, es decir, ser como yo. No siempre somos conscientes de esta situación, pero esta es la actitud que rige nuestro trato social. En lo que hoy día produce el lenguaje humano, late bien poco la comprensión hacia el hombre. La gente proclama en voz alta como debe ser el hombre, entendiéndose casi siempre: así como soy yo, así han de ser todos. Y si alguien diferente sale en escena, de una vez se le considera enemigo, persona antipática, aunque no siempre se tenga plena conciencia del hecho. Ahí faltan la comprensión hacia el congénere, la calidez moral, el amor. Y en la misma medida en que faltan, la frialdad moral y el odio hacia el hombre acompañan al individuo a su paso por el umbral de la muerte, y allí lo detienen.

Pero considerando que su posterior desarrollo, no es solamente propia del hombre, sino la del sabio orden cósmico, al hombre se le acercan ahí las entidades de la tercera jerarquía: Angeles, Arcángeles, Arcados. En la primera etapa después del tránsito por el umbral, ellas se le inclinan y le libra graciosamente de la frialdad que procede de su incomprensión hacia el género humano; y ellas mismas cargan con lo que el individuo introduce al mundo espiritual al atravesar el umbral de la muerte.

Pero por más tiempo, continuará arrastrando los residuos del segundo impulso, esto es, el del odio hacia el

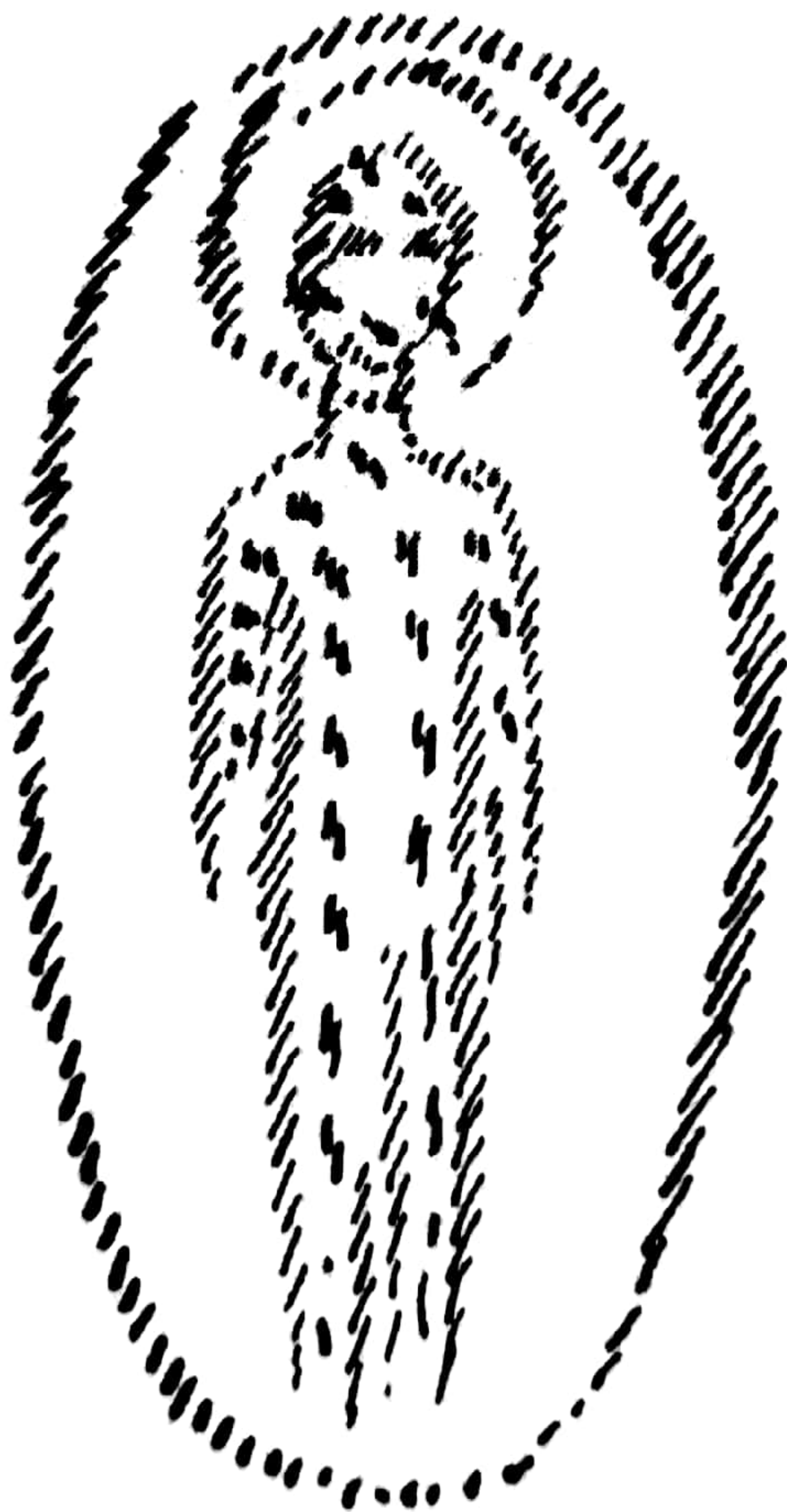
prójimo, pues sólo puede descargárselos la gracia de la segunda jerarquía: Exusiai, Dinamis, Kiriotetes.

Para entonces, en su peregrinación entre la muerte y el nuevo nacimiento, habrá avanzado el hombre más o menos hasta la región en que residen las entidades de la primera jerarquía: Serafines, Querubines, Tronos, aquella región a que, en mis dramas iniciáticos, le di el nombre de medianoche de la existencia espiritual. El hombre no podría atravesar esa región sin quedar aniquilado o extinguido por completo, si antes, las entidades de la tercera y de la segunda jerarquía no le hubieran graciosamente relevado de la frialdad moral que acompaña la incomprensión y el odio hacia lo humano. Así pues, a fin de ser apto para recibir los impulsos que pueden contribuir a su posterior desarrollo, el hombre tiene que depositar en las jerarquías superiores, lo que introduce en los mundos espirituales, procedente de su naturaleza física y etérea.

Si uno cala todas estas conexiones, si se percibe como la frialdad moral impera en el mundo espiritual, se podrá juzgar la afinidad de ese frío espiritual con nuestro frío terrestre: el frío físico de nieve y hielo, no es sino el trasunto físico de la frialdad moral-espiritual en el mundo post-mortem. Quien a ambos contemple con visión espiritual, puede compararlos: conforme descarga al hombre de la incomprensión y el odio hacia el prójimo, se desvanece su figura; se derrite, pudiéramos decir.

Para la visión espiritual propia de la Imaginación, el hombre tras el umbral de la muerte, es similar todavía a su figura terrestre, pues lo que le integraba durante la vida terrenal, eran sustancias que lo llenaban en formas más o menos granulosa, atomística, en tanto que su figura es, en esencia, espiritual. Quede bien claro: es una

necedad imaginar la figura humana como si fuera física; hemos de concebirla espiritual; lo físico son tan solo las partículas de relleno. La figura, en verdad un cuerpo dinámico, mantiene unido lo que, de lo contrario, se desmoronaría. Si a cada uno de ustedes se le pudiera agarrar de la melena para despojarles de su figura, lo físico y lo etéreo se desplomarían como castillo de arena; el que su cuerpo no sea simple aglutinación de arena, sino ingredientes inteligentemente distribuidos y configurados, se debe a lo espiritual. El hombre deambula por el mundo físico como ente espiritual; es absurdo pensar que sea ente meramente físico: su propia figura es puramente espiritual; lo físico es nada más que montón de migajas.



Y esta figura la conserva el hombre después de haber cruzado el umbral de la muerte: se la observa irisando, rutilando, reluciendo en colores. Lo primero que se desvanece de esa figura, es la parte de la cabeza; después,

se va derritiendo lo demás. Cuando entra en las regiones de Serafines, Querubines y Tronos, ya se halla el hombre totalmente metamorfoseado, convertido en trasunto del cosmos.

Así, después de la muerte, el hombre empieza por destejarse, a perder su figura de arriba abajo. Pero al desvanecerse lo último de la parte inferior, ya se ha formado, en la superior, algo así como una maravillosa figura espiritual, un trasunto de toda la esfera cósmica, a la vez el modelo de la futura cabeza. El hombre, pues, hallase entretejido dentro de una actividad concertada en la que participan, no solamente las entidades jerárquicas inferiores, sino también las más sublimes: Serafines, Querubines, Tronos.

¿Que pasa ahí? Lo mas maravilloso que imaginarse puede; pues, en ese trance, lo que había sido el sistema inferior del hombre durante la vida terrenal, se metamorfosea en formación cefálica. Mientras deambulamos aquí por la Tierra, nuestra pobre cabeza es el único órgano que nos sirve para representar y para pensar. Pero tengamos presente que los pensamientos se proyectan también en nuestro tórax y, particularmente, en nuestras extremidades, y desde el momento en que ya no pensamos con la cabeza típicamente, sino con las extremidades, por ejemplo, despunta ante nosotros toda la realidad del karma. Nada sabemos de nuestro karma, porque solemos pensar tan sólo con el cerebro, propiamente el órgano de menos hondura. Tan pronto como empecemos a pensar con los dedos — mucho más apropiados para el pensamiento lúcido que los nervios de la cabeza —, tan pronto como empecemos a pensar con nuestro organismo inferior, no totalmente materializado, nuestros pensamientos serán objetivación de nues-

tro karma. Si con la mano, no solo asimos, sino que pensamos, nos- vinculamos con nuestro karma. Más todavía: si con los pies, no sólo andamos, sino que pensamos, nos vinculamos, preclaramente, con nuestro karma. El que el hombre sea tan estrecho de miras, se debe a que encierra todo su pensar en la región cefálica. Mas si pensamos con nuestra totalidad de hombre, nos apropiamos, en nuestra región media, toda una cosmología, una prodigiosa sabiduría cósmica; en nuestras regiones inferiores y en las extremidades en general, hacemos nuestro el karma.

De importancia sería que, al observar a una persona andando, fuéramos sensibles para descubrir la belleza y lo característico de sus pasos. De aun mayor importancia, si al detenernos en sus manos para desentrañar lo que nos revelen, descubriéramos que, en cada movimiento digital, se hallan los más maravillosos testimonios de la interioridad humana. Pero eso no es sino una mínima parte del movimiento que acompaña al hombre al caminar, al asir, al mover los dedos; ¡todo el hombre moral, todo su destino, todo lo que es espiritual, participa en ese movimiento! Y si seguimos al hombre en su tránsito mas allá de la muerte, y vemos como se derrite su figura. —primero, lo que recuerda la figura física— se pone en evidencia algo que, aunque semejante a la configuración física, por su índole y esencia internas, anuncia que es propiamente la figura de lo moral. He ahí la condición del hombre al acercarse a la medianoche de la existencia espiritual, es decir, al entrar en la esfera de los Serafines, Querubines y Tronos.

Luego tiene lugar la maravillosa metamorfosis: la figura se derrite. En realidad, aunque parezca derretirse, trabajan ahí las entidades de los mundos superiores en

colaboración con aquellos hombres que trabajen sobre sí mismos, y también con los que, hallándose vinculados por un karma común, mutuamente se influyan. En colaboración con el hombre, aquellas entidades elaboran, a partir de la figura de la vida terrenal anterior, la estructura de la futura, por de pronto al nivel espiritual.

Posteriormente, al acercarse la nueva vida física, esa figura espiritual se asocia con el embrión. Pero antes de que esto suceda, todavía en el mundo espiritual, se convierte la totalidad del hombre inferior, en esquema espiritual de la futura cabeza: el pie y la pierna, en mandíbula; el brazo y la mano, en pómulo. Maravillosa la manera de cómo se realiza esa metamorfosis: primero se crea un a modo de trasunto del Cosmos entero; luego, este trasunto se imprime, diferenciándolo, en la figura de la que, previamente, se le separó lo que señala, y que lleva adherido lo moral: todo lo que ha sido, se transforma en lo que será. Como siguiente paso, la figura humana, en su continua peregrinación, vuelve a descender a la región de la segunda jerarquía, y luego, a la de la tercera. Viene entonces el momento en que a esa figura espiritual metamorfoseada, simple virtualidad inmaterial de la futura cabeza, hay que adjuntársele lo que serán los órganos torácicos, articulares, metabólicos. ¿De dónde procederán los impulsos para estas adiciones?

Las entidades de la segunda y tercera jerarquías graciosamente los recogieron y conservaron, cuando el hombre se encontraba en la primera mitad de su camino; los retuvieron de su ente moral, y ahora vuelven a descenderlos para que se conviertan en germen y potencia del hombre rítmico y del metabólico-motor. En esta etapa tardía de su existencia incorpórea, recibe el hombre los ingredientes espirituales del organismo físico; la figura

espiritual se introduce en el embrión y le dota de lo que serán sus energías físicas y etéreas, puro trasunto físico del legado de incompreensión y odio hacia el género humano, arrastrado de nuestra vida anterior, y del que espiritualmente se han formado nuestras extremidades.

Para cultivar concepciones de esta índole, hay que apropiarse un modo de sentir muy distinto del que se requiere para enfocar el mundo físico; hay que saber registrar las materializaciones del espíritu que tienen lugar en el hombre conforme lo describí. Y hay que aceptar el hecho de que en los huesos late el trasunto físico de la frialdad moral, y en la sangre el del odio moral: ser capaz de mirar todo esto con plena objetividad.

No es hasta que la mirada se agudice en tal forma, que podemos darnos cuenta de la diferencia que existe entre lo que es interioridad humana y lo que es Naturaleza externa.

Recuerden a este propósito que les dije que en las flores del reino vegetal percibimos algo como la humana conciencia moral desplegada. Lo que está ahí fuera, es imagen de nuestro psiquismo; en cambio, lo que llevamos dentro, son energías que, de inmediato, no parecen afines a la Naturaleza externa. El hueso solo puede serlo en virtud de odiar la cal carbonatada y la fosfatada cuando se presenta en su modalidad mineral; se retira ante ellas, y se contrae a si mismo, convirtiéndose en algo distinto de lo que la cal es en la Naturaleza. También hay que elevarse a la concepción de que la presencia de odio y frialdad en la humana organización física, es condición previa para que pueda tener su figura corpórea.

Ahí, nuestras palabras cobran significado interno. Si nuestros huesos tienen determinada dureza, es bueno que la tengan, y la tienen como trasunto físico de frialdad.

dad espiritual; en cambio, si es el alma la que tiene cierta dureza, no es bueno para la vida social. Y es que la naturaleza física del hombre ha de ser distinta de su psique, porque la posibilidad de que el hombre sea hombre, radica precisamente en esta diferencia. El ser físico humano se distingue asimismo de la Naturaleza física circundante: en esto radica la necesidad de la mencionada transformación.

He ahí un importante suplemento al contenido de mi cursillo sobre "Filosofía, cosmología y religión", hace dos años, suplemento relativo a la conexión del hombre con las jerarquías. Mas esta presentación sólo ha sido posible después de haber conquistado los puntos de partida desarrollados en las recientes conferencias. Así como, aquí en la Tierra, el enfoque espiritual nos permite calar la verdadera esencia de los diferentes entes del reino mineral, animal y vegetal, de igual manera se cala el trabajo de las jerarquías, supeditado al proceso del tiempo, como todo suceder físico de la Naturaleza y el trabajo humano.

Si así estudiamos la vida entre la muerte y el nuevo nacimiento, esto es, la vida en el mundo espiritual, la podemos describir con tanto acopio de detalles como los que el hombre experimenta durante su jornada terrenal entre el nacimiento y la muerte, esto es, su biografía. Sería de desear, pues, que toda la incomprensión y odio hacia lo humano que, al morir, llevan los hombres consigo al mundo espiritual, les fuera restituido nuevamente cuando se disponen a descender a la Tierra, para que, a partir de una y otro, y ennobleciéndolos, se modelen las figuras humanas.

Al respecto, hay que señalar que, en el curso de largas centurias, ha surgido una situación muy peculiar para el actual desarrollo de la humanidad terrestre: el mundo espiritual no ha podido aprovechar íntegramente para nuevas formaciones y figuras humanas esos poderes de incomprensión y de odio: ¡quedó un remanente! Y en el curso de los últimos siglos, este resto ha fluido en descenso hacia la Tierra, de modo que en su atmósfera espiritual, en su luz astral, perdura, cual cuerpo extraño, una cantidad de impulsos de odio e incomprensión hacia el prójimo, desvinculados del hombre, resto que no ha podido adoptar figura humana y que, en torno a la Tierra, flota en la luz astral. Desde ahí, desde esa luz astral, ejerce su influencia sobre la humanidad, no sobre los individuos, sino sobre sus empresas colectivas. Influye en la civilización y, dentro de ella, ha causado los estragos que me movieron a declarar, en la primavera de 1914: nuestra civilización actual se halla infestada por un carcinoma espiritual, por úlceras espirituales.

Cuando dije esto en Viena, en mi ciclo de conferencias sobre los fenómenos que tienen lugar entre la muerte y el nuevo nacimiento, no recibió esto con agrado mi auditorio. Pero desde entonces, ha podido comprobarse la veracidad de aquella afirmación. En aquel entonces, se arrullaba la gente en la mas perfecta ilusión acerca de lo que en la civilización palpita; le era difícil aceptar que ya existían en ella verdaderas ulceraciones; de 1914 en adelante, supuraron; y hoy, casi una década después, arrojan sustancias espirituales totalmente corrompidas. Si se enfoca la civilización como hechura espiritual indivisa, se evidencia que las corrientes de odio y frialdad hacia el género humano no utilizadas en formaciones humanas, al infundirse en la civilización moderna, se convirtieron en su sustancia parasitaria.

La moderna civilización es profundamente parasitaria; podríamos compararla a una región del organismo invadida por parásitos o bacterias. He ahí el fenómeno de todos los días: el individuo ha de aprender algo porque el contenido de su aprendizaje se le impone; aprende, no con entusiasmo, sino obligadamente, para aprobar un examen, o para ser buen funcionario: para ese individuo, no existe conexión elemental entre lo que se le inculca y sus verdaderas ansias de asimilar contenidos espirituales.

Es como si un hombre, sin estar organizado para sentir hambre, se hartara continuamente. Los alimentos no pasan por las transformaciones de que les he hablado, y así se convierten en lastre, y terminan siendo los causantes de los parásitos.

En nuestra civilización moderna, mucho de lo que permanece al margen del hombre, mucho que al nivel espiritual se nutre como el muérdago de los originarios impulsos cordiales y emotivos del hombre, transcurre desenvolviéndose como existencia parasitaria de nuestra civilización. Y la mirada espiritual que la contempla a la llamada luz astral, pudo comprobar, ya en el año de 1914, la avanzada formación de tumores malignos; toda la civilización se hallaba infestada de ese elemento parasitario. Pero algo más vino a agregarse.

Recuerden que les describí, como si fuera en fisiología espiritual, que debido a la índole de los gnomos y de las ondinas que operan de abajo arriba, nace orgánicamente en el hombre la posibilidad de impulsos parasitarios. Pero dije que, entonces, nace asimismo la contraimagen: los silfos y los geniecillos del fuego transmiten de arriba hacia abajo, lo venenoso. El resultado es que, en una civilización de carácter parasitario como la nues-

tra, la verdad espiritual que se instila de arriba abajo se convierte en veneno, no en virtud de lo que ella es, sino dentro del hombre, de modo que este lo rechaza miedo- so, e inventa toda clase de razones para justificarlo. He aquí, pues, dos cosas que se pertenecen: la cultura para- sitaria abajo que contiene parásitos por no manar de la ley elemental; y el veneno descendente, esto es, la espi- ritualidad descendente que, al penetrar en la civiliza- ción, es erróneamente acogida por el hombre y se con- vierte en veneno. Esta es la sintomatología sobresalien- te de la civilización actual.

Si uno ahonda estas conexiones, resulta, con toda naturalidad y por sí mismo, el impulso pedagógico-cul- tural que ha de aplicarse como medicamento. Así como a la buena diagnosis y patología le sigue la terapia racio- nal, de igual manera, de la diagnosis de la enfermedad cultural, ha de derivarse su terapia: lo uno se eslabona con lo otro.

Es obvio que la humanidad necesita hoy una civiliza- ción que penetre el ánimo y el corazón humanos, o que inmediatamente de ellos brote. Si al niño se le inculcan en la escuela primaria las formas de las letras pertenecientes a nuestra civilización sofisticada: a, b, c, no puede esta- blecer con ellas relación alguna de ánimo o de corazón. Desde el punto de vista anímico-espiritual, es parásito de la naturaleza humana lo que el niño desarrolla en su cere- bro y en su ánimo al tener que aprender a, b, c.

Similarmente, a lo largo de todos nuestros años for- mativos, existe mucho que acosa al hombre como para- sito. De ahí que, cuando el niño entra en la escuela, hemos de desarrollar el arte pedagógico que obre con apoyo en el ánimo infantil: procurar que, sobre un papel, de forma a los colores, formas cromáticas naci-

das de alegría, de desencanto, de toda clase de emociones. ¡Dolor, alegría! Lo que el niño de esta manera expresa en el papel, simple despliegue de su ánimo, guarda relación con el hombre; no es materia extraña; no da origen a cuadros parasitarios. Estas manifestaciones brotan del escolar como brotan de él sus uñas o su nariz, en tanto que el contacto con las letras resultantes de nuestra altamente sofisticada civilización, produce efectos parasitarios.



En el momento en que logramos la vinculación del arte pedagógico con lo entrañablemente cercano al ánimo y al corazón humanos, logramos asimismo aportar lo espiritual, sin que se le convierta en ponzoña. He ahí pues, primero, el diagnóstico que comprueba que nuestra civilización se halla permeada de carcinomas, y luego la terapia. ¿Cuál es? ¡Pedagogía Waldorf!

La pedagogía Waldorf no tiene otra configuración. El mismísimo modo de pensar que suele aplicarse en medicina, se aplica a la cultura. Y así, ustedes ven aplicado en un caso especial lo que les dije hace unos días*: que la entidad humana recorre, de abajo hacia arriba, la secuencia alimentación-terapia-desarrollo espiritual, y que la pedagogía ha de considerarse como medicina traducida

* Véase la 10ª conferencia.

a lo espiritual. Esto se destaca con particular agudeza, si pretendemos buscar la terapia para la cultura, terapia inconcebible si no es como pedagogía Waldorf.

Ya se imaginan ustedes la honda preocupación que se siente, si uno no solamente ahonda estas conexiones, sino si, con base en ellas, ha tratado de consolidar prácticamente la educación Waldorf, y si, bajo el efecto general que el carcinoma cultural ha producido en la Europa Central, se observa ahora el surgimiento de situaciones que probablemente pongan en grave peligro a lo que es pedagogía Waldorf práctica, incluso quizá la hagan imposible*.

No debiéramos rechazar esta clase de pensamientos; debiéramos admitirlos para que nos impulsen a colaborar en la terapia de nuestra cultura, por doquiera que todavía sea posible. Con fundamento en la ciencia espiritual, señalé en el ciclo de conferencias de Helsingfors, año de 1913, la inferioridad de Woodrow Wilson, posteriormente convertido en ídolo terrenal para muchas personas civilizadas, y con respecto a quien, obligadas por la elocuencia de los hechos, apenas ahora empiezan a adquirir cierta claridad. Y el mismo destino de mis aseveraciones relativas a Wilson, lo tuvo también lo que, en 1914, dije sobre el carcinoma civilizatorio. Así sucedió con las cosas de entonces; hoy sucede lo mismo ante los síntomas alarmantes de nuestro tiempo: ¡la gente continúa durmiendo! Mas a nosotros nos conviene despertar, y la Antroposofía contiene todos los impulsos para el debido despertar cultural. He ahí mis palabras finales.

* Nótese que esta advertencia se hizo apenas dos días después del fallido cuartelazo de Hitler, efeméride clave del advenimiento del nacional-socialismo en Alemania.

Rudolf Steiner expone en esta obra un conocimiento profundo de las relaciones entre los seres del mundo sensorio y el mundo transcendente.

Su saber no es el de un erudito de biblioteca, sino el de un hombre portador de un conocimiento superior. Al recorrer estas páginas el lector se sentirá llevado de la mano por este hombre insigne y percibirá lo majestuoso de este mundo iluminado por la inmensa sabiduría que contiene cada página.

Rudolf Steiner brilla perfundido por la luz que emana desde las profundas fuentes del conocimiento.


ANTROPOSÓFICA

ISBN 978-987-682-064-6

9 789876 820646